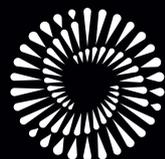
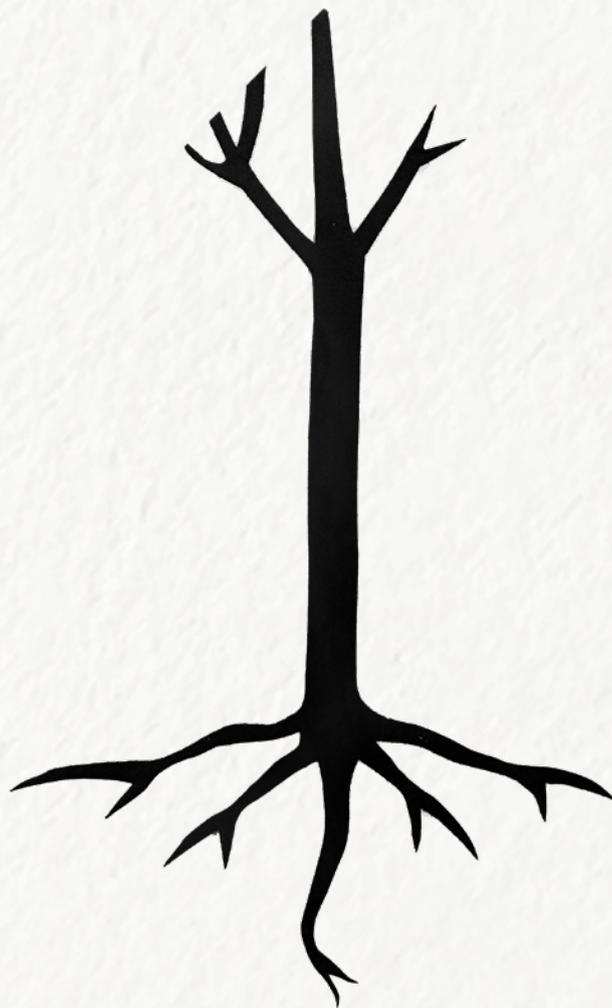


25 ENSAYOS DESDE LA  
PANDEMIA PARA IMAGINAR EL

*Perú*  
*Bicentenario*



BICENTENARIO  
PERÚ 2021



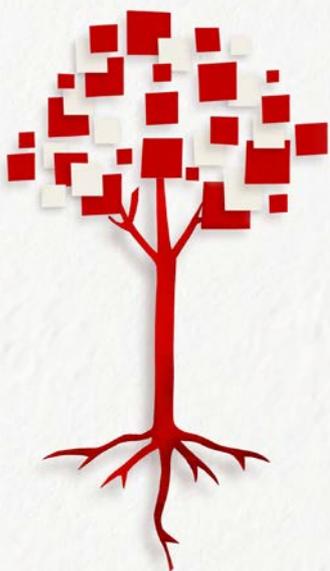
25 ENSAYOS DESDE LA  
PANDEMIA PARA IMAGINAR EL

*Perú*  
*Bicentenario*



BICENTENARIO  
PERÚ 2021

Ilustración: Diana Kisner



El árbol de la quina (*Cinchona officinalis*) es una especie originaria de la Amazonía y un símbolo patrio desde 1825. Sus propiedades medicinales fueron conocidas por los antiguos peruanos y sirvieron para curar al mundo de la malaria. Hoy se encuentra en peligro de extinción pero sigue representando la posibilidad de la vida, la salud y una identidad que necesitamos proteger.

## **25 ensayos desde la pandemia para imaginar el Perú bicentenario**

Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú

Editado por:

© Unidad Ejecutora N° 019 - Bicentenario de la Independencia del Perú  
para su sello Biblioteca Bicentenario del Perú  
Calle Schell 310, Miraflores, Lima - Perú  
[www.bicentenario.gob.pe](http://www.bicentenario.gob.pe)

Dirección ejecutiva: Gabriela Perona Zevallos

Coordinación: Teresina Muñoz-Nájar y Sandra Salcedo

Edición y dirección gráfica: Diana Kisner

Diseño y diagramación: Carla Zapata Posadas

Primera edición digital, junio 2020

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-03434

Libro electrónico disponible en [www.bicentenario.gob.pe/biblioteca](http://www.bicentenario.gob.pe/biblioteca)

Se permite la reproducción parcial siempre y cuando se cite la fuente.

# Índice

- 5 **EDITORIAL**  
Gabriela Perona
- 6 **AUTORES**
- 14 **BICENTENARIO REPUBLICANO: DOLOR, RESILIENCIA Y ESPERANZA**  
Carmen McEvoy
- 21 **LA BATALLA DE SER NOSOTROS MISMOS**  
Delfina Paredes
- 29 **MEMORIA DEL FUTURO**  
José Carlos Agüero
- 39 **LAS GUERRAS Y EL ESTADO EMPÍRICO**  
Francesca Denegri
- 46 **EL VIRUS QUE DESNUDA**  
Alberto Chirif
- 57 **EL INDÍGENA EN EL SIGLO XXI**  
Rember Yahuarcani
- 63 **LA MARCHA DEL BICENTENARIO**  
Luis Nieto Degregori
- 71 **PESTES COLONIALES :  
“EL MENDIGO ANDRAJOSO QUE LA LLEVABA A LOS PUEBLOS ALEJADOS”**  
Manuel Burga
- 83 **EL ANTIGUO PERÚ FRENTE AL BICENTENARIO**  
Walter Alva
- 90 **200 AÑOS DESPUÉS: DE NUEVO, EL MIEDO**  
Eduardo Adrianzén Herrán
- 96 **LA INDEPENDENCIA SE LUCHA EN CASA**  
María Emma Mannarelli

- 103**      **SALUD MENTAL: ANHELO Y URGENCIA**  
María Pía Costa
- 113**      **CÓMO HABITAR UN GRITO DE INDEPENDENCIA**  
Luis Rodríguez Rivero
- 123**      **BIBLIOTECAS PÚBLICAS AL BICENTENARIO**  
Ezio Neyra
- 131**      **INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA EN EL PERÚ POSTPANDEMIA**  
Alberto Gago
- 136**      **UN NUEVO ACUERDO POR LA NATURALEZA**  
Manuel Pulgar Vidal
- 144**      **EL ARTE DE TRANSFORMARNOS**  
Eduardo Tokeshi
- 148**      **DOSCIENTOS AÑOS A TRAVÉS DE CUARENTA DÍAS:  
CÓMO AFIRMAR NUESTRA CONSISTENCIA SOCIAL**  
Guillermo Nugent
- 157**      **¿COVID-19 VS. BICENTENARIO?**  
Cecilia Bákula
- 163**      **NARRATIVA DE ACERCAMIENTO REGIONAL**  
Martín Tanaka
- 168**      **IGUALDAD DIGITAL**  
Sofía Macher
- 174**      **TIEMPO DETENIDO**  
Miguel Giusti
- 181**      **JULIO DEL 2021: ¿QUÉ CELEBRAR?**  
Pablo Quintanilla
- 193**      **¿LAS CONDENAS DE LA HISTORIA?**  
Alonso Cueto
- 200**      **EL AMOR POR EL PERÚ EN LOS TIEMPOS DEL VIRUS**  
Zenón de Paz

# Editorial

## EL PACTO BICENTENARIO

En los últimos tiempos nuestro país ha enfrentado múltiples crisis de índole política, ética y ambiental; hoy, sin embargo, la emergencia sanitaria y social ocasionada por el COVID-19 nos ha colocado ante un desafío mayor. Todos estos eventos -con énfasis, la pandemia- nos han revelado las inmensas grietas que persisten en el Perú, desigualdades inaceptables que evidencian nuestras promesas incumplidas y el largo trabajo que tenemos por delante para construir una república de ciudadanos.

La pandemia nos ha puesto contra la pared y la única salida posible será la de asumir la responsabilidad de impulsar un cambio real y profundo, uno que nos lleve a través de un consenso colectivo, amplio y participativo a un nuevo pacto social y a la construcción del Perú del tercer siglo de república.

El Proyecto Especial Bicentenario de la Presidencia del Consejo de Ministros tiene como propósito implementar una Agenda de Conmemoración por los 200 años de la independencia del Perú. Al respecto, el encargo del presidente Martín Vizcarra fue, desde un inicio, el de entender este proceso no como una celebración sino como un diálogo permanente y destinado a construir el pacto social que el Perú demanda. Diálogo que hemos iniciado ya y que se extenderá hasta el 2024, año en el que se recuerdan las Batallas de Junín y Ayacucho, deteniéndonos, por cierto, en dos hitos importantísimos: julio del 2021, cuando se conmemora la proclamación de la Independencia, y setiembre del 2022, mes en el que se rememora el bicentenario de la instalación del primer Congreso Constituyente.

Estamos, pues, en el momento preciso para enfrentar aquellos problemas que hemos esquivado todos estos años, desde un ejercicio democrático, valiente y que nos permita tomar a todos juntos las decisiones urgentes para cambiar como sociedad. Este proceso de movilización nacional tiene que ser colectivo y diverso, por ello nuestra agenda de conmemoración viene propiciando un diálogo y encuentro abiertos a través de los cabildos universitarios, un proceso de acciones colectivas mediante un programa de valores ciudadanos, la recuperación de sitios de memoria y la creación de infraestructura pública orientada al servicio ciudadano, así como también una agenda cultural y académica que nos permita, por medio de las múltiples expresiones y memorias, construir puentes de encuentro entre los peruanos.

Como parte de ese proceso de diálogo nacional inauguramos con este libro digital una serie de publicaciones. En esta oportunidad invitamos a 25 intelectuales peruanos de distintas perspectivas, trayectorias y experiencias. Todos ellos comparten sus reflexiones con el país en un momento tan inesperado como inédito: la pandemia producida por el COVID-19 en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú. Sin duda, el cruce de ambos hitos históricos dejará huella en nuestra memoria colectiva. Desde el Proyecto Bicentenario les agradecemos por dar este paso hacia la construcción del Perú que imaginamos.

Los invitamos a reflexionar, compartir y dialogar con estos textos. Construyamos juntos el pacto bicentenario.

**Gabriela Perona Zevallos**

Directora ejecutiva del Proyecto Especial  
Bicentenario de la Independencia del Perú

*Autores*

*Click para ver biografía*



Carmen McEvoy



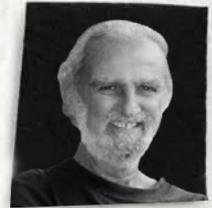
Delfina Paredes



José Carlos Agüero



Francesca Denegri



Alberto Chirif



Rember Yahuarcani



Luis Nieto Degregori



Manuel Burga



Walter Alva



Eduardo Adrianzén



María Emma Mannarelli



María Pía Costa



Luis Rodríguez Rivero



Ezio Neyra



Alberto Gago



Manuel Pulgar Vidal



Eduardo Tokeshi



Guillermo Nugent



Cecilia Bákula



Martín Tanaka



Sofía Macher



Miguel Giusti



Pablo Quintanilla



Alonso Cueto



Zenón de Paz

Carmen McEvoy

Magíster en Historia por la PUCP y PhD en Historia Latinoamericana con un grado en Ciencias Políticas por la Universidad de California. Reconocida con la beca Guggenheim en el 2002 y la Medalla de Oro de la ciudad de Lima en el 2011, ha publicado lecturas imprescindibles como *La utopía republicana*. Es presidenta del Consejo Bicentenario, profesora de Historia Latinoamericana en The University of the South, Sewanee, y viene trabajando en una biografía sobre Yma Súmac.

⊕ Leer artículo:

**BICENTENARIO REPUBLICANO:  
DOLOR, RESILIENCIA Y ESPERANZA**

José Carlos Agüero

Escritor e historiador. Autor de publicaciones como *Los Rendidos. Sobre el don de perdonar* (IEP, 2015); *Enemigo* (Intermezzo Tropical, 2016); *Cuentos heridos* (Penguin Random House, 2017); *Persona* (Fondo de Cultura Económica, 2017). Con este último título, en el 2018 obtuvo el Premio Nacional de Literatura en la categoría de no ficción. Como señala la misma editorial, este libro es un "original trabajo poético, ensayístico y biográfico-testimonial" que "aborda la conflictiva relación entre memoria y violencia y las limitaciones de sus marcos de enunciación".

⊕ Leer artículo:

**MEMORIA DEL FUTURO**

Pelfina Paredes

Primera actriz. En radioteatro participó en adaptaciones como *Todas las sangres*, de José María Arguedas (1988). En TV es recordada por Evangelina (1975); su trabajo en cine incluye *Caídos del cielo* (1990), de Francisco Lombardi, y en teatro fue la primera versión de *La Chunga*, de Mario Vargas Llosa. Secretaria general del Sindicato de Actores del Perú en dos ocasiones, fue reconocida como profesora honoraria de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya y por la Asamblea Nacional de Rectores.

⊕ Leer artículo:

**LA BATALLA DE SER NOSOTROS MISMOS**

Francesca Deneqri

Profesora principal del Departamento de Humanidades de la PUCP. Hasta el 2002 fue profesora del Departamento de Estudios Latinoamericanos de la University College London. Ha publicado *Ni amar ni odiar con firmeza. Cultura y emociones en el Perú posbélico (1885-1925)* (2019); *El abanico y la cigarrera. La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú* (1996, 2001 y 2018); *Soy señora. Testimonio de Irene Jara* (2000) y, como editora, junto a Alexandra Hibbett, *Dando cuenta. Estudios sobre el testimonio de la violencia política en el Perú 1980-2000* (2016).

⊕ Leer artículo:

**LAS GUERRAS Y EL ESTADO EMPÍRICO**

## Alberto Chirif

Antropólogo peruano. Estudió en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Desde 1970, su vida profesional está centrada en temas relacionados a derechos colectivos de los pueblos indígenas amazónicos. Trabaja como consultor independiente desde 1995. Sus más recientes publicaciones son *Diccionario amazónico. Voces del castellano en la selva peruana* (2017) y *Después del Caucho* (2017).

⊕ Leer artículo:  
[\*\*EL VIRUS QUE DESNUDA\*\*](#)

## Rember Yahuarconi

Artista plástico autodidacta y activista por los derechos indígenas. Descendiente de la nación Uitoto, del Clan de la Garza Blanca. Desde el 2003 expone individual y colectivamente en el Perú y en el extranjero. Ganador del IX Concurso Nacional de Pintura del BCRP, del Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil Carlota Carvallo y de la II Bienal Intercontinental de Arte Indígena.

⊕ Leer artículo:  
[\*\*EL INDÍGENA EN EL SIGLO XXI\*\*](#)

## Luis Nieto Degregori

Escritor. Autor de libros de cuentos, novelas y ensayos. En coautoría con Inés Fernández Baca escribió *Nosotros los cusqueños. Visión de progreso del poblador urbano del Cusco* (1997). En revistas académicas del Perú y otros países ha publicado ensayos sobre la literatura peruana y sobre la relación de esta con los procesos de cambio social que vive el país.

⊕ Leer artículo:  
[\*\*LA MARCHA DEL BICENTENARIO\*\*](#)

## Manuel Burga

Bachiller en Historia y licenciado en Educación de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM) y doctor en Historia por la Universidad de París I- La Sorbona. Tiene un posdoctorado en antropología histórica e historia de las mentalidades por la École des hautes études en sciences sociales. Recibió el Premio Nacional de Historia CONCYTEC Jorge Basadre en 1989, ha publicado libros como *Para qué aprender historia en el Perú* (1993) y fue rector de la UNMSM entre el 2001 y el 2006. Desde el 2018 es director del Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social (LUM).

⊕ Leer artículo:  
[\*\*PESTES COLONIALES :  
"EL MENDIGO ANDRAJOSO QUE LA  
LLEVABA A LOS PUEBLOS ALEJADOS"\*\*](#)

## Walter Alva

Arqueólogo con una destacada y fructífera trayectoria de cuarenta años en la investigación y difusión de la arqueología norperuana. Se desempeñó durante veinticinco años como director del Museo Arqueológico Nacional Brüning de Lambayeque. En 1987 protagonizó el descubrimiento de la tumba del Señor de Sipán. Desde el año 2002 es director del Museo Tumbas Reales de Sipán, construido gracias a su gestión.

⊕ Leer artículo:  
[\*\*EL ANTIGUO PERÚ FRENTE AL  
BICENTENARIO\*\*](#)

## Eduardo Adrianzén

Guionista de televisión desde 1985, cuando participó en la recordada telenovela *Carmín*. Sus últimos trabajos en la pantalla chica son *Nuestra historia*, *El último bastión* y *Chapa tu combi*. Como dramaturgo ha escrito 24 obras, entre las cuales destacan *Respira* (2009) y *Aquello que no está* (2019). Su producción teatral ha sido montada en el Perú y en el exterior.

+ Leer artículo:

**200 AÑOS DESPUÉS: DE NUEVO, EL MIEDO**

## María Pía Costa

Psicoanalista con función didáctica. Magister en Psicología Clínica, Psicopatología y Psicoanálisis de la Universidad Paris X, Nanterre, París. Anteriormente, ha tenido los cargos de vicepresidente, tesorera y coordinadora de la Comisión Docente de la SPP. En la actualidad es profesora del Instituto de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Además, es presidente de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis y presidente de Psicólogos Contigo.

+ Leer artículo:

**SALUD MENTAL: ANHELO Y URGENCIA**

## María Emma Mammarelli

Historiadora con un doctorado de Columbia University. Es profesora principal de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y ha publicado trabajos como *La domesticación de las mujeres. Género y patriarcado en la historia del Perú* (2018) y *Las mujeres y sus propuestas educativas (1870-1930)* (2013). Obtuvo la beca Fulbright, la John Simon Guggenheim Foundation, la Edward Laroque Tinker y la David Rockefeller Center for Latin American Studies, de Harvard University. Fue jefa institucional de la Biblioteca Nacional del Perú.

+ Leer artículo:

**LA INDEPENDENCIA SE LUCHA EN CASA**

## Luis Rodríguez Rivera

Arquitecto, urbanista e investigador. Egresado de la UNI con estudios de maestría en Planificación y Gestión Urbana y Regional, e Historia, Teoría y Crítica de la Arquitectura en la misma universidad. Es profesor asociado en la facultad de Arquitectura de la PUCP en cursos de teoría, historia, urbanismo y proyectos. Es coordinador del Grupo de Investigación CONURB. Ha escrito y editado títulos como *Otro Urbanismo para Lima*, *La ciudad de las Laderas* y *PxFC Estrategias Pedagógicas para la (Trans) formación en Arquitectura*.

+ Leer artículo:

**CÓMO HABITAR UN GRITO DE INDEPENDENCIA**

Ezio Meyra

Estudió Sociología en la PUCP y un doctorado en Literatura Latinoamericana en la Universidad de Brown (Estados Unidos). Ha sido director de la Dirección del Libro y la Lectura del Ministerio de Cultura del Perú entre el 2015 y el 2018. Ha dado clases de literatura y escritura creativa en universidades de Chile, Cuba, Estados Unidos, México, Perú y Uruguay. También fue uno de los cofundadores y editores de la Editorial Matalamanga. Como escritor, ha publicado tres novelas y un libro de no ficción. Hoy es jefe institucional de la Biblioteca Nacional del Perú.

⊕ Leer artículo:

**BIBLIOTECAS PÚBLICAS AL BICENTENARIO**

Manuel Pulgar Vidal

Abogado especializado en Derecho Ambiental. Fue ministro del Ambiente entre el 2011 y el 2016. Entre otros cargos, fue director ejecutivo de la Sociedad Peruana de Derecho Ambiental (SPDA), director del Fondo Nacional para Áreas Naturales Protegidas por el Estado (PROFONANPE) y miembro del consejo directivo de la Asociación Interamericana para la Defensa del Ambiente (AIDA). Actualmente, es líder del programa global de Clima y Energía de la WWF Internacional.

⊕ Leer artículo:

**UN NUEVO ACUERDO POR LA NATURALEZA**

Alberto Gago

Bachiller y magister en Física por la PUCP y doctor en Ciencias por la Universidade de São Paulo. Realizó un posdoctorado en California State University, Dominguez Hills. Es especialista en Física de Partículas Elementales y líder del Grupo de Altas Energías de la PUCP. Recibió los Premios TWAS-ANCYT 2004 y Elsevier 2017. Además, es director del Doctorado en Física de la PUCP, donde también se desempeña como profesor principal.

⊕ Leer artículo:

**INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA EN EL PERÚ  
POSPANDEMIA**

Eduardo Tokeshi

Licenciado en Arte con mención en Pintura por la PUCP, su obra plástica ha explorado temas como la identidad y sus raíces niponas. Ha realizado exposiciones individuales en el Perú y en el extranjero como *Vida y milagros del hombre invisible* en la Bienal de La Habana y *El pequeño Hokusai... y otras historias* en la galería Fórum. Desde su recordada instalación de banderas del Perú hechas con bolsas de sangre hasta sus retablos y dibujos acompañados de poemas, su trabajo y su labor docente siguen constituyendo un gran aporte para la vida cultural del país.

⊕ Leer artículo:

**EL ARTE DE TRANSFORMARNOS**

Guillermo Ingent

Sociólogo, historiador y psicoanalista, realizó su posgrado en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en México, donde obtuvo el grado de maestro en Ciencias Sociales, y se doctoró en Filosofía en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM). Autor de títulos tan importantes como *El laberinto de la choledad: páginas para entender la desigualdad*, reeditado en el 2012 después de 20 años, fue director del Lugar de la Memoria (LUM) y es catedrático de la UNMSM.

⊕ Leer artículo:

**DOSCIENTOS AÑOS A TRAVÉS DE CUARENTA DÍAS: CÓMO AFIRMAR NUESTRA CONSISTENCIA SOCIAL**

Martín Tanaka

Doctor en Ciencia Política por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), sede México. En la actualidad es profesor principal en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), donde dirige la Escuela de Gobierno y Políticas Públicas. Además, es investigador principal en el Instituto de Estudios Peruanos (IEP) y columnista semanal en el diario El Comercio.

⊕ Leer artículo:

**NARRATIVA DE ACERCAMIENTO REGIONAL**

Cecilia Bákula

Doctora en Historia por la PUCP, donde se desempeña como profesora asociada, fue directora del Instituto Nacional de Cultura, representante permanente del Perú ante la UNESCO y directora del Museo del Banco Central de Reserva del Perú por más de 30 años. Entre sus publicaciones cabe mencionar *Los ideales de Bolívar en la integración de los pueblos hispanoamericanos* (1975), que mereció el primer premio en el concurso convocado por la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú; *Ayacucho. Hilos de plata de Huamanga* (1999) y *Textos y testimonios para comprender el Perú en el Bicentenario* (2019).

⊕ Leer artículo:

**¿COVID-19 VS. BICENTENARIO?**

Sofía Macher

Socióloga de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, magister en Estudios de Género y doctoranda en Sociología por la PUCP. Integrante de la Comisión LUM, experta OEA/CIDH, GIEI Nicaragua, 2018; presidenta del Consejo de Reparaciones (2006-2014), comisionada de la CVR Perú (2001-2003) y vicepresidenta de la CVR Islas Salomón (2009-2012). Consultora de la ONU para procesos de justicia transicional. Secretaria ejecutiva de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos Perú (1997-2001) y del Comité Ejecutivo Internacional de Amnistía Internacional (1987-1993).

⊕ Leer artículo:

**IGUALDAD DIGITAL**

## Miguel Giusti

Filósofo. Realizó su doctorado en la Universidad de Tübingen y fue becario de la Fundación Alexander von Humboldt en la Universidad de Frankfurt bajo la dirección de Jürgen Habermas. Se especializó en historia de la ética, ética contemporánea y filosofía del idealismo alemán, publicando libros como *Disfraces y extravíos. Sobre el descuido del alma* (Fondo de Cultura Económica, 2015). Fue presidente de la Sociedad Interamericana de Filosofía y director del Centro de Estudios Filosóficos de la PUCP, universidad en la cual es profesor principal del Departamento de Humanidades.

⊕ Leer artículo:

**TIEMPO DETENIDO:**

**¿UNA OPORTUNIDAD PARA EL PAÍS?**

## Alonso Cueto

Escritor. Estudió Literatura en la PUCP y en la Universidad de Texas, Austin. Ha sido reconocido con el Premio Anna Seghers por el conjunto de su obra (2000), con la beca para escritores de la Fundación Guggenheim (2002) y el Premio Heralde de Novela por *La hora azul* (2005). Entre sus libros destacan *El tigre blanco* (1985) y *Grandes miradas* (2003), llevada al cine por Francisco Lombardi como *Mariposa negra*. Su última publicación, *Palabras de otro lado*, recibió el Premio de Narrativa Alcobendas Juan Goytisolo.

⊕ Leer artículo:

**¿LAS CONDENAS DE LA HISTORIA?**

## Pablo Quintanilla

Enseña Filosofía en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es PhD en Filosofía por la Universidad de Virginia y magister en la misma especialidad por la Universidad de Londres (King's College). Es autor de *La comprensión del otro. Explicación, interpretación y racionalidad* (Lima: PUCP, 2019). Además, es coautor y coeditor de otros libros sobre temas vinculados a la filosofía y a la filosofía en el Perú.

⊕ Leer artículo:

**JULIO DEL 2021: ¿QUÉ CELEBRAR?**

## Zenón de Paz

Doctor en Filosofía. Es profesor principal de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Ha sido director de la Escuela de Filosofía, miembro de la Comisión de Acreditación de Facultades de Medicina (CAFME), director nacional de Educación Superior en el Ministerio de Educación, miembro del Consejo Directivo de la Superintendencia Nacional de Educación Superior Universitaria (SUNEDU) y presidente de la Comisión Organizadora de la Universidad Nacional Tecnológica de Lima Sur, entre otras funciones. Tiene diversas publicaciones sobre la educación superior en el Perú y en temas de su especialidad.

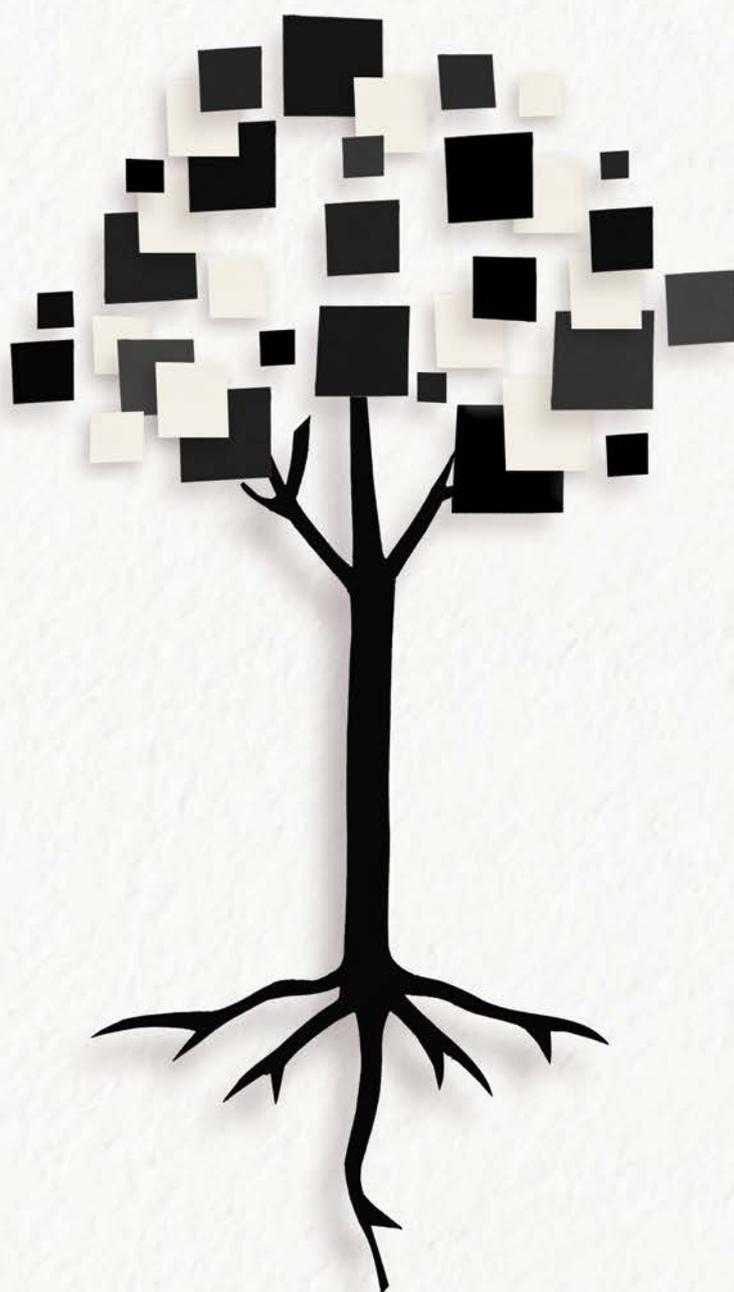
⊕ Leer artículo:

**EL AMOR POR EL PERÚ**

**EN LOS TIEMPOS DEL VIRUS**

# **BICENTENARIO REPUBLICANO: DOLOR, RESILIENCIA Y ESPERANZA**

*Carmen McEvoy*



“La historia es una pesadilla de la que estamos intentando despertar” es una de las potentes sentencias de James Joyce que puede ayudarnos a poner en perspectiva la discusión en torno a nuestro bicentenario. El que, desafortunadamente, estará marcado por un evento inédito. Una pandemia mundial que ha paralizado el planeta mostrando nuestras enormes carencias, así como también la terca apuesta por la vida que ha marcado la historia del Perú. La pregunta que ronda en la mente de muchos es: ¿quién está de ánimo para celebrar en medio de una emergencia sanitaria los doscientos años de una república agrietada que hace agua por todos lados? Considerando nuestro sistema de salud, a punto de colapsar, y una pobreza que avergüenza, ¿somos realmente treinta millones de hombres y mujeres libres? ¿Gozamos todos de la “dignidad republicana” a la que se refirió alguna vez Faustino Sánchez Carrión? Una buena manera de abordar esta “conmemoración” marcada por la tragedia es regresar al hito fundante: un mundo plagado de conflictos y problemas, algunos de ellos, paradójicamente, similares a los que estamos viviendo en la actualidad.

Un retorno a los orígenes de la república permite analizar sus desafíos, sus limitaciones y la promesa de bienestar y felicidad que, luego de una guerra a sangre y fuego, fue celebrada con causa, pisco y música a lo largo y ancho del Perú. Porque María Parado de Bellido, los “patrianos” guerrilleros de la sierra central o el valiente chorrillano José Olaya tenían en su mente un sueño. Una suerte de horizonte esperanzador que dista de esta enorme desigualdad y frágil institucionalidad que nos interpela diariamente porque atenta contra la democracia, base fundamental de la república moderna que nos merecemos.

En 1821, el general San Martín no solo debió enfrentar al ejército del rey sino a una terrible epidemia que diezmó a los soldados que cruzaron los Andes para liberar primero a Chile y luego al Virreinato del Perú. El batallón cuatro de Chile desembarcó con

700 plazas y quedó reducido a cuatro efectivos. Los valerosos Granaderos a Caballo y Cazadores murieron por centenares, incluida su oficialidad. ¿Qué enfermedad atacó a los miembros de la expedición libertadora en vísperas de declarada la independencia en la capital del poderoso virreinato? El general Tomás Guido la denominó una "terciana y disentería", de la cual ni San Martín logró escapar. Luego de solicitarle ayuda en dinero y medicinas a Bernardo O'Higgins, el libertador le confesó: "Mi salud está sumamente abatida. Antes de ayer me levanté después de siete días de cama". La epidemia perturbó de tal modo al recio militar que escribió: "Estoy loco, créame usted de buena fe que algunas veces me encuentro desesperado y he estado pronto de ir a atacar al enemigo y aventurar la suerte en una acción decisiva para salir cuanto antes de este infierno...".

La adversidad que rodeó el evento histórico cuyo bicentenario estamos a punto de celebrar fue enfrentada valerosamente por médicos de la talla del afroperuano José Valdez. A punta de quinina, cremor tártaro e incluso agua de mar, Valdez luchó junto con Diego Paroissien y Guillermo Giralдино contra una peste que fue cediendo unos meses antes de la ceremonia del 28 de julio de 1821 en Lima. Si uno ve el colorido cuadro pintado por Daniel Lepiani no es posible imaginar que la fanfarria limeña fuera precedida de tanto dolor, desesperación e incluso mortandad, tal como ha ocurrido a lo largo de nuestra afligida historia republicana. Luego de la proclamación vino la instauración del Protectorado, la lucha entre republicanos y monarquistas, la expulsión del poderoso ministro Bernardo Monteagudo, la renuncia de San Martín, la instalación del Primer Congreso Constituyente, la llegada de Bolívar y el triunfo en Ayacucho el 9 de diciembre de 1824.

Si uno analiza la historia republicana en el largo plazo existen momentos durísimos, como la ocupación de Lima y de la franja costera peruana luego de la derrota frente a Chile, o el ataque brutal de Sendero Luminoso contra el Estado y sus ciudadanos,

“Estamos muy tristes en vísperas de nuestro bicentenario, pero tal vez ese dolor nos lleve a reflexionar sobre los viejos ideales de justicia e igualdad, y luego de que la plaga haya pasado estemos dispuestos a construir una república en la que todos los peruanos sean representados, apreciados y, sobre todo, amados”

del cual nos recuperamos a punta de trabajo, esperanza y voluntad. Momentos de reivindicación y orgullo, como la abolición de la esclavitud y el tributo indígena en la Revolución Liberal de 1854 y la instauración de la jornada de las ocho horas en 1918, así como avances notables en la ciencia y en la educación. Pienso en el sacrificio de Daniel Alcides Carrión, la genialidad de Santiago Antúñez de Mayolo o la mirada vanguardista de Constantino Carvallo, que revolucionó nuestra pedagogía. Los logros de las mujeres ilustradas del siglo XIX, muchas de ellas educadoras y escritoras, son el claro antecedente de pintoras, escultoras, poetisas y activistas políticas que, como María Elena Moyano, enfrentaron con valor el horror de una violencia que causó la muerte de miles de peruanos. Luego de ella, Lima se convirtió en la esperanza de oleadas de provincianos que buscaban una vida mejor. Muchos la consiguieron y hay conmovedoras historias al respecto, pero otra buena cantidad quedó atrapada en la pobreza y la ausencia de oportunidades dando lugar a esa informalidad que es a veces fuerza y otra debilidad, como lo ha demostrado recientemente la pandemia.

Si tuviera que enumerar algunas de las razones por las cuales una república fundada por provincianos bienintencionados, aunque carentes de experiencia política, no logró sus objetivos, que eran encomiables, mencionaría: 1) El desinterés por el bien común; 2) el desprecio por el otro, a quien se considera inferior; y 3) una incapacidad de tender puentes con los que discrepan de uno. Del desinterés por el bien común nace la idea del Estado como botín que cada oleada de pretendientes al poder reparte a su antojo, llevándose por delante los justos intereses del resto. El desprecio, producto de una falsa superioridad -sea de clase, de raza o de género- ha significado la ruptura de una convivencia social sana capaz de crear un colectivo con ideales y propósitos beneficiosos para todos. El enfrentamiento permanente (a veces militar, otro político) ha modelado una personalidad en la que no hay respeto por la opinión ajena, la que más bien debe desacreditarse para

enseñorear la posición propia. Somos un país que no conoce el diálogo alturado y mucho menos la construcción de proyectos a largo plazo, siendo el único el meramente personal o familiar. Es por ello que los partidos no existen, ya que los que asumen ese nombre son meros mascarones de proa para un embate electoral en pos del poder. No es una coincidencia, entonces, que la pandemia haga evidente ese “abismo social” al que se refirió Jorge Basadre y que desnude a ese “Estado empírico” copado por miles de intereses particulares a los que poco o nada les importa el interés nacional. Y, más aún, que el Congreso actual funcione en una suerte de mundo paralelo como plataforma electoral. Ello, mientras miles de peruanos no encuentran un lugar para enterrar a sus muertos en los cementerios y cientos más aún luchan por su vida en hospitales carentes de camas y de doctores.

¿Qué nos salva? El amor por la vida y la necesidad de ayudar a los demás que se hace notoria en tiempos de crisis profunda. ¿Quién no recuerda los cientos de comedores populares que surgieron en Lima entre los bombazos de Sendero y los ajustes del fujimorato, alimentando a un Perú hambriento y desolado? Yo veo surgir ese mismo espíritu en esta pandemia, durante la cual conmueven en el alma las jóvenes enfermeras y enfermeros embarcándose en los aviones camino a Iquitos, algunos de ellos portando la bandera del Perú. A los doctores desprotegidos que siguen dando batalla en cada hospital de Lima y provincias. Y me viene a la mente el recuerdo de Juan Bustamante abogando por las comunidades puneñas o el de Miguel Grau dando batalla a pesar de las divisiones internas, la falta de apoyo estatal y el amor de una familia que amaba y que dejaba atrás. Como muchos peruanos, él entendió que el bien común es el valor supremo de una república porque es lo que finalmente te lleva al bien individual y a una convivencia pacífica en la felicidad compartida.

Estamos muy tristes en vísperas de nuestro bicentenario, pero tal vez ese dolor nos lleve a reflexionar sobre los viejos ideales de justicia e igualdad, y luego de que la plaga haya pasado estemos dispuestos a construir una república en la que todos los peruanos sean representados, apreciados y, sobre todo, amados. Es lo menos que nos merecemos a doscientos años de optar por una libertad que debe englobar todas las dimensiones de la condición humana y, al hacerlo, finalmente hermanarnos como una nación diversa y única. Como muy bien dice nuestro lema patrio: “¡Firme y feliz por la unión!”.

# LA BATALLA DE SER NOSOTROS MISMOS

*Pelfina Paredes*



*¡Perú al pie del orbe; yo me adhiero!*

César Vallejo

El oficio de la actuación en teatro, cine o televisión precisa de una permanente observación de las diferentes actividades del ser humano: las circunstancias, lugares, situaciones, contexto social e histórico en las que estas se desenvuelven. Ello nos permite conocer, asimilar, sentir y encarnar al personaje que debemos representar.

Las consideraciones que presento en este artículo las debo a ese oficio y a mi condición de ciudadana peruana con deberes y derechos inherentes.

La etapa de incertidumbre, confusión y miedo que estamos viviendo nos cuestiona sobre el pasado y nos interroga hacia el futuro. ¿Qué hicimos? ¿Qué dejamos de hacer? ¿Qué deberíamos hacer? Entonces se agolpan los recuerdos...

Quizá la primera percepción que guardo de las reformas estructurales que realizó Velasco tiene que ver con las cooperativas que luego de la Reforma Agraria se instalaron iniciando su aprendizaje; algunas con la conducción de caporales cercanos a los intereses del hacendado y las menos bajo la conducción de los propios campesinos.

En los primeros años de la década del 80, por iniciativa del Ministerio de Agricultura, se legisló otorgando a las cooperativas agrarias la libertad de desintegrarse individualizando los bienes. Así fue como los campesinos seccionaron las tierras para repartírselas y, al influjo del modelo individualista, fueron olvidando las costumbres ancestrales.

Las empresas estatales se fueron vendiendo, empezando por la Compañía Peruana de Teléfonos. AeroPerú fue adquirida por una

empresa mexicana y el aeropuerto Jorge Chávez se concedió con el exclusivo propósito de que la empresa beneficiada construyera la segunda pista, la cual aún estamos esperando.

La industria se minimizó: la avenida Argentina adquirió un aire fantasmal y la carretera Central que alternaba fábricas con sembríos se transformó en un colmenar de tiendas que ofrecían los más variados artículos importados. ¿Dónde quedaron la productora de electrodomésticos Moraveco, la siderúrgica de Chimbote y su proyección a producir acero? ¿Dónde trabajan ahora los jóvenes que se capacitaron en SENATI y en otras academias técnicas?

“¡Cada peruano un empresario! ¡Libre competencia!”. Bajo ese conjuro se fueron llenando las calles de mujeres, varones y niños que vendían productos surtidos. Las sorprendidas pistas fueron circuladas por miles de carros importados que en el país del norte se desechaban. El trabajo informal se reafirmaba con la elogiosa posibilidad de convertirse en “emprendedor”.

Limitados los dispositivos legales, brotaron farmacias en todo el país sin la participación de profesionales químico farmacéuticos. Empresas particulares pudieron abrir locales para ofrecer instrucción escolar y superior. En un buen número de casos, el resultado es cuestionado.

La educación es un tema que nos implica a todos y esperamos que sea abordado con eficacia en la conmemoración del bicentenario, pues incide en la realización del ser humano.

### **Tren de carga y dignidad**

El transporte ferroviario, que fue concedido en la década del 90, ocupa también un lugar en mi preocupación ciudadana. Tiene

una línea que se inicia en El Callao y concluye en Huancavelica, atravesando en su recorrido 65 túneles y 67 puentes. Es una obra de ingeniería asombrosa. Mientras la carretera Central se interrumpe por los frecuentes huaycos, esta pasa por debajo de los puentes y el convoy puede llegar con seguridad a su destino. Además del transporte diurno de pasajeros circulaba de noche el tren de carga que conducía mercadería, particularmente producción agraria de toda la región (Tarma, Huánuco y Pasco se embarcaban en La Oroya), así que recuperarlo constituiría un alivio enorme para la carretera Central y, consecuentemente, para el tráfico de Lima.

El Gran Mercado Mayorista está ubicado en Santa Anita, a una cuadra de la línea férrea; podría construirse allí una estación con su consiguiente almacén, aliviando el desembarco y la distribución desorganizada.

La empresa se ha limitado a transportar minerales desde La Oroya hasta El Callao, descuidando clamorosamente su mantenimiento. Con cierta regularidad programa viajes turísticos a precios astronómicos.

La línea del sur tenía el siguiente recorrido: Mollendo, Arequipa y Juliaca, bifurcándose a Puno y Cusco. Actualmente, se utiliza el tren de carga solo para llevar combustible: gas, petróleo, gasolina. En su recorrido atraviesa paisajes variados de ciudades y pueblos en los que antes el tren de pasajeros se detenía para dejar o recibir viajeros y adquirir manufacturas, como la diversa y prolija cerámica de Pucará (más conocida por el emblemático torito). Hoy, los exclusivos turistas que pueden pagar más de 500 dólares son los que se embarcan en Cusco para llegar directamente a Puno. Recuperar la administración de este medio y devolverle la tarea que desde el siglo XIX había cumplido es una necesidad perentoria y un deber patriótico.

“ Es dolorosa la resignación del Estado y de la sociedad: no teniendo riqueza económica, renunciamos también a un posible enriquecimiento de ser nosotros mismos, de aprender a vivir en esta tierra que sí fue testigo y continente de culturas avanzadas, científica y artísticamente, con una ejemplarizante práctica comunitaria de bienestar colectivo ”

En abril de 1879 el Batallón Zepita, a las órdenes del general Andrés Avelino Cáceres, salió de Cusco y luego de una travesía bordeando el río Vilcanota arribó al pueblo de Santa Rosa, en Puno, que era hasta donde llegaba la línea férrea. Allí pudo embarcarse en el tren que lo condujo a Mollendo para continuar por mar al puerto de Iquique, donde el 21 de mayo se produjo el primer ataque del invasor.

El 15 de abril de 1883, cuando Lima estaba ocupada, Cáceres se embarcó clandestinamente en la estación de Viterbo, pasó por Chosica y desembarcó en Chicla, última estación del ferrocarril, para iniciar la Campaña de la Breña. No puedo dejar de detenerme en este punto para expresar mi enorme admiración y reconocimiento a Antonia Moreno, que con sus tres pequeñas hijas y en las condiciones más precarias acompañó esa gesta heroica que salvó la DIGNIDAD de la patria.

## **Trabajo y cultura**

El actor o intérprete es un trabajador eventual de empresas televisivas o cinematográficas, las que participan en dos sectores fundamentales de la sociedad:

1. Económico, constituyéndose en industria para cubrir la demanda del público nacional y susceptible de ser exportada.
2. Cultural, realizando producciones cuyo contenido contribuya eficazmente a la formación del ser humano en el ejercicio de valores nacionalistas y sociales.

Hay consenso en señalar la radiodifusión televisiva como elemento de influencia en el comportamiento humano; se llega a sostener que se constituye en eje de educación, instrucción e información

a través del aporte que en su contenido pueden transmitir los productos llamados de ficción o argumentales (series, telenovelas, cine), pues la forma subyugante y reiterativa con que se ofrecen los dota de poderes casi irresistibles que orientan la conducta pero también aportan conocimientos de historia, costumbres, lugares, diferencias económicas y sociales. De ahí que sus héroes suelen constituirse en paradigmas de jóvenes y niños cuyas aventuras quisieran encarnar. Lamentablemente, al no existir producción peruana solo se toma en cuenta la mentalidad en la que los personajes de otras realidades se desenvuelven, casi siempre enfocada en la violencia y un consumismo desenfrenado.

En nuestro Perú, la mayor producción se realizó en las décadas del 60 y 70. En 1980, la extranjera (México, Venezuela, Colombia) ingresó masivamente liberada de impuestos. Actualmente, son varios países los que alimentan nuestras pantallas.

En esas condiciones, el trabajo para la actuación y la técnica es limitado y poco estimulante para el actor que pone su imagen para ofrecer los contenidos.

Es preocupante y dolorosa la resignación que adopta el Estado y la sociedad en su conjunto: no teniendo riqueza económica, renunciamos también a un posible enriquecimiento de ser nosotros mismos, de aprender a vivir en esta tierra que sí fue testigo y continente de culturas avanzadas, científica y artísticamente, con una ejemplarizante práctica comunitaria de bienestar colectivo.

En estos días, un elemento microscópico ha paralizado la actividad mundial. Una inmensa mayoría de los habitantes estamos aferrándonos, si es que sobrevivimos, a la esperanza de mantener un trabajo o encontrarlo.

Personalmente, he lamentado la desaparición de empresas e industrias estatales y aliento la recuperación de esas fuentes de

trabajo. Sin embargo, tengo que reconocer que, con frecuencia, los nombramientos para la conducción de las mismas se daban por vinculaciones político-partidarias, familiares y/o amicales, mas no por conocimiento y responsabilidad. Para la elección del personal, los jefes ya nombrados repetían el método.

En la perspectiva del post COVID-19 no creo imposible que una empresa estatal funcione eficientemente. Sería como negar la reeducación del ser humano, pero dependerá de la honestidad y mística con la que de rey a paje se asuma el trabajo.

Esta guerra nos cuestiona a todos y en medio de ella hay un grupo enorme de varones y mujeres que están en el frente de batalla: médicos, enfermeras, policías, el ejército de tierra, aire y mar; barredoras, trabajadores que recolectan la basura. Para todos ellos, la inmensa gratitud del pueblo y el recuerdo que aflora del poema de Vallejo:

*¡Extremeño, dejásteme  
verte desde este lobo, padecer,  
pelear por todos y pelear  
para que el individuo sea un hombre,  
para que los señores sean hombres,  
para que todo el mundo sea un hombre, y para  
que hasta los animales sean hombres,  
el caballo, un hombre,  
el réptil, un hombre,  
el buitre, un hombre honesto,  
la mosca, un hombre, y el olivo, un hombre  
y hasta el ribazo, un hombre  
y el mismo cielo, todo un hombrecito!*

# MEMORIA DEL FUTURO

*José Carlos Agüero*



*Si es que realmente a los pobres  
Quieres, año, hacer un bien,  
Que bajen las subsistencias  
Y los arriendos también.  
Si sigue la carestía  
Y sigue nuestro mal  
Seguiremos los peruanos  
Cantando: Todo está igual.*

Anónimo  
Cancionero de Lima, 1932

Una fila inmensa de enfermos se tambalea ante las puertas de un hospital. Separados por un metro y medio, cansados, afligidos, los enfermos se encogen en las veredas. Llevan horas esperando a que los dejen entrar. Entrar no significa la salud. Entrar será hacer otras filas, esperar en medio del caos por una cama, sentarse en otro rincón u otra vereda, aguardar un turno. Con suerte, caer debajo de una carpa. Asfixiarse, quizá, morir en soledad.

El Perú en mayo del 2020 está lleno de filas de enfermos frente a hospitales. Este censo triste incluye decenas de miles de casas habitadas por pacientes con COVID-19 y tal vez sean millones si se cuentan a los que han pasado a ser secundarios en este drama de la pandemia, aquellos con diabetes, cáncer, tuberculosis, desnutrición o anemia.

Cientos de miles de casas en el país están habitadas por gente sin nada que comer. Las lomas se cubren de banderas blancas, que piden socorro. Hay miedo al contagio, al presente sin recursos, al futuro sin empleo. Conviven las calles vacías, de los que resisten en sus casas la cuarentena, y calles abarrotadas de gente que resiste la cuarentena comprando y vendiendo menudencias cada día.

El esfuerzo del gobierno, de los profesionales de la salud, de las fuerzas de seguridad, es inmenso. Nadie quiere desmoralizar esta acción inestimable. Nadie quiere usar la palabra obvia. Pero lo cierto es que el colapso de los sistemas sanitarios es evidente. Y también el colapso de la invocación colectiva a actuar como un solo cuerpo que se aísla para protegerse. Décadas de robo, indolencia y menosprecio a los derechos sociales no se pueden arreglar en medio de una crisis mundial. El sistema de salud ya estaba colapsado antes de la pandemia. Esta solo ha hecho dramático y mortal su colapso.

El cuerpo social, esa metáfora para invocarnos como un solo país que se une para enfrentar un mal que lo aqueja, también estaba arruinado antes de esta pandemia, si es que alguna vez fue una metáfora útil. Podemos escuchar a representantes de las élites estigmatizar a quienes salen a buscarse la vida asumiendo el riesgo del contagio, sin tomar en cuenta que para sobrevivir a la enfermedad primero hay que sobrevivir, a secas. Si desde lugares sensatos en la administración se piden protocolos para reiniciar actividades económicas, representantes del gremio empresarial protestarán porque estas les parecen trabas, porque no somos un país del primer mundo para darnos el lujo de tener estas exquisiteces.

Una república sin ciudadanos, escribía hace muchos años Alberto Flores Galindo, insistiendo en la feroz división interna que organizaba la injusticia y el poder en nuestra sociedad sobre la base de distinciones: gente con más valor que otra. Carlos Iván Degregori señalaría al ninguneo, ese menosprecio corriente e internalizado, como una de nuestras formas de interrelación que mejor explican nuestras dinámicas como sociedad. Nuestra moneda de cambio social.

La pandemia nos muestra en nuestra más desnuda honestidad. No descubre nada, tampoco devela, solo hace un zoom grotesco

sobre los viejos agravios. Cada falla sanitaria, institucional, higiénica, de transporte, de seguridad, penitenciaria. Cada mortal ineficacia de los programas sociales, de la falta de acceso a todo lo accesible para millones, estaba estudiada, analizada, medida. Si se tiene paciencia y tiempo, pueden revisarse las crónicas e informes de la epidemia del cólera de 1991. Encontraremos casi los mismos problemas con casi el mismo lenguaje: “Los hospitales colapsados no se dan abasto y la gente inconsciente no toma en serio la enfermedad”.

La gente culpable, inconsciente. Y poderosamente inmoral, pues rompe los supuestos pactos de convivencia, de protección mutua, los acuerdos de sobrevivencia de la especie. Y a esta plebe se le toma fotos, se la insulta. La acorrala la prensa y la policía, emboscada en mercados porque ha salido, ha escapado a la restricción, a la orden. Desde la ventana de un edificio de clase alta, se suelta un agravio que se replica por las redes ante la vista de un vendedor insurrecto. Que no está en su lugar. Ni físico porque ese no es su barrio. Ni legal porque debería estar en su casa sentado, aguantándose el hambre y el de su familia. Ese descolocado genera el ninguneo clásico pero enardecido, legitimado, que no necesita esconderse. Y se convierte en asco y pedido de represión (o supresión).

En los últimos años de crecimiento económico y de frívola marca país se puso mucho empeño en querer pasar por alto todas las páginas arrastradas por el pasado. ¿Pero cómo hacerlo si las páginas caen sobre nosotros como pesados tomos y nos hunden en el suelo y nos colocan en la fila de enfermos o de parados o de estigmatizados o de socorridos?

No poner trabas a la reactivación económica forma parte de la misma familia de significados de no pongan trabas al progreso y no pongan trabas al crecimiento. En todos estos casos, la traba es el derecho de alguien. El sueldo de alguien, el seguro de alguien,

la planilla de alguien, la tierra de alguien, el agua de alguien, la cultura de alguien. Cuando en 1919 los obreros en Lima fueron masacrados por pedir derechos laborales, fueron considerados trabas al progreso. Cuando los pueblos indígenas defendieron hace poco sus recursos de la explotación abusiva, este Estado democrático los interpretó como trabas a la economía, al crecimiento y, tristemente, a una anticuada idea de civilización. Cuando los grandes gremios empresariales hoy piden abrir pronto los negocios, privatizando la supervisión del contagio, exigiendo flexibilidades y menos protocolos y más acción, lo hacen asumiendo dos cosas: que merecen un trato privilegiado y que los trabajadores que estarán en riesgo cuentan poco. Se los puede poner en la ruleta si lo que importa es la economía.

Una amiga adulta mayor que trabaja vendiendo en la calle y a la que no le ha tocado ninguno de los bonos, ni el universal, me manda todos los días al teléfono chistes, memes. Y me pregunta si estará en el bono siguiente, el que se invente para los olvidados. “El bono para los muertos”, me dice, aún con buen humor.

### **Un bicentenario honesto**

Con mucha razón, intelectuales, funcionarios y gente de a pie se pregunta si tiene sentido conmemorar los dos siglos de nuestra independencia, de nuestra fundación como república bajo este contexto. ¿Qué sentido darle, si lo que vemos es la suma de nuestros males o la culminación de una mala historia?

En el Perú, si una mujer o un varón de una zona altoandina, un afroperuano o un indígena de la selva amazónica ha vivido más de 70 años, ha sufrido semiesclavitud, servidumbre, analfabetismo, hambre. Ha sido explotado hasta la extenuación, ha sido humillado frente de sus hijos. Ha sufrido la represión por luchar por sus derechos elementales, por reducir su jornada laboral a menos de 16 horas, por sus tierras, por el agua. Ha sido masacrado en nombre del progreso. Ha podido votar libremente recién en 1980.

“ Quienes se mueren callados en sus casas porque no tiene sentido ir a un hospital a morir solo y es imposible pagar una clínica privada usurera, es un viejo. ¿No era que la memoria nos importaba? ¿No se dice que una comunidad transmite sus recuerdos, valores y tradiciones pasando estos saberes de una generación a otra? ”

Ha sufrido dictaduras, violencia política, autoritarismo. Ha vivido la discriminación brutal y el machismo. Ha sido denigrado por hablar su lengua. Una mujer peruana de 60 años posiblemente esté casada con la persona que la violó y todo ello fue legal. Otras mujeres, aún más jóvenes, han tenido hijos de agentes de seguridad que abusaron de ellas durante el periodo de violencia política y otras pueden contar cientos de miles de testimonios sobre la violencia de género que viven a diario y que es minusvalorada por la justicia. Y esa era la normalidad hace tres meses. Un peruano del siglo XX ha conocido de cerca la agonía que dejan las enfermedades de los pobres, la viruela, la anemia, la tuberculosis, la malaria, el dengue, el cólera, el VIH y ahora el COVID-19. Ha aprendido el himno nacional y lo ha cantado en la niñez. Y ha sido un peruano a su manera. Y hasta ahora, sobrevivía a esta historia de la república.

Es por ello tan trágico que sean los viejos, esos que hicieron vivir lo que conocemos como nuestro país, los que ahora sufran los resultados de nuestra larga historia de desapego. La fila de enfermos en los hospitales es una fila, sobre todo, de viejos. Los que hacen filas esperando un bono dado con frialdad y aún con el reproche soberbio de quien trata a un menor de edad que recibe un regalo y se queja, son los viejos. Quienes se mueren callados en sus casas porque no tiene sentido ir a un hospital a morir solo y es imposible pagar una clínica privada usurera, es un viejo. ¿No era que la memoria nos importaba? ¿No se dice que una comunidad transmite sus recuerdos, valores y tradiciones pasando estos saberes de una generación a otra?

Las víctimas del periodo de violencia política, o sus familiares, nos han compartido su terrible soledad. Las hemos visto llorar en sus casas, ancianas, cansadas, enfermas, sin nada que comer, sin poder ir a sus lugares de encuentro por la cuarentena, sin que les toque un bono de nada. Algunas morirán así, estos meses.

Sufrieron la violencia fiera de la subversión y el terrorismo, también la violencia de los agentes estatales. Luego sufrieron décadas esperando por sus parientes desaparecidos, por una noticia, por algo de reconocimiento. Estas ancianas sobre las que se ha escrito tanto y se ha hecho tanta cultura a propósito de la memoria, son un símbolo de este momento y su naturaleza. Están pasando sus últimos días asistidas por la solidaridad, asustadas, encerradas, sin haber recibido aún ninguna de las promesas que la república hizo para ellas: ni restituirles los cuerpos de sus hijos, ni darles una vida digna, ni atenderlas en su vejez como ciudadanas, ni repararlas como merecen como víctimas, ni salvarlas del miedo y el hambre como simples mujeres ancianas en medio de una pandemia.

El 28 de agosto del 2003 el presidente de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, Salomón Lerner, empezó su discurso de entrega del Informe Final con estas palabras: “Hoy le toca al Perú confrontar un tiempo de vergüenza nacional. Con anterioridad, nuestra historia ha registrado más de un trance difícil, penoso, de postración o deterioro social. Pero, con seguridad, ninguno de ellos merece estar marcado tan rotundamente con el sello de la vergüenza y la deshonra como el que estamos obligados a relatar. Las dos décadas finales del siglo XX son —es forzoso decirlo sin rodeos— una marca de horror y de deshonra para el Estado y la sociedad peruanos”.

Con esas palabras invocaba el daño tremendo que sufrimos como sociedad tras largos años de violencia política y de dictadura entre 1980 y el 2000. Decenas de miles de muertes, de desapariciones, de violencia sexual, de masacres y desplazamientos forzados. Y el escándalo, la dolorosa comprobación de que el Estado no estuvo a la altura de tanta demanda de amparo. Que los pobres, los comuneros, los indígenas de la Amazonía, los que no formaban parte de nuestra idea urbana de país, eran y son los que engrosan las listas de los registros oficiales de las víctimas.

Menos de veinte años después, en medio de la pandemia mundial y de una dura cuarentena nacional que deja ya más de 100 mil contagiados y más de tres mil muertes, puede ser útil recordar este mensaje y preguntarnos si en breve no estaremos haciendo otra comisión y leyendo otro discurso que nos encare con lo peor de nuestra realidad como país. Con lo que podemos llamar nuestra tradición de vergüenzas.

No todo es igual. Hoy, la voluntad de lucha de muchas autoridades y de muchos ciudadanos es admirable. Pero posiblemente muchas de las causas que en los 80 hicieron tan amplias la crueldad y el abuso sean similares a las que hoy hacen que los mejores esfuerzos no puedan evitar colapsos y que los más vulnerables padezcan masivamente frente a nuestros ojos. ¿Qué hicimos colectivamente con el Informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación? Lo esquivamos, evitamos sacar sus consecuencias. Y desde la élite política y económica, fue saboteado. No era el tipo de relato que necesitaban.

No podemos volver a darnos el lujo de ese cinismo. No podemos regresar a un país de publicidad, de ceguera, de explotación y egoísmo. Muchos añoran la vuelta a la normalidad. Pero eso es un espejismo. Nuestra modernidad ha sido cruel, ha destruido la idea de prójimo en nombre de la soledad del individuo, no ha dejado ni brizna de tejido social, pero graciosamente invoca la responsabilidad del sujeto sin haberle proveído de los marcos para construir esa responsabilidad, habiéndolo sumido en la precariedad más esencial.

La normalidad que hemos respirado en las últimas décadas ha sido infame, nutrida por un tipo de agresión cultural capitalista, libre de controles, que hizo superfluas nuestras instituciones y convirtió al Estado en un estorbo más o un mero instrumento para la codicia. A la violencia física se agregó la del control de nuestra subjetividad, incapaz de imaginar nada que no fuera lo

permitido por este orden avaro. Muchos avances conseguidos en dos siglos de desarrollo de los derechos desde la ilustración fueron retrocediendo frente a los nuevos derechos (o deberes y represiones) surgidos desde la violencia y la fuerza. La violencia, su uso, su control y su lenguaje se convirtieron en el más poderoso fundamento de nuestras sociedades. La capacidad de imponer, chantajear, corregir o expulsar a los ajenos, diferentes o disidentes se convirtió en nuestra cotidianidad prepandemia.

Dice bien Cecilia Méndez que la violencia es fundacional en relación con nuestra historia republicana y permanente como institución que le ha otorgado sus significados más importantes. ¿Debe seguir siendo el valor que fundamente nuestra vida colectiva?

Esa normalidad añorada, en la que muchachos trabajadores morían carbonizados en sus trabajos casi esclavos. En la que la corrupción y las mafias se integraron con los actores políticos y las autoridades locales. Una normalidad cruel en la que una vida, un saber, una cultura, un mundo de afectos no era contrapeso para las necesidades de expansión de una empresa o una idea bárbara de país monocultural. Una normalidad en la que la poderosa idea de bienestar fue erradicada como un antivale. ¿Qué puede sostener esa nostalgia si no es solo nuestro miedo actual?

Pero podemos ser más que nuestras limitaciones y nuestros miedos. Jorge Basadre apostó por la idea de un país que cumpliera con las promesas implícitas en su creación independiente. Son las que hoy nos llevan a seguir apostando por la defensa de la mera existencia y la conquista de vidas dignas. En este momento en que casi es imposible no mirar el sufrimiento y sus causas, quizá también sea útil recordar esas promesas para que tanto camino andado sobre dolor y muerte valgan la pena. Si ahora un bicentenario debe movilizarlos, debe ser uno sin máscaras. Honesto. Que intente cumplir con el sueño de un nuevo pacto en el que nadie quede afuera, por fin. No una nueva normalidad, sino la renovación de lucha por más ciudadanía, por más vida, vida digna, reclamada incluso, desde las filas o las casas que por ahora resisten en angustiada incertidumbre.

# LAS GUERRAS Y EL ESTADO EMPÍRICO

*Francesca Denegri*



Cuenta el historiador chileno Barros Arana que, tras la victoria peruana en Tarapacá, nuestros oficiales hurgaban en los bolsillos de los chilenos muertos en el campo de batalla buscando mapas que los pudieran guiar en la ruta que seguirían por lo que en ese entonces era parte del territorio peruano. Para Basadre, esta anécdota revela una de las fallas más graves del Estado peruano en la época de la guerra del Pacífico: el manejo “empírico” de los asuntos que eran de su exclusiva responsabilidad y competencia. Que el ejército peruano no hubiera levantado planos de sus propios territorios, sobre todo de los que eran más vulnerables por estar en zonas de frontera, revelaba desidia, desorden e indiferencia frente a lo que no fuera de interés inmediato y dentro del radio de acción cercano al ámbito de los gobernantes.

El Estado empírico, definido por el historiador tacneño como “inauténtico, frágil, corroído por impurezas y anomalías”, es el que carece de un diseño integral y de un plan coherente y progresivo para su ejecución sistemática; es el que, al no controlar la totalidad del territorio y de la población nacional tampoco es capaz de generar el sentido de identidad colectiva necesario para la viabilidad de la nación. La batalla de Tarapacá tuvo lugar antes del derrumbe del aparato productivo nacional, por lo que había recursos económicos heredados del apogeo del guano y el salitre para la dotación de la parafernalia necesaria. No era, entonces, un problema de dinero, sino de desinterés e improvisación derivados del desconocimiento del propio territorio. O viceversa.

Esta primera falla constitutiva del Estado empírico descansaba sobre otra, tan grave como la primera, que era lo que Basadre llamó el “abismo social” entre la población criolla y la indígena. La indiferencia de los gobiernos republicanos frente al problema indígena se tradujo en la ausencia de un proyecto de educación y de promoción de la capacidad productiva de este sector mayoritario de la población a lo largo del XIX. Es lo que hoy llamaríamos

desigualdad y exclusión. La derrota que sufrimos en la guerra del Pacífico y la catástrofe que esta representa todavía hoy para el imaginario nacional serían la consecuencia de la letal articulación de estas dos fallas.

Ciento cuarenta años después, y felizmente con otra robusta alcancía fiscal, nos enfrentamos a una nueva “guerra”. Esta vez, el enemigo no es el chileno de uniforme rojo con mapas indispensables en el bolsillo, sino un “enemigo invisible” frente al que el gobierno ha creado su flamante Comando de Operaciones COVID-19. Esta vez, además, el jefe de gobierno se ha echado el país al hombro en vez de estar distraído urdiendo su plan de huida, como fue el caso del presidente Prado en la guerra con Chile.

El lenguaje bélico desplegado con vigor por la jefa del Comando, Pilar Mazzetti, confirma la disposición del gobierno de preparar a la ciudadanía para una guerra. “Esta es una guerra atípica porque cada uno de los que está aquí sentado es el soldado y a la vez, es el enemigo”, declaró enérgica y en tono de arenga la exministra en la ceremonia de instalación del Comando en Arequipa. Siempre enfática y avanzando con firmeza de comandante sobre el escenario, aseveró que “ya no somos trabajadores de salud. ¡Somos los soldados de las Fuerzas Armadas de la Salud!”, advirtiendo al ciudadano que no obedeciera la consigna de #yomequedoencasa que “vamos a tener que proceder como en toda guerra, porque no actuar es traición a la patria”.

Sin embargo, a nueve semanas del inicio del estado de emergencia nacional y aislamiento social obligatorio anunciados por el presidente por 14 días, luego 28 y ampliados después a 42, a 58 y finalmente a 72 días, vemos a miles y miles de esos “traidores a la patria” pululando libres por calles y plazas. Los vemos cada día más temerarios en los mercados, en los bancos y en las combis, desoyendo amenazas y desobedeciendo las consignas desesperadas del Comando en el Cercado, en San Juan

“ El gobierno no ha escatimado esfuerzos en levantar sus planos y ha sido firme y enérgico en su decisión de priorizar la vida antes que la economía. Pero nos revienta en la cara la debilidad de este Estado empírico que a lo largo de dos siglos de historia republicana no ha sido capaz de crear la infraestructura mínima para apuntalar esa vida que está dispuesto a defender ”

de Lurigancho, en San Martín de Porres y en Villa El Salvador, entre otros distritos. Más allá de la retórica bélica, lo que en realidad están haciendo estos “traidores a la patria” no es sino poner en evidencia la precariedad del Estado para atender sus necesidades más básicas, pues la pobreza los obliga a desafiar el #yomequedoencasa y buscar en la calle el dinero necesario para sobrevivir. Aún a sabiendas de que en ello se les puede ir la vida.

¿Por qué siendo el Perú uno de los primeros países en decretar la cuarentena y en apuntalarla con el paquete económico más grande de nuestra historia, hoy es el segundo con más contagios en la región? El esfuerzo indudable desplegado por el gobierno, que incluye la distribución consecutiva de dos bonos para familias en condición de pobreza, no parece haber servido de mucho para detener los contagios. A pesar del desembolso anunciado, los bonos han sido insuficientes porque no han llegado, o han llegado muy tarde. Si en lugar de distribuirlos después de cuatro semanas, tras haber pasado por varios e innecesarios filtros burocráticos de selección y focalización, se hubiera optado por un bono universal cobrable solo con el DNI, no hay duda de que los ciudadanos de familias vulnerables se hubieran abstenido de traicionar a la patria y de abultar con sus cuerpos la curva de contagios.

En el caso de muchas de las comunidades altoandinas -y sobre todo amazónicas- que se encuentran a días de chalupa o de pie del banco más cercano, y cuyo sistema inmunológico no está adaptado a los virus globales, el bono ni siquiera representa una solución, sino un anzuelo de contagio y hasta de posible decimación. Como en Tarapacá hace siglo y medio, el Estado peruano, que nunca dejó de ser empírico, vuelve a demostrar su desconocimiento del territorio y de la población a la que en principio tendría que proteger contra viento y marea.

En una conferencia de prensa reciente, el presidente se preguntaba por qué había más y más gente en las calles. Sin dudarlo mucho,

salió con el refrido de que era un tema de falta de responsabilidad. Si todo este tiempo, y a pesar de las arengas y de los soldados armados en las calles, la gente sigue saliendo a vender papel higiénico, impermeables o hisopos para regresar a sus casas con el virus pegado pero también con algunos soles en el bolsillo, no es por irresponsabilidad sino porque el bono no les llega y mientras tanto hay que salir de casa para poder comer.

Sin embargo, hay que reiterarlo: el gobierno no ha escatimado esfuerzos en levantar sus planos y ha sido firme y enérgico en su decisión de priorizar la vida antes que la economía. Pero nos revienta en la cara la debilidad de este Estado empírico que a lo largo de dos siglos de historia republicana no ha sido capaz de crear la infraestructura mínima para apuntalar esa vida que el gobierno está dispuesto a defender.

Son tres las áreas clave en esta crisis: salud, vivienda y alimentación. El Minsa hace agua por todas partes a pesar del trabajo incesante de los médicos; por otro lado, la ausencia de un plan habitacional para los más pobres se traduce en un forzoso hacinamiento que propicia y reproduce el contagio ante la mirada agobiada del gobierno y, finalmente, la falta de medios para alimentarse expulsa a la gente a las calles.

En este gran arco histórico que trazan la guerra del Pacífico y la guerra contra el COVID-19, el Estado ha demostrado seguir empantanado en un mortífero empirismo. En la guerra con Chile el problema de fondo fue el Estado y el gobierno. En la guerra que libramos hoy nos toca un jefe decidido y entregado pero que, como señala Alberto Vergara en un artículo, es como ver a Ayrton Senna conduciendo una combi. Agreguemos que, aun con embrague roto, frenos vaciados, radiador picado y un motor que sobrecalienta, esta combi cochambrosa tiene afortunadamente,

además de chofer confiable, el tanque de gasolina lleno. Gracias a ello, por ahora algo nos movemos, aunque lo hacemos con serias dificultades. Empero, sin una reconfiguración completa de la combi, por más Ayrton Senna y tanque lleno, estamos destinados a seguir el viaje zigzagueando, sin ruta clara y con el fantasma de la derrota siempre acechando al borde del camino.

# EL VIRUS QUE DESNUDA

*Alberto Chirif*



El COVID-19 es un factor que nos impele a meditar quiénes somos como país después de doscientos años de fundada la república. Un factor más, en realidad, porque también reflexionaríamos sobre el tema si el virus no nos hubiera tomado por asalto. Sin embargo, es un aguijón adicional que añade dramatismo a la conmemoración.

Junto con muerte y dolor, el COVID-19 se ha encargado de desnudar a las sociedades y a sus propuestas económicas, a las que me niego a calificar como “paradigmas de desarrollo” porque, además de incrementar la riqueza de un sector muy reducido, no han servido para generar el bienestar de la sociedad en su conjunto. Casi resulta inútil hacer una afirmación de este tipo porque esto ya lo saben quienes manipulan la sartén, y lo saben tan bien que, incluso, han eliminado ese vocablo de su discurso, reemplazándolo por “crecimiento”. Esto, que podría ser considerado un acto de sinceridad, no lo es porque, mediante ese cambio, siguen vendiendo la falacia de que el crecimiento beneficiará a todos.

Un libro publicado por Germán Alarco hace un año, *Riqueza y desigualdad en el Perú*<sup>1</sup>, nos pone frente al brutal abismo de las desigualdades en el país. El estudio no aborda el tema de la pobreza, aunque ella está implícita en el análisis porque es la otra cara de la moneda. La riqueza se construye sobre la base del acaparamiento de recursos y medios de producción y sobre la explotación de los trabajadores, que genera pobreza entre las mayorías. La riqueza también incluye la concentración de poder, razón por la cual es la negación más brutal de la democracia.

Nada de esto, por otro lado, sería posible sin un bien afinado sistema de mentiras, comenzando por la que constituye el pilar del neoliberalismo: que el mercado se regula por sí mismo. En verdad es el Estado quien establece las condiciones del mercado,

<sup>1</sup>Germán Alarco. Riqueza y desigualdad en el Perú. OXFAM. Lima, 2109.

pero un Estado que representa al poder de quienes están en la cúspide de la pirámide. Sin ese Estado, que el neoliberalismo vilipendia de boca para afuera pero del cual se aprovecha para sus propios fines, el sistema no contaría con las normas que requiere para acumular poder. ¿Quién, en definitiva, es ese Estado sino los mismos representantes del neoliberalismo que ocupan los más altos cargos para aprobar las normas que les son más ventajosas? Mediante la llamada "puerta giratoria" se ubican en esos puestos y, luego de establecer las medidas que los favorecen, regresan más tarde a sus empresas. Se trata de normas hechas a medida, como los vestidos de un sastre. Sin este mecanismo no existirían las exoneraciones tributarias, incluyendo las de algunas empresas que nada tienen que ver con el bienestar de la población sino todo lo contrario, como los casinos y las casas de juego; no existiría la devolución de impuestos que termina restituyendo a algunas empresas más de lo que estas inicialmente habían pagado; ni las leyes que favorecen a ciertas actividades productivas, a expensas de ingresos que podría captar el Estado manipulado y, sobre todo, de las justas aspiraciones de bienestar de los trabajadores. ¿Qué tiene que ver esto con el enunciado de que el mercado se regula a sí mismo? ¿Acaso no es ese Estado quien hace posible que obras licitadas multipliquen su costo por dos, tres o más veces para beneficiar a las empresas? Los ejemplos sobran con las carreteras transoceánicas norte y sur, con el gasoducto del sur o la refinería de Talara, por citar tan solo algunos.

Lo señalado en el párrafo anterior no es una originalidad peruana, sino una constante en el sistema neoliberal. Estados Unidos invade un país empleando armas fabricadas por la industria bélica privada que funciona en el país, lo que ya de por sí es un gran negocio para ellas, y luego contrata otras empresas para que reconstruyan el país que ellos han destruido. Sus banqueros hacen malos negocios con los fondos de sus clientes a mediados de la década del 2000, generando lo que se conoce como la burbuja hipotecaria, y luego el Estado otorga un rescate de 700 mil millones de dólares para

salvarlos de la debacle con fondos de los ciudadanos. El Reino Unido hizo su propio rescate otorgando 400 mil millones de libras esterlinas a ocho de sus más grandes bancos. España continuó esa línea e invirtió 45 mil 500 millones de euros. El mismo mecanismo fue nuevamente empleado por los Estados Unidos poco tiempo después para salvar a su industria automotriz, a la que le inyectó 25 mil millones de dólares. Todos los países europeos y Estados Unidos subvencionan su agricultura con porcentajes inmensos, mientras que en países como el Perú el Estado clausuró, durante el gobierno de Fujimori, el Banco Agrario y entes comercializadores de productos agropecuarios que beneficiaban principalmente a la pequeña agricultura con el argumento de que la economía de mercado no admite el subsidio.

La privatización de las empresas públicas durante el gobierno de Fujimori, aprovechada principalmente por capitales extranjeros, dio inicio a esta desafortunada carrera por la acumulación de la riqueza en pocas manos a costa del patrimonio nacional y de las condiciones de trabajo de obreros y empleados. El libro de Alarco señala que el número de millonarios peruanos con un patrimonio productivo superior a un millón de dólares pasó de 18 mil 496 personas adultas en el 2012 a 38 mil 102 en el 2016. En esos mismos años, quienes tenían más de cien millones pasaron de 33 a 133, y los billonarios con más de mil millones, de dos a diez. Si bien este número es pequeño en comparación con otros países del área, como Chile, Argentina y Brasil, el Perú, entre el 2014 y el 2016 tuvo los mayores niveles de desigualdad con respecto a los otros socios de la Alianza del Pacífico. Señala Alarco que los ingresos per cápita más recientes del 10% más pobre de la sociedad peruana es de 965 dólares anuales, mientras que el 10% más rico es de 20 mil 141 dólares, es decir, más de 20 veces más.

Es verdad que una pandemia rebasa las posibilidades de cualquier Estado, incluso la de los más ricos, como vemos que ha sucedido en algunos países de Europa en los que la disponibilidad de camas

para cuidados intensivos, de personal y de equipos especializados ha sido sobrepasada por un acontecimiento excepcional como el que hoy se padece. Pero en el caso del Perú es otra cosa porque las deficiencias de personal, infraestructura y equipos ya estaban desbordadas antes de la pandemia. En los hospitales públicos las camas con los enfermos eran ubicadas en los corredores o hacinadas en habitaciones comunes. Los pacientes debían pagar análisis y medicinas en centros privados porque el hospital no disponía de equipos, reactivos ni fármacos.

Las lecturas acerca de la historia del Perú nos enfrentan a situaciones ya conocidas porque el presente repite con asombrosa semejanza hechos del pasado. Estas tienen como núcleo central, como motor que las impulsa, la corrupción. El libro de Alfonso Quiroz<sup>2</sup> es un recuento que asusta y entristece por cómo este corazón pervertido ha bombeado energía a lo largo de toda nuestra historia. En torno a este hilo conductor se han acomodado todas las demás lacras de nuestra sociedad: autoritarismo, traiciones, engaños, patriotismo de fantasía, pequeñez de pensamiento, racismo y otras.

No hemos podido construir una identidad propia porque nos negamos a nosotros mismos o creamos imágenes falsas. Diversos gobernantes repiten la fórmula de nuestro glorioso pasado incaico, lo que de por sí es un error porque el pasado de ese territorio tiene mucha mayor profundidad histórica que la que ofrece el Tawantinsuyo. Y con esa receta vacía de contenido satisfacen su conciencia peruanista, que no guarda ninguna coherencia con el trato que históricamente se le ha dado durante la república a la gente que construyó ese pasado. Discurso esquizofrénico que alaba una idea pero maltrata a las personas reales, las desprecia y las convierte en objeto de burlas, cargándolas con adjetivos despectivos y acusándolas, incluso, de ser la causa de nuestro atraso como país. Disfrutamos de su legado, como la domesticación

<sup>2</sup> Alfonso Quiroz. Historia de la corrupción en el Perú. IEP. Lima, 2013.

“ Es momento de pensar en una organización territorial con mayor participación de la sociedad civil. Más que dinero, las comunidades indígenas reclaman libertad para decidir sobre su territorio ”

de plantas que hoy alimentan a la población mundial y de animales que enriquecen los salones de la moda, pero somos incapaces de darle el crédito de esta herencia a esas sociedades precolombinas que hicieron la transformación de lo silvestre a lo cultivado y criado, y a sus descendientes que supieron cuidar esa riqueza y desarrollarla.

Vivimos un patriotismo de fantasía que se inflama, sobre todo, en eventos deportivos, en especial si el rival es el país que nos ganó la única guerra verdadera que ha tenido el Perú y que se perdió, sobre todo, por falencias propias: desunión, traiciones, falta de previsión, corrupción. Es decir, las mismas taras que hoy nos afectan. También se activa en marchas, desfiles e izamientos de bandera, hoy acontecimientos dominicales en todas las plazas centrales de las ciudades capitales del país. Es el patriotismo de himnos, rostros adustos y discursos retóricos que deja margen para seguir despreciando la realidad de las personas, burlándose de ellas y aprovechándose de recursos públicos que debieran destinarse a mejoras en los campos de la salud, la educación y la economía. Actos que no comprometen a los participantes con el destino de la patria, que no es una abstracción como ellos piensan sino seres humanos, personas con necesidades, familia, sueños, aspiraciones. Parafraseando a Celaya: "Son gritos en el cielo, y en la tierra son actos".

Pero la pandemia no solo ha desnudado al Estado y su discurso neoliberal. También ha hecho lo mismo con las sociedades indígenas y me refiero a las amazónicas, que son las que conozco. Si hoy reclaman víveres al Estado es porque no los están produciendo a pesar de tener tierras, bosques, ríos y una antigua historia de independencia para generar sus propios alimentos. Es verdad que sucesivos procesos de colonización, que se iniciaron en la segunda mitad del siglo XIX, los han ido arrinconando al punto de dejarlos muchas veces confinados a pequeñas islas dentro de un mar

de foráneos, con tierras gastadas, bosques empobrecidos y ríos contaminados. Pero hay otros factores que explican los problemas y falencias que experimentan esas sociedades actualmente.

Cegados por la fiebre del oro, muchos indígenas de Madre de Dios -y desde hace ya algunas décadas- son también extractores de dicho metal. Otros se han convertido en rentistas, alquilando sus tierras para que sean explotadas por mineros. Las ganancias, que en este último caso son muy grandes, los han llevado a abandonar el trabajo de sus chacras y de sus bosques como lo hacían antes.

También es cierto que la incursión de ellos en este tipo de actividad, sea como productores o como rentistas, se ha debido a la falta de amparo del Estado cuando, al inicio del auge, sus reclamos por protección de sus territorios invadidos no fueron atendidos. Su lógica fue muy sencilla y humana: si el otro se enriquece de esta manera, ¿por qué no puedo hacer yo lo mismo?

El alquiler de tierras comunales con fines agropecuarios es un fenómeno que afecta a otras zonas. En algunas de ellas, como el Perené y Oxapampa, se trata de comunidades muy pequeñas establecidas en las áreas que han podido salvar de la colonización. En ellas, las tierras han sido empobrecidas por el sobreuso y los bosques han desaparecido. Equivocadamente, la gente ha creído solucionar sus problemas alquilando tierras a colonos. Esto, además de agravar los impactos ambientales por la implantación de monocultivos, no les ha traído bienestar porque los ingresos conseguidos con los alquileres son insuficientes para adquirir en el mercado los bienes que necesitan para su sustento.

En el caso de las comunidades awajún del Alto Mayo (San Martín) existen algunas diferencias. Las comunidades son grandes y muchas de ellas colindantes, lo que les habría permitido generar estrategias integrales de manejo territorial. En esa zona, todas las comunidades, por la ilusión del dinero, han alquilado tierras

a colonos cajamarquinos productores de arroz. Los alquileres, a precios ínfimos, han sido también insuficientes para generar el bienestar de sus dueños y familias. Por otro lado, las condiciones contractuales son tan deficientes que hoy, aún cuando algunos comuneros han tomado conciencia del error que han cometido, es prácticamente imposible expulsar a los colonos. Se trata de un proceso que se inició hace más de treinta años, un tiempo durante el cual los colonos han establecidos casas, tiendas, hoteles e instalaciones dedicadas a su actividad agropecuaria que les dan una estabilidad difícil de revertir.

En otras zonas ha sido la coca el cultivo que ha generado la ilusión de riqueza y progreso en las comunidades. Ellas han reconvertido su economía y se han vuelto dependientes de esa actividad. La pandemia, al imponer limitaciones de circulación, ha afectado las redes de comercialización de la coca y, con esto, los ingresos de los comuneros. Hoy en día, sin dinero ni alimentos propios, sufren las consecuencias de haber hipotecado sus esfuerzos en actividades que no controlan.

Asháninkas y machiguengas dedicados a cultivos comerciales como café y cacao, o al trabajo asalariado como peones en fundos o empresas locales, han dejado de producir en sus chacras y hoy no tienen productos de las mismas.

El Estado también ha contribuido a generar esta situación mediante políticas asistencialistas que, en vez de potenciar capacidades y conocimientos propios para producir alimentos, ha fomentado la dependencia. Programas como Juntos o Qali Warma se ubican dentro de esta lógica paternalista que ha fortalecido la dependencia y que, además, ha sido contraproducente. Los viajes desde las comunidades hasta los centros donde el Estado entrega el aporte suelen costar a las personas (gastos de gasolina o transporte, alimentación y hospedaje) más de lo que ellas reciben. El reparto

de víveres, por otro lado, junto con la corrupción, ha tenido como consecuencia el empobrecimiento de la dieta alimentaria y generado problemas de salud por la intolerancia a la lactosa, algo bastante común entre los indígenas amazónicos.

El cambio de patrón de asentamiento de la población de la selva alta ha causado una serie de problemas que no han sido resueltos y que ni siquiera han sido analizados como tales. De una estrategia de ocupación territorial basada en pequeñas unidades familiares dispersas ubicadas en los espacios interfluviales se ha pasado a otra de mediana o gran concentración a lo largo de los ríos. Si bien esto es beneficioso para la población que habita en la parte baja de la Amazonía, a orillas de los grandes ríos navegables, no lo es para la de la selva alta, en la que los ríos son torrentosos y de aguas que no transportan el limo que fertiliza las tierras de las orillas donde se cultiva hasta el inicio de la siguiente creciente. Por otro lado, los ríos de la parte alta tampoco tienen la abundancia y diversidad de peces que existen en los cursos bajos del Marañón, Ucayali y Amazonas. Por eso, las pequeñas unidades familiares dispersas en las zonas interfluviales fueron más cazadoras que pescadoras.

Hoy, la población asentada a lo largo de los ríos de la selva alta reclama por la escasez de animales de caza. Pero, más que eso, el problema radica en que esta población se ha alejado de las zonas donde habitan estos animales, que son los espacios interfluviales. La lejanía y un cambio de patrones de conducta ha hecho que la población pierda conocimientos y experiencia para cazar y le dé pereza hacerlo porque la caza no es una actividad deportiva como la que practican los ricos en Europa, sino una tarea que demanda gran esfuerzo físico y fortaleza anímica para soportar la vida en refugios temporales en un medio riesgoso, mientras se acecha a los animales.

Muchas comunidades de la selva alta no solo son ahora ribereñas de los ríos, sino también de las carreteras. Se han arracimado a lo largo de estas para ver si así pueden vender o comprar algo. Es patético el caso del Gran Pajonal, atravesado por la carretera que va de Puerto Ocopa a Atalaya. Se trata de un medio de extrema fragilidad, por lo que los asháninkas se asentaban allí hasta hace pocas décadas en unidades familiares nucleares. Hoy todas están a lo largo de la carretera, habitando pueblos insalubres.

Los cambios más dramáticos experimentados por las sociedades indígenas han sido forzados por agentes externos: misioneros, colonos patronos y el Estado mediante el establecimiento de escuelas. Pero no es hora de buscar culpables de la situación, por más que los existan, sino de encontrar soluciones. En efecto, esas sociedades tienen potencial para impulsarlas y lo han hecho en el actual contexto de la pandemia. Son ellas, como colectivo organizado, las que hasta el momento han presentado las propuestas más coherentes y adoptado las medidas más apropiadas para la situación, como el control del tránsito.

El Estado no ha atendido esas demandas ni menos respetado las medidas adoptadas. Es un fuero que él, autoritariamente, reclama en exclusividad, aun cuando no tiene capacidad para ejercer el control (como se ha demostrado en el caso de algunas ciudades, a pesar de que estas no presentan las dificultades de alejamiento de las comunidades). Frente al impedimento de circulación impuesto por algunas organizaciones indígenas, por ejemplo, ha habido reacciones autoritarias por parte de representantes del Estado.

Es momento de pensar en una organización territorial con mayor participación de la sociedad civil. Más que dinero, las comunidades indígenas reclaman libertad para decidir sobre su territorio

# EL INDÍGENA EN EL SIGLO XXI

*Rember Yahuarcani*



Es un jueves por la mañana y las voces atraviesan las paredes de madera:

- Sobrino, ¿has visto el clima?
- Sí, tío. Toda esta semana ha estado raro. Hay lluvias con sol. Muchos truenos y rayos, parece que viene una gran tormenta pero no llega.
- ¡¡¡Jummm!!! El cielo está muy oscuro y los vientos son muy fuertes. Las madrugadas y las mañanas están muy frías.
- ¿Has escuchado el canto de los pájaros nocturnos?
- ¡Sí! Cantan a cualquier hora.
- Tío, ¿usted cree que ya llegó al pueblo?
- Sí, sobrino. Alguien lo ha traído.

Este es un fragmento de una conversación que escuché entre mi padre y su tío abuelo. Efectivamente, hacía como una semana el clima había cambiado raro y radicalmente, con lluvias interminables bajo un sol abrasador. Vientos que mecían a los agujeros, amenazándoles con arrancarles de raíz. Truenos y rayos en pleno mediodía sin ningún atisbo de alguna tormenta. Aquella conversación se quedó grabada en mi piel porque ese fin de semana el doctor del centro de salud confirmó los primeros casos de COVID-19. La noticia se transformó en miedo, tristeza e incertidumbre en la familia y en el pueblo. La pandemia había desembarcado y el clima lo había advertido, lo teníamos en las calles y los contagios subían exponencialmente. Al escribir este artículo, el mundo indígena enfrenta este virus desarmado, con sus fronteras cerradas y con cerca de una decena de muertos.

Por miles de años, los indígenas del continente americano hemos alzado los ojos al cielo en busca de guía y de respuestas. El viento ha llevado y traído noticias. La lluvia y la tierra nos han dado alimento en abundancia. La luna ha alumbrado las noches de

grandes celebraciones y bailes, de rituales, de agradecimiento y de júbilo. Los médicos y curanderos han encontrado en el monte las medicinas y la cura para distintas enfermedades que nos han aquejado. El conocimiento indígena aún sigue sorprendiendo a la comunidad científica, que no logra entender de dónde la obtuvimos. El mundo indígena continúa siendo enigmático para el mundo occidental y para el mundo “occidentado”.

Dicen los abuelos que nosotros somos el fruto de la tierra. Que una noche muy oscura al primer hombre, llamado Monaduta, le fue entregada una cerbatana con su respectivo proyectil y sopló con tal energía que hizo una abertura desde el corazón de la tierra hasta la superficie. Por allí, los primeros humanos se arrastraron hasta llegar acá. En esos años el cielo y la tierra estaban tan cerca que Monaduta, a golpe de puño, separó la tierra del cielo y logró erguirse.

Dicen que los primeros humanos tenían cola y que la primera avispa, la más ancestral de todas y con sus cuchillas en las patas, la cortó al amanecer. Dicen también que aquellos que la avispa no pudo cortar se convirtieron en monos y que muchos otros quedaron atrapados hasta ahora en la profundidad de la tierra. También dicen que nuestros primeros ancestros no sabían hablar. Uno de esos primeros días en la tierra se encontraron con la gran Anaconda y los humanos, sorprendidos, exclamaron *¡Nuio! ¡Nuio!* He ahí la primera palabra sobre la tierra. Desde aquel momento y hasta hoy, los primeros uitotos de la Garza Blanca no necesitaron a la Real Academia de la Lengua Española para comunicarse. Ellos tenían la gran tarea de vencer al malvado dios Tucán, pues había corrompido el corazón de los seres vivos y gobernaba con gran ferocidad. Esos primeros humanos, bajo el liderazgo de Muinájega y Janánigí, vencieron el mal e instauraron el bien entre los seres vivos de aquellos remotos tiempos.

“¿Qué es un indígena en estos tiempos? Es un ser humano con una gran tarea. Si usted no es indígena, le invitamos a ser indígena y a construir algo nuevo, un país más grande, fuerte, más digno, donde nos sintamos orgullosos de haber hecho algo para cambiar nuestro espacio y nuestro mundo”

Dicen las abuelas del Clan de la Garza Blanca que Buiñaiño, diosa de todos los seres del agua, apareció de la nada sobre la gran Amazonía. Que ella misma se creó. Que ella misma se inventó. Dicen que las primeras mujeres no salieron de la costilla del varón, sino que en una noche oscura cayeron del universo sobre el agua, como el rocío. Algunas de ellas gustaron tanto de ese nuevo mundo que se quedaron hasta hoy allí, pero otras se desplazaron hasta la tierra recién formada y tomaron formas de árboles, lianas, aves, hojas, flores, insectos. Dicen también que ellas son más fuertes que el varón, que tienen el poder de mantener la descendencia y hablar con el agua para no sentir dolor en el momento del nacimiento de un nuevo ser. Dicen que las primeras mujeres que cayeron sobre el agua transformaron al bebe en agua y que, ya transformado, nada lo pudo detener para salir a este mundo y llegar sin complicaciones. Porque el agua es el elemento que nada ni nadie puede detener; es como el tiempo, roe cualquier otro elemento de la naturaleza.

Dicen que en aquellas épocas, cuando la tierra estaba joven, los dioses habitaban la selva enseñándonos a cazar, a curar, a hablar y a criar a sus hijos. En esos dorados tiempos, los uitotos privilegiados recibieron la sabiduría de sus dioses.

Dicen que el gallo, la gallina, el machete, el perro, el espejo y el alcohol fueron los primeros instrumentos de dominación. Después vendrían la cruz y la Constitución peruana. Aquellos primeros años del siglo 20 aparecieron los famosos barones del caucho con una determinante misión: obtener millonarias ganancias a cualquier precio. Eso, como ya todos nos vamos enterando, tuvo un costo de más de 40 mil vidas humanas. Es el genocidio más grande sucedido en el Perú después de la sangrienta conquista española. Con mucha razón, mi abuela Martha López los llamaba: "los perturbadores de nuestra paz".

## ¿Qué es un indígena en estos tiempos?

Es una persona que conoce su pasado, lo respira, lo vive, lo disfruta, se siente orgullosa de él y lo comparte. Que tiene una misión y una responsabilidad con sus ancestros. Que lucha y busca mejorar las condiciones de vida de su comunidad. Que guarda sus mitos, historias, leyendas y cantos como un diamante invaluable. Que se entristece y lucha para que su pueblo no esté al borde de la extinción. Que respeta, protege y escucha a sus ancianos. Que clama un lugar en la historia del país. Que tiene ilusiones. Que cree que el país cambiará para bien, que al fin tendrán un gobierno que realmente los incluya. Que protesta cuando sus conocimientos son apropiados y manipulados por agentes externos. Que no se avergüenza ni reniega de su pasado. Que protege su espacio natural. Es un ser humano con una gran tarea.

Pero muchas de estas tareas y responsabilidades no pueden ser asumidas solo por la sociedad indígena. No en estos tiempos. Si queremos que el mundo indígena sobreviva a los embates del mundo contemporáneo, todos debemos hacer de esa lucha, nuestra su lucha; y de su resistencia, nuestra resistencia. Empezando por los que están vinculados al mundo amazónico: investigadores, curadores, artistas, periodistas, diseñadores, médicos, los que se “inspiran” y hacen “homenajes”; también los que se apropian de sus conocimientos. ¡Todos!

Señores: si ustedes no son indígenas, les invitamos a ser indígenas y a construir algo nuevo, un país más grande, fuerte, más digno, donde nos sintamos orgullosos de haber hecho algo para cambiar nuestro espacio y nuestro mundo.

# LA MARCHA DEL BICENTENARIO

*Luis Nieto Degregori*



**n**uestra república se proclama y se funda, a partir de 1821, cuando sucesivas rebeliones indígenas en contra de la corona española, empezando por la de Túpac Amaru en 1870 hasta llegar a la de Pumacahua en 1814, habían desangrado a la nobleza nativa y consumido sus esfuerzos. Es por esa razón que los sectores criollos que se ponen al frente de la guerra de independencia construyen un Estado de espaldas a las grandes mayorías indígenas. Aníbal Quijano, quien más agudamente ha reflexionado sobre este episodio fundacional de nuestra historia, resume esta paradoja haciendo notar que el nuevo Estado independiente en América Latina no emergía como un moderno Estado-nación: no era nacional respecto de la inmensa mayoría de la población y no era democrático, no estaba fundado en, ni representaba, ninguna efectiva mayoría ciudadana.

Durante nuestros cien primeros años de vida independiente, este Estado al servicio de una minoría sigue un proceso de consolidación que no es socavado ni siquiera por la derrota en la guerra del Pacífico, aunque ese es el momento en que se levantan algunas figuras que ponen el dedo en la llaga como Manuel González Prada cuando, en su ensayo *Nuestros indios*, manifiesta: “En el Perú vemos una superposición étnica: excluyendo a los europeos y al cortísimo número de blancos nacionales o criollos, la población se divide en dos fracciones muy desiguales por la cantidad, los encastados o dominadores y los indígenas o dominados. Cien a doscientos mil individuos se han sobrepuesto a tres millones.”

Recién entrado el siglo XX, a los pocos años de los fastos de conmemoración del centenario de la república, se publican los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* en los que un joven pensador proclama, tras estudiar la situación de las mayorías indígenas desde ángulos como el legislativo, el étnico, el educativo, el administrativo e incluso el moral, que el problema indígena es el problema de la tierra. Señala con perspicacia José

Carlos Mariátegui que “a la República le tocaba elevar la condición del indio. Y contrariando este deber, la República ha pauperizado al indio, ha agravado su depresión y ha exasperado su miseria. La República ha significado para los indios la ascensión de una nueva clase dominante que se ha apropiado sistemáticamente de sus tierras”. Y desnuda a continuación el estado de cosas indicando que “la feudalidad criolla se ha comportado más ávida y más duramente que la feudalidad española” y que “la servidumbre del indio no ha disminuido bajo la República.”

Las mayorías indígenas de nuestro país asumieron dos estrategias para luchar contra el sistema de hacienda y de servidumbre que las envilecía. Las tomas de tierra y las rebeliones contra los gamonales fueron uno de los caminos seguidos y la migración a Lima, el otro. Entre 1912 y 1924 se da una primera oleada de rebeliones y entre 1956 y 1964 la segunda, más extensa y casi a lo largo de todo el territorio nacional. La reforma agraria implementada por el gobierno militar de Velasco Alvarado en 1969 fue la respuesta a estas tomas de tierras, mayormente pacíficas, y trajo consigo a la larga el fin del sistema de hacienda y del oprobioso trabajo servil. Por su parte, las migraciones, que habían comenzado en los años cuarenta del siglo XX y fueron ganando amplitud década tras década, se tradujeron en formidables hervideros sociales como la “cholificación” y el desborde popular en el último tercio del siglo XX.

Desde la literatura, un escritor que de niño había recibido el calor del fogón indígena y había aprendido el quechua a la par que el castellano, se anticipó a los científicos sociales y reflejó en su obra los dos caminos que siguieron los indios para liberarse de la servidumbre y conquistar la ciudadanía en una república que persistía en negarles dignidad y derechos. Ya en *Agua*, uno de los primeros cuentos que publicó en 1935, Pantacha es un indio que intenta remecer el Ande con su corneta y que se rebela contra el hacendado luego de haber comprobado, en las haciendas de la costa, que la injusticia campea por doquier. El formidable Rendón

Willka de *Todas las sangres* (1964), por su parte, ha pasado años en Lima antes de retornar a sus lares de origen para desembalsar las aguas que barrerán con el sistema de hacienda.

Más aún, el título que José María Arguedas le dio a su novela se convirtió con el correr del tiempo en una poderosa metáfora que le señaló a la sociedad peruana un horizonte utópico, una dirección en la que podía marchar. Se trata, de hecho, de la única bandera, hasta el día de hoy, que moviliza las mejores energías de nuestra nación en vísperas del bicentenario.

Arguedas se suicidó en 1969 y no llegó a ver cómo cobraba fuerza ese proceso de "cholificación" sobre el que llamó la atención Aníbal Quijano y que, en palabras de este sociólogo, "implica el surgimiento de una nueva vertiente cultural en nuestra sociedad, que crece como tendencia en los últimos años y prefigura un destino peruano, distinto que el de la mera aculturación total de la población indígena en el marco de la cultura occidental criolla, que ha sido hasta aquí el tono dominante de todos los esfuerzos por 'integrar' al indígena en el seno de la sociedad peruana."

El desborde popular sobre el que llama la atención José Matos Mar también en los años ochenta muestra igualmente una Lima y un país andinizados que se mueven en la informalidad ante la incapacidad del Estado de responder a sus legítimas demandas. En palabras de Matos Mar, el Estado criollo "se enfrenta al desborde multitudinario de las masas, que se organizan y rebasan toda capacidad de control por parte de los mecanismos oficiales, creando las bases de una emergente estructura paralela."

“ La pandemia puede ser el catalizador para que finalmente el Estado, renovados partidos políticos y movimientos sociales apuesten por un proyecto de nación que deje atrás los vaivenes de las últimas décadas y avance firme hacia un Perú que reconcilie a todas sus sangres ”

¿Qué le depara al Perú en estas nuevas circunstancias? Matos Mar concluye su ensayo en 1984 con esta advertencia:

“El Perú Oficial no podrá imponer otra vez sus condiciones. Deberá entrar en diálogo con las masas en desborde, para favorecer la verdadera integración de sus instituciones emergentes en el Perú que surge. Pero para esto, deberá aceptar los términos de la nueva formalidad que las masas tienen en proceso de elaboración espontánea. Solo en esas condiciones podrá constituirse la futura legitimidad del Estado y la autoridad de la Nación.”

La violencia política que desató Sendero Luminoso en 1980 significó un duro revés no solo para la economía de nuestro país sino, sobre todo, para su tejido social, con un enorme costo en vidas humanas y un golpe casi letal a las organizaciones gremiales y sociales que habían surgido a lo largo del siglo. Las huestes de Abimael Guzmán, con el objetivo de hegemonizar el liderazgo del movimiento popular, asesinaban a dirigentes sindicales de la ciudad y del campo. Es cierto que la derrota de este grupo terrorista se debió en buena parte a la oposición activa de estas mismas organizaciones, como las rondas campesinas en las zonas rurales desde las que SL desplegaba su guerra desde el campo a la ciudad, pero el costo que el movimiento popular debió pagar fue demasiado alto.

El autogolpe de Alberto Fujimori y el apartamiento de la vía democrática sentaron las condiciones para el auge del neoliberalismo y significaron el tiro de gracia para las organizaciones sindicales, tanto de trabajadores como de campesinos. Estas últimas surgieron en el fragor de las tomas de tierras, así como en el proceso de implementación de la reforma agraria.

Violencia política primero y la década del fujimorato después trajeron desinstitucionalización y agravaron el divorcio entre el

Perú oficial criollo y ese Perú informal de raíces indígenas y cholas que seguía ramificándose en Lima y las principales ciudades del país, pugnando por ganar el lugar que les corresponde en la sociedad peruana dada su condición mayoritaria. El Perú de la informalidad, además, ha intentado avanzar en las dos últimas décadas en medio de una generalizada crisis del sistema político y de representación. Partidos políticos y movimientos independientes que apostaban por el *outsider* de turno y han visto al Estado como un botín se han sucedido en el gobierno en los últimos veinte años, de modo que ahora mostramos al mundo el espectáculo de expresidentes en prisión a la espera de los juicios que castigarán sus actos de corrupción.

La pandemia que está removiendo el orden mundial hasta sus cimientos nos sorprendió en vísperas de la conmemoración del bicentenario, con un presidente que al asumir sus funciones puso en el primer lugar de la agenda política la lucha contra la corrupción. Hay cierto consenso nacional e incluso internacional en que las políticas desplegadas para frenar el coronavirus son las adecuadas, lo cual no quita un alto grado de incertidumbre sobre el costo que nos tocará pagar como país, tanto en lo social como en lo económico.

Se debe comprender, además, que las políticas de gobierno se están aplicando en un momento en el que, a nivel mundial, se vive una enorme tensión entre quienes abogan por proteger la economía y quienes apuestan por salvar vidas humanas. Los primeros, de lejos más poderosos pues representan los intereses de las grandes empresas multinacionales que mueven los hilos de la economía mundial, apuestan por la continuidad del modelo neoliberal como ya lo hicieron durante la crisis económica internacional del 2008.

Los segundos enarbolan, principalmente, la necesidad de volver al Estado de bienestar y de fortalecerlo.

En doscientos años de vida independiente, como se ha mostrado hasta aquí, los peruanos ni siquiera habíamos logrado construir un Estado al servicio de todos los peruanos. De hecho, en los años sesenta del siglo XX, en el momento en que las masas indígenas excluidas arrancaban el derecho fundamental a no besar más las manos del patrón, otro escritor, en una novela que es la expresión más clara de la crisis del Perú oligárquico, se preguntaba en qué momento se había jodido el país. Ríos de tinta y de saliva corrieron desde entonces en discusiones en torno al tema sin que nos percatemos de que, salvo para los minoritarios sectores criollos que tenían la sartén por el mango, el Perú se está arreglando día tras días para las grandes mayorías y gracias al esfuerzo cotidiano de estas.

Los meses y años venideros mostrarán si seguimos avanzando, si no en construir un Perú de todas las sangres, por lo menos en conformar una comunidad nacional con más equidad para la convivencia. Finalmente, en eso ha consistido hasta hoy la larga marcha hacia el bicentenario, cuyos protagonistas principales han sido quienes fueron excluidos con la instauración de la república. La pandemia puede ser el catalizador para que finalmente el Estado, renovados partidos políticos y movimientos sociales apuesten por un proyecto de nación que deje atrás los vaivenes de las últimas décadas y avance firme hacia un Perú que reconcilie a todas sus sangres.

**PESTES COLONIALES :  
“EL MENDIGO ANDRAJOSO QUE LA LLEVABA  
A LOS PUEBLOS ALEJADOS”**

*Manuel Burga*



La actual pandemia del COVID-19 me hizo retomar un breve ensayo que publiqué en 1981 en el que traté de establecer la relación entre la catástrofe demográfica colonial de la población indígena y el surgimiento del sistema de grandes estancias o haciendas en el siglo XVII. Igualmente, la situación me permitió recordar epidemias letales que muchos de mi generación vivimos y sobrevivimos, como la meningitis que atacó mortalmente a los bebés en los años cuarenta y la poliomielitis que tantos padecieron en el segundo lustro de esa década, dejándoles secuelas imborrables como la cojera.

Por eso, en este breve artículo quisiera recordar que las epidemias y las pandemias parecen haber venido siempre desde afuera como consecuencia de la primera gran expansión atlántica de Europa. Así como los europeos piensan que todos los males sanitarios vienen de oriente, nosotros, los latinoamericanos, podemos pensar que vienen de occidente. Ahora -ya no en la colonia sino en la república y no como súbditos sino como ciudadanos- volvemos a vivir otra intensa, desconocida y misteriosa enfermedad frente a la cual, felizmente, el Estado parece protegernos, confinándonos en nuestros hogares para salvar vidas. Es muy diferente a lo que ocurrió con las pestes coloniales, cuando el rey estaba lejos y los súbditos indígenas no eran más que nombres en las listas de tributarios.

El siglo XVIII ha merecido la atención de importantes historiadores por ser un período decisivo para entender el proceso histórico peruano que se inaugura con rebeliones indígenas y que parece conducir a la independencia criolla de 1821. Es el siglo de la rebeldía del indígena, pero también de sus frustraciones. La mayor de ellas se expresa en la derrota y ejecución de los líderes de las numerosas revueltas, motines y rebeliones que se producen entre 1742 y 1781. Ese siglo termina con indígenas derrotados, acorralados, asediados culturalmente y con criollos temerosos de este tipo de

violencia. Es el caso de José Baquíjano y Carrillo, que miraba a la de 1780-81 con una mezcla de admiración y desconfianza porque los criollos pensaban más en la “patria grande” (imperio español) que en esa “patria chica” que luchaba por llamarse Perú.

La historiografía peruana sobre ese siglo tiene una tradición muy rica y abundante, pero todavía no podemos analizar toda la época colonial en períodos de crisis o de prosperidad. Se dice que el XVIII es un siglo de crisis, pero con la misma facilidad se habla de la crisis del XVII y de la catástrofe del XVI. En fin, en el estado actual de nuestros conocimientos, el signo de la crisis parece definir todo el período colonial. Si nos referimos a la situación de las poblaciones indígenas andinas podemos, incluso, hablar de una crisis estructural que alteró profundamente sus condiciones biológicas, sociales, económicas y espirituales.

Al margen de estas imprecisiones me limitaré a presentar, retomando el artículo que publiqué en 1981 en la revista Inkarrí<sup>1</sup>, el impacto de las epidemias y en particular la fantasmagórica gran peste de 1720 en una pequeña población indígena, Ccatcca, que entonces pertenecía al corregimiento de Paucartambo (ahora uno de los doce distritos de la provincia de Quispicanchi, en Cusco).

### **1589: Epidemias y colapso demográfico**

Los estudios sobre demografía del Perú colonial experimentaron un avance importante entre 1960 y 1980 como una repercusión local de la importante investigación de Woodrow Borah sobre el derrumbe de la población indígena en México central en el período 1531-1610. Así vendrían las excelentes monografías de Günter Völlmer (1967)<sup>2</sup> y Noble David Cook (1973)<sup>3</sup>, que con mayor precisión presentaron la evolución de la población indígena en el período colonial. Igualmente, Nathan Wachtel (1971)<sup>4</sup> mostró cómo esta catástrofe demográfica puso en marcha un proceso de desestructuración de las sociedades indígenas que vivieron

la conquista como vencidos y que la trasladaron a su imaginario como un trauma a recordar permanentemente. Gracias a todos esos estudios, en la actualidad ya tenemos una noción más clara y definitiva de la evolución cuantitativa y cualitativa sobre el tema. Las cifras de N. D. Cook son, quizá, las más precisas y prudentes para calcular la población indígena en el periodo inmediatamente anterior a la conquista. Las estimaciones de este autor, a partir de las listas de tributarios, son las siguientes:

<b>Año</b>	<b>Población tributaria</b>	<b>Población total</b>
1530	552,411	2'738,673
1540	443,986	2'188,626
1560	306,197	1'513,396
1570	260,455	1'290,680
1590	195,017	968,197
1600	171,834	851,994
1630	122,679	601,645

Fuente: Noble D. Cook, 1973, pp. 303-304.

<sup>1</sup> La crisis del siglo XVIII y las rebeliones indígenas. En Inkarri 2. Revista de San Marcos para el Perú. N° 2, abril de 1981, pp. 4-12.

<sup>2</sup> Günther Vollmer, Bevölkerungspolitik und Bevölkerungsstrukturim Vizekönigreich Perú zu Ende der Kolonialzeit, 1741 – 1821. Bad. Homburg, 1967.

<sup>3</sup> Noble David Cook, The Indian Population of Peru, 1570-1620, Tesis Ph. D, University of Texas, 1973.

<sup>4</sup> Nathan Wachtel, *La visión des vaincus. Les indiens du Pérou devant la conquete espagnole.* Ed. Gallimard, Paris, 1971.

Esta reducción demográfica, solo comparable a la que experimentó la población de México central en el mismo período y que afectó a la Europa medieval como consecuencia de la gran peste negra, alcanza su punto de mayor deterioro durante la segunda mitad del siglo XVII. Las causas de este colapso son múltiples. Entre las principales podríamos mencionar a las epidemias que llegaron de Europa y que afectaron a comunidades sin ninguna defensa ante esta clase de enfermedades. En estas circunstancias, el sarampión, la viruela, la gripe, el tifus y diversas enfermedades pulmonares adquirieron una virulencia y letalidad que ya habían perdido en Europa.

El deán Diego de Esquivel y Nava, que probablemente vivió entre 1700 y 1779, en sus *Noticias cronológicas de la Gran ciudad del Cuzco*<sup>6</sup> describe la angustia de las poblaciones indígenas y blancas frente al azote de las epidemias. Narra la de 1589 con bastante cuidado y transmite las creencias indígenas sobre sus formas de propagación: “El estrago fue considerable en todo el reino; particularmente en el Cuzco, donde ya no cabían los enfermos en los hospitales, ni los cadáveres en las iglesias y cementerios en tres meses que duró la peste en esta ciudad”. De acuerdo a los indígenas, un mendigo difundía las epidemias en los pequeños pueblos: “Decían haber visto varias sombras y un anciano mendigo peregrino, que con nombre de peste andaba de pueblo en pueblo, amenazando a cada lugar”.

Esta explicación parece reaparecer en diversas circunstancias y en particular en 1720, año de la gran peste de Cusco, cuando una imagen que representaba a dicho mendigo comenzó a ser adorada en la parroquia cusqueña de San Sebastián. Por su parte, los criollos y europeos -para quienes el devenir de la historia estaba normado por la voluntad de Dios- creían que las pestes constituían un castigo por las malas acciones. Eso explica por qué Esquivel y Navia describe pueblos angustiados realizando frenéticas procesiones de santos para contener a la peste y así librarse de la muerte.

<sup>6</sup> Diego de Esquivel y Navia, *Noticias cronológicas de la gran ciudad del Cuzco*, Ed. Fundación Augusto N. Wiese, Lima, 1980, 2 tomos.

En el siglo XVII, mientras la población indígena estaba diezmada por estas epidemias o por la condición colonial, el sistema de haciendas pareció asentarse cómoda y definitivamente. Lo mismo había sucedido en México colonial de los siglos XVI y XVII, tal como lo presentó magistralmente Francois Chevalier en su libro clásico *La Formation des Grands Domaines au Mexique. Terre et société aux XVIe-XVIIe siècles* de 1956. La tierra abundaba y los europeos, criollos y nobles indígenas procedieron a multiplicar o ampliar sus propiedades. La ecuación que sintetizaba la realidad en los Andes centrales era la siguiente: abundancia de tierras y escasez de hombres.

Esta fue una situación muy similar al surgimiento del feudalismo clásico (siglos X y XI) en la Europa medieval. Los nuevos hacendados, que venían del comercio, minas y obrajes en decadencia, querían desarrollar sus empresas cuando no existían ni los primeros indicios de un mercado de trabajo y debían recurrir, generalmente, a apropiaciones violentas de hombres y tierras. Las viejas instituciones productivas del imperio Inca habían quedado atrás y ese sistema que los europeos lograron construir privatizando hombres y tierras comenzó a reproducirse sin mayores dificultades.

### **La gran peste de 1720 en la parroquia de Ccatcca**

En 1978, por la generosidad del padre Emeterio Abete, visité durante varios días la parroquia de Ccatcca y fotografié el mural del baptisterio sobre la gran peste de 1720, en el que no pude encontrar al mendigo andrajoso porque no tomé buenas fotos. Sin embargo, trabajé rápidamente en los libros parroquiales de este pintoresco y silencioso pueblito ubicado en las alturas de la provincia de Quispicanchi. En el libro de defunciones hallé las siguientes cifras para el siglo XVII:

<b>Año</b>	<b>Defunciones</b>
1682 .....	8
1683 .....	13
1684 .....	15
1689 .....	4
1690 .....	6
1691 .....	7
1692 .....	7
1695 .....	13
1696 .....	12
1697 .....	20
1698 .....	21
1699 .....	45
1700 .....	33
1701 .....	50
1702 .....	29

Fuente: 1er. libro de defunciones de la parroquia de Ccatcca (Cusco).

Estas cifras corresponden a las defunciones de indígenas originarios, nacidos y habitantes de Ccatcca. El registro de las defunciones de forasteros se encontraba muy deteriorado e incompleto, pero los sondeos que he realizado permiten afirmar que las cifras arriba anotadas se doblan si agregamos las muertes de los que vinieron de otros pueblos. Eso nos daría un máximo de 100 y un mínimo de ocho defunciones para el período entre 1682 y 1702. En las cifras siguientes podemos observar el comportamiento de la mortalidad en el siglo siguiente, el XVIII:

<b>Año</b>	<b>Defunciones</b>
1720 .....	(+)469
1721 .....	20
1722 .....	15
1723 .....	14
1724 .....	17
1725 .....	25
1726 .....	16
1727 .....	23
1728 .....	17
1729 .....	24
1730 .....	25
1731 .....	27
1732 .....	24
1733 .....	27
1734 .....	25
1735 .....	22
1736 .....	31
1737 .....	72

(+) Defunciones entre junio y agosto. Fuente: 2do. libro de defunciones de la parroquia de Ccatcca (Cusco).

Estas cifras y las anteriores al siglo XVII nos permiten constatar que la tasa promedio de mortalidad se encontraba entre las 20 y 25 muertes al año. En esta parroquia rural, la gran peste de 1720 elevó el número anual de fallecidos a 469 solo entre junio y agosto. En setiembre de ese año murió el párroco del pueblo y también los mayordomos de las principales cofradías, así que nadie se preocupó de anotar las defunciones a partir de entonces. De acuerdo a Diego de Esquivel y Navia, una situación semejante se observó en la ciudad del Cusco: “Y en tanta confusión ya no se observaban los ritos funerales, por la falta de tiempo y ministros, y toda la gente postrada, y así se veían muchos cuerpos comidos

“ La enfermedad arrasó con las mayorías indígenas y alteró profundamente su vida, creando convivencias nuevas que reforzaron la existencia de las élites y de los beneficiarios del sistema colonial, pero no de las poblaciones que sufrieron estas catástrofes ”

de perros, por no haber quien los recogiese”. Entonces, las defunciones se multiplicaron casi por 20 y las poblaciones debieron quedar sumamente débiles y vulnerables. Las consecuencias las podemos ver claramente en la natalidad de Ccatcca en una época posterior:

### **Nacimientos por año**

1731	20	1742	146	1763	107
1732	39	1753	120	1764	146
1733	47	1754	106	1783	104
1734	30	1755	133	1784	89
1735	76	1756	163	1785	160
1736	93	1757	146	1786	164
1737	90	1758	119	1787	165
1738	11	1759	158	1788	139
1739	44	1760	180	1789	188
1740	108	1761	149	1790	166
1741	138	1762	149	1791	228

Fuente: Libros de Bautismos de la parroquia de Ccatcca (Cusco).

Con bastante claridad, observamos que hasta 1739 los nacimientos se habían reducido en un 50%. Después de esta fecha, el índice de natalidad volvió a la normalidad y se incrementó notoriamente en los últimos años de aquel siglo. Otro hecho notable fue el descenso de los nacimientos como consecuencia de la rebelión de Túpac Amaru II entre 1780 y 1781. La información se interrumpe en esos años y la volvemos encontrar a partir de 1786.

### **Lo que nos enseñan las pandemias**

**1. Afectaban, sobre todo, a los indígenas.** En su estudio de 1967, Günter Völlmer fue el primero en elaborar una curva en la que demostraba gráficamente la recuperación de la población

indígena a partir de 1750. Sin embargo, su estudio se basa en cifras muy generales y, por lo tanto, bastante imprecisas. Aún no se ha estudiado detenidamente la gran peste del Cusco del año 1720, pero sus consecuencias debieron ser devastadoras. El deán Diego de Esquivel y Navia indica que los cálculos más modestos aseguraban una reducción de 40 mil habitantes solamente en esa ciudad y sus regiones aledañas, aunque con bastante frecuencia se llegaban a calcular 60 mil. De acuerdo al mismo autor, la población quedó tan disminuida que las cosechas de los dos años siguientes se perdieron. Lo mismo sucedió con los rebaños de ganado, que de acuerdo a este cusqueño del siglo XVIII, murieron de una manera inexplicable como consecuencia de esta epidemia.

**2. Perteneían tanto a la realidad como al imaginario.** Los españoles, que eran los más occidentalizados y cristianizados, vivieron la pandemia (sobre todo la de 1589) como un castigo. Fue una época en la que tomaron conciencia de la destrucción de las poblaciones originarias y la necesidad de “restituir” o devolver lo tomado. Los indígenas lo vivieron de otra manera: era “el mendigo” que deambulaba llevando el contagio por los pueblos alejados y la gente debía confinarse en sus casas para librarse de él. Esa dicotomía entre mentalidades cristianas y andinas alejaron las soluciones médicas que aún se encontraban en una etapa incipiente.

**3. Fueron aprovechadas para la concentración de tierras.** Los libros de la parroquia de Ccatcca nos permiten afirmar que la peste de 1720 tuvo efectos devastadores en las poblaciones indígenas, que recién comenzaron a liberarse en la segunda mitad del siglo XVIII. Por lo tanto, podríamos ratificar las conclusiones de Günther Völlmer, afirmando que recobraron su normalidad y comenzaron a recuperarse desde la segunda mitad del siglo XVIII. Este aumento poblacional, de acuerdo a las investigaciones de Magnus Mörner (1978)<sup>7</sup>, está acompañado de un probable proceso de concentración de tierras. Por ejemplo, en la región del Cusco encontramos 705

haciendas en 1689, las cuales se redujeron a 647 en 1786. Por supuesto, esta es una aproximación muy imprecisa que se podría interpretar de diversas maneras si no fuera porque otro indicador nos aclara esta ambigüedad: en 1786, el promedio de indígenas en el interior de las haciendas subió a 223.

**4. Dificultaron la convivencia.** El aumento de yanaconas en las haciendas nos puede indicar, sin lugar a dudas, que estas se habían extendido. En consecuencia, la población se recuperó de las pandemias y el sistema de haciendas se fortaleció porque estas se expandieron incorporando las tierras de las comunidades indígenas. Así, la nueva ecuación en la segunda mitad del siglo XVIII (abundancia de hombres y escasez de tierras) apareció como una realidad subyacente, casi invisible, pero muy peligrosa porque creó las condiciones estructurales de la rebeldía indígena contra el sistema colonial.

Estos dos ejemplos de epidemias, la de 1589 y la de 1720, nos permiten concluir que no recibieron ninguna atención del gobierno colonial. Además de ser percibidas como castigos divinos, aún no se habían creado las vacunas y recién había un protosistema de salud pública. Entonces, la enfermedad arrasó con las mayorías indígenas y alteró profundamente su vida, creando convivencias nuevas que reforzaron la existencia de las élites y de los beneficiarios del sistema colonial, pero no de las poblaciones que sufrieron estas catástrofes.

<sup>7</sup> Perfil de la sociedad rural del Cuzco a fines de la Colonia, Ed. U. del Pacífico, 1978

# EL ANTIGUO PERÚ FRENTE AL BICENTENARIO

*Walter Alva*



La independencia marcó el surgimiento de nuestra nación y el retorno a su pasada autonomía, interrumpida por la conquista y el coloniaje que impusieron un nuevo orden sobre los restos de uno de los grandes imperios de la antigüedad y generaron el mestizaje que hoy nos caracteriza.

El proceso de la emancipación de España, como todo pueblo que se libera de una dependencia externa, buscó fortalecer sus valores nacionales. En el Perú, pese a que la gesta independentista fue impulsada por los criollos y mestizos, de manera instintiva o interesada se revaloraron los tiempos pasados. Los forjadores de la república mostraron su preocupación por la creación de conceptos y símbolos orientados a rescatar la importancia y gloria del imperio de los incas, así como nuestras riquezas naturales. La preocupación por proteger las expresiones culturales y los monumentos de nuestro pasado se reflejó en el Decreto Supremo del 2 de abril de 1822 firmado por el marqués de Torre Tagle. Este se orientaba a cautelar los monumentos y testimonios prehispánicos, entendiendo que representaban lo oriundo y nacional, para salvaguardarlos de su expoliación y destrucción al que estuvieron sometidos durante el virreinato, cuando se crearon verdaderas empresas de explotación de santuarios y monumentos como si se trataran de actividades mineras en busca de metales preciosos.

Avanzando la joven república, en 1826 se creó el primer museo gracias a donaciones de obras de “la gentilidad” y los tres reinos de la naturaleza. Este fue la base del actual Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú. Así, la mencionada disposición legal y la concepción del primer museo nacional fueron los cimientos para proteger y valorar nuestra herencia cultural.

Evidentemente, en el imaginario general de entonces el pasado oriundo estaba representado por los incas, con pocos atisbos de reconocer la existencia de otros pueblos y culturas previas. Cabe recordar que durante la Colonia, los cronistas españoles

describieron sucesos, usos y costumbres para dejar testimonios y, de cierto modo, justificar la conquista. Los cronistas llamados "indígenas" tocaron en sus escritos o ilustraciones las características, bondades y conocimientos de la organización imperial. Como decía Garcilaso, antes de los incas solo existieron behetrías.

Después de un abandono temporal del pasado, en el siglo XVIII ("ilustrado") renació el interés por los estudios sobre América y el Perú gracias a viajeros europeos como J.J. Antonio de Ulloa, Tadeo Haenke y Dombey, quien organizó una importante colección de arte antiguo para Europa. En esta época destaca también el admirable obispo Martínez Compañón, que dejó la primera enciclopedia sobre costumbres y testimonios de nuestro pasado. Además, merecen mencionarse los aportes de los peruanos Hipólito Unanue, Cosme Bueno y Llano Zapata.

En el siglo XIX, la obra de Alexander von Humboldt marcó un hito importante con su extraordinario registro de la naturaleza y sus precisas observaciones sobre nuestros monumentos. Pero volviendo a nuestra república, en la segunda mitad de ese siglo resalta el trabajo de ilustres pioneros como Bollaest, Mariano de Rivero, Tschudi, Markham y Prescott. Las investigaciones arqueológicas propiamente dichas comenzaron con E. George Squier, quien en base a excavaciones intentó una primera cronología. Luego, Reiss y Stübel excavaron intensivamente la necrópolis de Ancón bajo un registro admirable para su tiempo. Ernst. W. Middendorf exploró varias ruinas de la costa peruana y planteó el concepto de una cultura Chavín. Adolph Bandelier excavó en el Perú y Bolivia. En esta breve mención de los precursores de la arqueología peruana, Max Uhle merece un reconocimiento especial por sus excavaciones en Pachacamac, que pueden considerarse como el inicio de la arqueología científica en nuestro país.

“ En el momento que vivimos, con una pandemia a cuestas, debemos pensar que en la antigüedad también se sufrieron este tipo de avatares. La pervivencia de estos pueblos y su etnicidad son la demostración de que, bajo organizaciones sólidas, solidarias y planificadas, toda catástrofe puede ser superada ”

A partir del siglo XX, con Max Uhle, Julio C. Tello y Rafael Larco, empezó la arqueología nacional en base a reconocimientos e investigaciones de campo que fueron identificando y presentando un amplio panorama de las diversas culturas que antecedieron al imperio de los incas. Julio C. Tello, considerado el padre de la arqueología peruana, tuvo la visión de que los pueblos y culturas del antiguo Perú debían sustentar nuestra identidad y constituirse en las bases de la nación. Recorrió todo el Perú investigando los monumentos de Cusco, Lima, Chavín, Huallaga, Marañón, Wari, Paracas y el norte, entre otros. Sus estudios e hipótesis siguen vigentes y uno de sus artículos es un verdadero discurso ideológico sobre la revaloración de nuestro pasado y su proyección hacia el futuro.

La segunda mitad del siglo XX significó el despegue de la arqueología peruana, con una intensa actividad de investigaciones de campo y publicaciones. Los trabajos y aportes de muchos investigadores nacionales y de otros países contribuyeron con valiosos datos, hipótesis e interpretaciones que permiten reconstruir con profundidad y amplitud las características, tipificación y secuencia cronológica de las diversas culturas preincas, su desarrollo tecnológico, sus complejas estructuras sociales, sus interrelaciones y su cosmovisión. El aporte de otras ciencias auxiliares posibilita llegar al estudio de paleoclimas, relaciones genéticas, etc. Así, podemos hablar de una arqueología peruana situada en el nivel de las importantes escuelas del mundo.

La llamada “puesta en valor” de los monumentos arqueológicos les confiere la condición adicional de recurso turístico de primer orden para fomentar el desarrollo económico del país, que tiene en ellos una de sus principales fortalezas y atractivos. Los descubrimientos más significativos y novedosos como Machu Picchu, Chavín, Caral, Huaca de la Luna, Cao y Sipán han permitido ubicarnos como uno de los contados focos de civilización del mundo antiguo y presentar el singular esplendor de sus creaciones artísticas debidamente

contextualizadas. Contrariamente a la poca valoración de hace unas seis décadas, los peruanos de hoy han tomado conciencia del valor de su pasado y expresan con orgullo su identidad mestiza o nativa. Las noticias sobre arqueología generan expectativa periodística nacional e internacional y nuestra clase política asumió progresivamente esta importancia, generando en parte la creación del actual Ministerio de Cultura.

Bajo este conocimiento, las comunidades nativas vienen recuperando su autoestima. La visita masiva de los peruanos a los museos y monumentos que exponen este pasado son el mejor testimonio de lo que Hegel denominaba la fuerza de la historia.

Al cumplirse el bicentenario de nuestra nación, podemos entender que en este lapso histórico la investigación y reconstrucción del mundo prehispánico nos ha brindado un valioso conocimiento sobre la trascendencia de nuestro pasado, permitiéndonos sintetizar como aspectos esenciales:

- El territorio del Perú fue el centro de civilización primigenio de América, surgido sin influencias foráneas.
- Nuestra condición de país pluricultural y multiétnico tiene sus raíces en la diversidad de pueblos y culturas que desde hace cinco mil años se mantenían interrelacionadas bajo una tradición común. Estos pueblos, en conjunto, han brindado extraordinarios aportes a la humanidad con el cultivo de plantas alimenticias y medicinales, así como la domesticación de algunos animales.
- En este proceso, el imperio de los incas constituyó una suerte de síntesis que aprovechó a través de su conquista los avances tecnológicos de cada pueblo, manteniendo en parte sus identidades locales bajo el visionario proyecto integracionista de su organización estatal y la red de caminos del Qhapaq Ñan.

- El conocimiento y empoderamiento actual de esta herencia cultural viene contribuyendo decisivamente al fortalecimiento de las identidades nacional y regionales, permitiendo recuperar la autoestima de nuestra población mestiza y nativa.
- Las expresiones monumentales y artísticas del pasado se han convertido en un apreciado recurso turístico.

Es importante recordar que el conocimiento y manejo equilibrado del medio ambiente alcanzado en el Perú antiguo debería ser tomado en cuenta, considerando su milenaria experiencia de adaptación sobre el mismo territorio que hoy ocupamos. Los patrones de asentamiento que cautelaban las tierras de cultivo, los acuíferos y la insuperable tecnología de riego podrían ser adaptadas a las necesidades actuales, especialmente bajo un manejo por cuencas que haría posible recuperar la antigua transversalidad y descentralización.

Las investigaciones evidencian que los antiguos pueblos sufrieron desastres naturales como los fenómenos del Niño, grandes sequías o sismos que dejaron huellas indelebles en los monumentos y que probablemente marcaron el colapso de algunas organizaciones, pero también demuestran que lograron superarse en base a una reestructuración de sus sistemas político administrativos. Si evaluamos seriamente estas experiencias, hoy podríamos evitar algunos errores de planificación y su respectivo costo económico y social.

En el momento que vivimos, con una pandemia a cuestas, debemos pensar que en la antigüedad también se sufrieron este tipo de avatares. La pervivencia de estos pueblos y su etnicidad son la demostración de que, bajo organizaciones sólidas, solidarias y planificadas, toda catástrofe puede ser superada.

# 200 AÑOS DESPUÉS: DE NUEVO, EL MIEDO

*Eduardo Adrianszén*



Viajemos con la imaginación a setiembre de 1820, hace casi dos siglos exactos. Al enterarse de que la expedición libertadora liderada por José de San Martín había desembarcado en la bahía de Paracas y ya estaba en camino con el objetivo de declarar la independencia en la capital, y comenzar a asumir que el virrey Pezuela no parecía tener ni el apoyo del rey en España ni los pertrechos suficientes, y peor aún, ni siquiera mucha voluntad para cortarles el paso, la ciudad de Lima sufrió su peor crisis de pánico, quizá desde los ataques piratas en tiempos del virrey Amat hacía cinco décadas.

“¡Los soldados del extranjero que vienen del Río de la Plata son todos negros esclavos! ¡Llegarán sedientos de sangre y venganza, ay!”, se decía -mejor dicho: se chillaba- en calles y plazas. “¡Nos degollarán, igual a como hicieron en Haití!”. Y como siempre sucede con los orígenes del miedo, existían elementos de realidad que lo hacían verosímil.

En efecto: un gran porcentaje del Ejército Libertador estaba compuesto por afroperuanos que se unieron a la causa gracias a la promesa de otorgarles su libertad -que después llegó muy a medias y con mucha decepción... pero esa es otra historia- y también aún estaba fresco el recuerdo de la revolución en Haití de 1804, en la que se calcula que fueron ejecutados alrededor de 5 mil criollos blancos, prácticamente un exterminio de todos los que habían quedado en el país. Así que imaginemos las aterradoras especulaciones de nuestros mazamorreros paisanos, siempre proclives a exagerarlo todo como parte de su cotidiano de chismes, rumores, intrigas palaciegas y tapadas en balcones moriscos, especialmente diseñados para mirar sin que a uno lo miren. Si algo jamás faltaba en la comarca virreinal de 1820 eran vecinos muy imaginativos, ávidos de profetizar catástrofes. Es más, sentían un fascinante placer morboso al anunciar desastres, jurándose voceros de alguna gran verdad: “¡Me acabo de enterar por un primo que trabaja en las altas esferas!” ante un público

mayormente analfabeto que no manejaba ni de lejos el concepto de noticia como ahora lo entendemos. Si bien existían gacetas, la información más o menos confiable estaba en manos de una pequeña élite que sabía leer, o -inmenso y escaso privilegio- tenía acceso a la educación formal.

La oralidad era la forma normal de comunicarse, igual que los pregones de los cientos de vendedores ambulantes. En una interminable cadena de “teléfonos malogrados”, como decimos hoy, el evento que empezaba en una plaza como “Don X le alzó la voz a Don Z”, cinco calles después podía convertirse en “¡Don X masacró a patadas a Don Z por intentar seducir a su mujer, y lo retó a duelo!”. ¿Qué hablarían entonces del desconocido San Martín? ¿Qué fantasías de barbarie poblarían el delirio limeño mientras que, al mismo tiempo y ajeno a todo, el susodicho tomaba una siesta y soñaba con flamencos rojiblancos surcando el cielo? Algo que, dicho sea de paso, también es una fábula (poética, al menos) inventada por Abraham Valdelomar. ¡Es tan natural que nuestra historia se funda con los deseos de convertirla en ficción!

Donde sí se pasó de las palabras a la violencia concreta fue en el puerto del Callao, cuando tres ciudadanos ingleses fueron asesinados “en venganza” por el bloqueo naval que el almirante Cochrane llevaba con éxito hacía varios meses. Hasta donde tenemos noticia, estos desdichados ingleses -que nada tenían que ver con Cochrane ni con San Martín- fueron las únicas víctimas de la histeria colectiva previa al ingreso de los libertadores a Lima, un 12 de julio de 1821, encontrando una ciudad vacía, con aterrados vecinos ocultos en sus casas y no pocas banderas extranjeras en sus puertas con el mensaje implícito de: “¡Oiga, no somos peruanos, así que respétennos!”. Se dice que el tucumano Bernardo de Monteagudo (“se dice”: ¡qué limeño es esto!), mano derecha de San Martín, se burlaba de nuestra ciudad: “Aquí pateas una piedra y debajo de esta aparecen diez condes, veinte

“ Y aquí estamos hoy, de nuevo envueltos en la viscosa niebla del miedo. Miedo a la muerte. A la inevitable recesión. A la pérdida de la ilusión de querer/ creer/ imaginar/ ser una sociedad ‘casi’ moderna, ‘casi’ como la soñábamos, sin flamencos rojiblancos y sin libertadores en camino... pero con las mismas calles y plazas repletas de chismes ”

obispos, treinta marqueses y ni un solo peruano que declare serlo". Más bien, está rigurosamente documentado el poco cariño que Monteagudo sintió por Lima, algo que quizá fue causa de su misterioso asesinato en enero de 1825... pero esa también es otra historia. ¡Cuántas historias tan ricas en sucesos y personajes contiene cualquier época de nuestra patria!

Lo cierto es que ningún soldado afroperuano degolló a nadie, que a los pocos días San Martín organizaba fiestas para congraciarse con los nobles y criollos ricos, y que la larga jornada del 28 de julio declaró la independencia en varias plazas de Lima para que todos se dieran por enterados. A partir de entonces, el miedo-pánico de hacía apenas unas semanas se transformó en incertidumbre: ¿qué tanto podía durar esta "emancipación", si el nuevo virrey La Serna había mudado todo el poder político español al sur, nombrando a Cusco como su nueva capital? ¿Estos libertadores serían capaces de inspirar confianza a los agentes económicos en medio de una crisis espantosa y un nuevo gobierno que ni siquiera tenía moneda propia, ya que se decretó que la anterior no valía "por llevar acuñado el nombre del rey"?

Pero el proceso ya era irreversible. El Perú no retrocedería en su emancipación -con marchas y contramarchas, eso sí- hasta su capítulo final el 9 de diciembre de 1824, con la batalla de Ayacucho. Luego vendría el tiempo de Simón Bolívar, que traería otros temores, más dificultades, peores incertidumbres y... adivinaron: otra historia.

Y aquí estamos hoy, casi 200 años después, de nuevo envueltos en la viscosa niebla del miedo.

Miedo a la muerte. A la inevitable recesión. A la falta de respiradores y camas de cuidados intensivos. A una nueva enfermedad que se conoce un poquito más cada 50 fallecidos. A la pobreza que, sin

duda, recrudecerá. A la pérdida de la ilusión de querer/ creer/ imaginar/ ser una sociedad "casi" desarrollada, "casi" moderna, "casi" como la soñábamos, sin flamencos rojiblancos y, menos aún, sin libertadores en camino... pero con las mismas calles y plazas repletas de chismes que se trasladan a falsos mensajes de Whatsapp, rumores en redes sociales y vecinos que juran saber "¡esa gran verdad que no quieren decirnos!", cuyo relato siempre termina en una fantasía morbosa de miles de cadáveres en las calles. Ya no degollados por esclavos vengativos, pero igual muertos por culpa de algún "otro" que nunca implica la responsabilidad de uno mismo. En el fondo, todavía somos una comarca virreinal.

Pero nos queda la esperanza de que, como ya pasó hace 200 años, las especulaciones del miedo-pánico no se conviertan, ni de leios, en lo que finalmente sucederá en la realidad.

Y esta es -hoy, año 2020, sin necesidad de imaginar nada- la historia que vivimos este bicentenario.

# LA INDEPENDENCIA SE LUCHA EN CASA

*Mariá Emma Mannarelli*



¿La independencia como crisis? Hasta hace dos meses, más o menos, cuestionábamos el pasado de modo diferente. Una vez más, nuestros acercamientos a la historia están irremediabilmente orientados por las inquietudes del presente.

Las crisis nos desnudan, nos quitan los ropajes -que no siempre ocultan sino que pueden decir bastante de lo que cada uno es- y nos confrontan con lo que en estricto contamos. Sin embargo, también nos obligan a recrearnos, a refundar nuestras posturas personales y colectivas y a darle nuevos sentidos a las instituciones que todavía pensamos que nos sirven. También nos pueden llevar a retomar proyectos que dejamos varados en alguna orilla porque alguna marea más fuerte nos obligó a abandonarlos. A lo largo de estos dos siglos republicanos hubo propuestas democráticas y pacificadoras dejadas de lado, derrotadas por ambiciones e intereses más arrolladores pero que no necesariamente le hubieran hecho bien al Perú como territorio y como comunidad de individuos.

¿Será vigente todavía pensar en lo que se ha incumplido como república? ¿Qué tan válidas siguen siendo nuestras preguntas anteriores al COVID-19? Es probable que algunas requieran respuestas más urgentes y que los nuevos cuestionamientos se combinen con los antiguos.

Sin duda, esta pandemia estará con nosotros en el 2021 y en el 2024. Aún no sabemos cómo, pero no será solo un recuerdo. Quizás podamos ver esta cuarentena como los trágicos tiempos que nos permitieron refundar nuestro país y que nos hicieron recoger lo mejor de él para hacerlo vivible, aunque para eso necesitemos una inmensa energía emocional y física. Pero esa oportunidad nos acompaña hoy, en nuestro aislamiento físico y en nuestros afanes de cuidado.

Antes de marzo del 2020 vivíamos atónitos tratando de comprender las dimensiones de la violencia sexual, de los terribles ataques

a mujeres, niñas y adolescentes, de sus formas macabras. Las cifras anunciaban un espiral. Por otro lado, y paradójicamente, teníamos ante nosotros toda la podredumbre de la corrupción. Esto último era un logro y a la vez una síntesis que recogía y honraba los esfuerzos de muchos y muchas que, a lo largo de nuestras décadas republicanas, no consiguieron desmontar las corrosivas clientelas que se alimentaron con los recursos públicos.

La independencia de España fue un hecho violento –como todas las guerras, que fueron varias, sucesivas e interminables- y al mismo tiempo inconcluso, en la medida en que la libertad tocó las vidas de unos cuantos pero nunca fue disfrutada por la mayoría.

El virreinato del Perú fue un territorio militarizado hacia el fin del periodo colonial, como correspondía al último baluarte del gobierno español y al espacio en el que se jugaba la independencia de una buena parte del continente. La militarización tiene diferentes grados de exacerbación de la virilidad, es decir, de la fuerza, del arrojo y de la agresividad. Esto adquiere una connotación especial cuando los bandos armados no están contenidos por un Estado o por instituciones públicas y los vínculos entre los hombres se inspiran en la lealtad y en el valor. Las rivalidades masculinas consumieron muchas vidas, los jóvenes dejaron sus estudios y sus hogares y desde muy jóvenes -12, 13, 14 años- se entregaron a la guerra, casi sin ningún entrenamiento o disciplina previa. De esta manera, la regulación de la sexualidad masculina estaba marcada por la belicosidad. Durante esos años, el matrimonio raramente encauzaba los encuentros sexuales y la reproducción tenía lugar, la mayoría de las veces, fuera de uniones estables. Simultáneamente, los bandos armados arrasaban con los recursos de las comunidades rurales y acechaban a su población femenina.

La violencia desatada en el campo de batalla, en las plazas y calles de las ciudades y pueblos hacía que la población de mujeres fuera más vulnerable y estuviese más expuesta. Se restringían sus espacios y actividades, sus relaciones y su experiencia. El espacio

“ Necesitamos un Estado que entre a esa casa, que la ordene, que atenúe los conflictos y que la pacifique, rompiendo la tendencia perversa que ha hilvanado el acontecer republicano. Para lograrlo debe desembarazarse de su carácter doméstico. Doscientos años de gobierno de los padres es demasiado para vivir independientes ”

público barbarizado no era, pues, acogedor para los cuerpos más menudos y de menos fuerza muscular. Normalmente, aquellos se confinaban en las casas, tanto por sus funciones reproductivas -menstruación, parto y crianza- como por el servicio doméstico, que no pocas veces incluía un carácter sexual. Claro que hubo mujeres que no vivieron en el encierro, como las que acompañaban a hijos, maridos o hermanos de tropa (las llamadas despectivamente "rabonas"); las vendedoras de los mercados y las que trabajaban la tierra. No fueron pocas las que pasaron casi toda su vida entre disparos, ruidos de caballos y estruendo de cañones.

Treinta años después de la declaración de la independencia, el Perú aún no tenía un código civil. Las instituciones organizadoras de la vida social y reguladoras de la conducta de las personas sucumbían apenas fundadas y los vínculos personales inspirados en el parentesco determinaban las actitudes y las conductas. Lo que a duras penas podríamos llamar "Estado" en términos modernos, es decir, esa autoridad pública centralizada capaz de tener cierto grado de monopolio de la violencia legal, se desmoronaba cada vez que pretendía alguna forma de estabilidad. Los ascensos en las instituciones militares no estaban pautados y mucho menos la carrera pública.

Los cargos públicos solían ser prebendalizados: con el dinero -que era poco y provenía, sobre todo, del tributo que pagaba la población indígena hasta que los recursos del guano llegaron del mar y de sus islas- se pagaban lealtades pasadas y favores que a los que ocupaban puestos en el Estado los habían ayudado a llegar al poder. Las mujeres de los grupos dominantes hacían una especie de política de salón y eran piezas clave en el engranaje familiar que se activaba para conseguir uno de esos cargos, beneficiando a todos los que podían ser parte de ese extenso tramado de parientes y amistades influyentes.

Las mujeres de las élites vivían un encierro virtual porque buena parte de las pugnas por el poder, aquel que no se libraba a caballo y

con armas, se tramaba en las casas. Entonces, el recinto doméstico no era precisamente privado, más allá de que estaba atravesado por la servidumbre y los pocos matrimonios que habían eran casi siempre arreglados.

Las guerras, que constituyen una expresión de crisis, son destructivas en sí mismas y sus estelas pueden ser largas y duraderas. La manera de cerrar las heridas morales y materiales influyen en la vida cotidiana de la gente y otros episodios tanáticos pueden irrumpir antes de que las comunidades y sus individuos sepan hacerse cargo de las tragedias y elaborarlas.

La invasión de los servidores de la monarquía católica y los millones de muertos en los Andes, en buena parte por el contagio de la viruela (enfermedad del viejo mundo que llegó antes que sus guerreros); las guerras de la independencia y su secuela de violencia caudillista; la guerra con Chile, que encontró y dejó a un país enfrentado a sí mismo, cuajado de rivales incontenibles (acongoja recordar cómo Cáceres tuvo al frente a dos enemigos: el ejército chileno y Miguel Iglesias); y la violencia política (el conflicto armado o el terrorismo de varias partes, pues todavía no compartimos las mismas interpretaciones) de las dos últimas décadas del siglo XX nos vuelven a enfrentar y dañar. En el cotidiano, brutalidades como los ataques a poblaciones indígenas para enriquecerse a costa de ellas y del caucho de la Amazonía; y siempre el escandaloso silencio ante el tráfico de personas.

Este listado tenebroso no responde a una actitud pesimista. Lo hago por dos motivos. El primero tiene que ver con el libro *Los Centauros. En los orígenes de la violencia masculina* (FCE, 2018) del psicoanalista italiano Luigi Zoja, quien escribe sobre las guerras y la sexualidad masculina. Cuando se viven largos periodos de desconfianza y de conflictos, el autor explica que la propensión a la agresividad y a la actuación del impulso es mayor. El segundo motivo es cómo aquello se relaciona con la extrema dificultad para construir instituciones que condensen las renuncias y que conviertan en norma legítima para la contención del impulso.

En la crisis sanitaria que vive el planeta ocurre que las mujeres, además de tener más carga laboral propiamente doméstica (que incluye los multiplicados trabajos de la crianza y de la educación en casa, o en una habitación) y una presión psicológica mayor, está expuesta a la violencia que emana de esa tensión. La sexualidad masculina escasamente domesticada no aguanta la casa y la trasgrede. Así, en los últimos meses ha aumentado la violencia contra las mujeres y la violencia sexual contra niñas y adolescentes. Sería triste conmemorar la independencia con esas cifras sin haber hecho todo lo que está a nuestro alcance para evitarlo.

Las guerras y las crisis tienen en común la contracción de las regulaciones. Las segundas pueden ir generándose por un acuerdo colectivo que tiene mucho de instinto de sobrevivencia, formas alternativas para enfrentar la muerte y la destrucción. Hay un lugar para la inspiración y para la creatividad o, mejor dicho, esa debería ser la salida. Mientras tanto, sin embargo, sale a la superficie lo que menos elaboramos internamente: la anomalía de que los hombres estén en la casa cuando las encerradas siempre fueron las mujeres (hasta que se universalizó el sistema penitenciario).

Necesitamos un Estado que entre a esa casa, que la ordene, que atenúe los conflictos y que la pacifique, rompiendo la tendencia perversa que ha hilvanado el acontecer republicano. Para lograrlo, el Estado debe transformarse y desembarazarse de su carácter doméstico. Doscientos años de gobierno de los padres es demasiado para vivir independientes.

# SALUD MENTAL: ANHELO Y URGENCIA

*María Pía Costa*



La pandemia del 2020 nos revela de manera descarnada un Perú camino al bicentenario con enormes retos. Un país con potenciales y recursos, con logros importantes en cuanto a los índices macroeconómicos pero agobiado por una fragilidad institucional desmesurada. Dibuja el mapa de una gran desigualdad social y económica que incluye la fragilidad extrema de los sistemas de salud. Nada de esto es un descubrimiento -estaba en el imaginario colectivo- pero el COVID-19 nos lo ha hecho estallar en la cara.

Para ser capaces de sacar lecciones a futuro, tal vez una revisión de lo que ha significado el coronavirus en la psicología de los peruanos sería de ayuda. Un primer dato significativo de la enorme necesidad de atención en salud mental nos lo brinda las líneas de atención telefónica gratuitas creadas por la Sociedad Peruana de Psicoanálisis y la asociación Psicólogos Contigo, que a los 40 días de aislamiento social han recibido más de seis mil 120 llamadas, sin contar con otras instituciones, públicas y privadas, que han prestado servicios similares en todo el país. Es una cifra reveladora de la gran demanda de soporte emocional.

Las personas han reaccionado de diversas maneras, como era de esperarse, en función de su historia personal y cultural. Han sido características las reacciones de angustia, tristeza, frustración e incluso de estrés agudo. Todos estos afectos son esperables ante la incertidumbre y la sensación de haber perdido el control frente a un virus que nos ha tomado por sorpresa.

La angustia es una respuesta saludable, pues funciona como una señal de alarma que nos informa de un malestar en el sistema y nos indica la necesidad de hacer acopio de los recursos necesarios para hacerle frente y de evaluar los riesgos para tomar medidas de protección. Sin embargo, ante una crisis tan súbita e inusual, los montos de angustia superaron el nivel de alarma adaptativa, desbordando la capacidad de pensar, cayendo a veces en comportamientos propios del pánico.

En el otro polo hay quienes, cediendo a la omnipotencia de creer que nada les podría pasar -pues las desgracias les caen a otros-, cegados por la negación, no han podido evaluar la gravedad de la situación y adoptaron conductas de riesgo.

A la vez, algunos comportamientos preexistentes se han agudizado en función de rasgos de personalidad. La indicación del lavado frecuente de manos y las medidas extremas de desinfección han dado justificación a comportamientos obsesivos, rutinas estereotipadas y rituales propios de las personalidades obsesivas. Las personas con síntomas fóbicos han exacerbado sus conductas evasivas y de temor al contacto. Otros han sucumbido a respuestas paranoides, viendo en el otro enemigos mortales, como se ha visto en algunas reacciones de rechazo a personal médico y sanitario, considerados como portadores del virus. Los hipocondriacos han sentido los síntomas del virus en sus cuerpos, abrumados por la ansiedad y estimulados por la abundancia de información médica y científica, no siempre verídica.

La convivencia en cuarentena ha sido un factor de desequilibrio para la gran mayoría. Es cierto que hay personas que la han pasado mejor, y en ello habrá tenido influencia las fortalezas individuales y la capacidad de tolerar el aislamiento, de adaptarse a nuevas maneras de vivir, pasar el tiempo y trabajar. Familias con buenos recursos psicológicos han salido beneficiadas con el mayor tiempo compartido en casa. Entre los que se encontraban en soledad, hay quienes han podido tolerar el aislamiento, munidos de una capacidad para estar a solas consigo mismos. Pero muchos se habrán sentido abandonados e inermes ante la dificultad de una cuarentena muy extendida. La gran mayoría, viviendo en condiciones de hacinamiento, sin comodidades ni espacio suficiente, han estado expuestos a situaciones tóxicas, aumentando la tensión de la convivencia y agudizando los conflictos vinculares.

Todos hemos experimentado, en diversa medida, duelo y a veces depresión porque hemos perdido nuestra manera de estar en el mundo y no sabemos si la vamos a recuperar. Desde las costumbres cotidianas, los abrazos y el aire de la calle hasta bienes, trabajo y logros de todo tipo. Hay quienes han perdido gente querida, sin haberla podido acompañar en los últimos momentos ni brindarle el ritual de despedida tan necesario en el proceso de aceptar la muerte.

El problema más espinoso es el de la violencia familiar, que ya se había hecho evidente y lamentablemente creciente en los últimos años. Es consecuencia de un modelo de dominación del hombre sobre la mujer y del adulto sobre el niño. Este patrón de comportamiento se conjuga con altos niveles de intolerancia a la frustración, que se descarrilan en impulsividad y prepotencia maltratando a las personas más cercanas y que, además, son percibidas como más débiles. Durante la crisis se ha consignado un aumento considerable de problemas conyugales y de llamadas de auxilio de mujeres y niños maltratados. Según datos del Ministerio de la Mujer y Poblaciones Vulnerables (MIMP), durante los primeros 40 días de cuarentena se recibieron un promedio de 100 llamadas diarias. El Ministerio Público da cuenta para ese mismo período, de tres mil 763 detenciones por delitos contra la mujer y los niños; entre ellos, siete feminicidios, 19 intentos de feminicidio y 346 delitos contra la libertad sexual, 64 de los cuales contra menores de edad. El total de detenidos representa el 88,4% de los delitos de lesión en ese período.

Otro grupo que ha atravesado la pandemia con momentos de intenso malestar son las personas con trastornos mentales y los que conviven con ellos. Luego de que se abrieran los servicios de atención psiquiátrica y los Centros de Salud Comunitaria, ya avanzada la crisis, la situación podría haberse aliviado dado que la medicación debe haber vuelto a estar a disposición. Pero sabemos que esto no basta y que las carencias de atención terapéutica se han hecho evidentes.

“ Aprovechemos la crisis para poner el cuidado del bienestar emocional como la necesidad básica que es. Para promover el desarrollo de mentes creativas, con mejores recursos para sobrellevar la vida diaria, con la seguridad básica y la autoestima para sentirse amado, con una identidad que genere confianza y respeto ”

Es razonable pensar, sin embargo, que una gran mayoría ha desarrollado recursos espontáneos para sobreponerse al estrés y al trauma de la mejor manera que ha podido, pero a mediano plazo es esperable ver sus efectos con cuadros clínicos complejos. Por esta razón es fundamental desarrollar estrategias para afrontar el impacto que esta pandemia ha dejado en las mentes de los peruanos. Habrá que identificar a los más vulnerables: personas con condiciones psiquiátricas previas, víctimas de violencia, ancianos y el personal de primera línea, tan sobreexigido, dando cara a la muerte y lidiando con la impotencia y la culpa.

Lo más saltante ha sido la dificultad extendida de respetar la consigna de aislamiento social, exponiéndose y exponiendo al resto al contagio. Más allá de los factores económicos y culturales, este hecho tiene variadas explicaciones según las particularidades individuales. Algunos no han podido tolerar el encierro que despierta angustias claustrofóbicas. Otros no han podido contener el impulso de transgredir las reglas, demostrando una frágil comprensión del sentido de la norma y de su importancia. Refleja una falta de incorporación psíquica de la figura del padre como portador de la ley, tergiversando la norma como imposición abusiva.

En un reciente artículo sobre el pánico ante el COVID-19 aparecido en National Geographic, Sonia Bishop, profesora de Psicología de la Universidad de California, sostiene que el organismo no está diseñado para soportar largo tiempo en condiciones de angustia y cede, finalmente, al agotamiento y la depresión. “En última instancia, podría tener repercusiones sociales graves si la población se desespera con el distanciamiento social hasta el punto de echarse a las calles antes de que la pandemia alcance el pico”, afirma. Es muy posible que esto explique también el fracaso del confinamiento en el país, donde no tuvimos que esperar mucho para ver aparecer la desesperación. Los altísimos niveles de informalidad deben haber sido determinantes en ese sentido,

aunado a la escasa confianza en los líderes y en un Estado que históricamente no ha respondido a sus urgencias.

En este escenario, las necesidades personales terminan primando sobre el bien común porque es difícil mantener la capacidad de razonar si uno se siente en una posición extremadamente vulnerable, lo que estimula el “sálvese quien pueda y como pueda”.

La avalancha de información, sin previa confirmación de su veracidad, ha sido otro factor causante de desasosiego, generando un círculo vicioso de la repetición de escenas dolorosas y amenazantes. Cómo no evocar la similitud con la fascinación que nos produce un accidente de tránsito que no podemos dejar de observar, en la búsqueda de detalles morbosos. La prensa televisiva, abundando en lo dramático, se ha visto en parte seducida por este gancho que atrapa a los espectadores en situaciones de temor, desconociendo sus consecuencias en el psiquismo de las personas.

## **Salud mental en el Perú**

Según cifras del Banco Mundial para el 2019, el Perú destina cada vez mayores recursos al sector salud, llegando a un incremento del 64% en los últimos cinco años. Son cifras aún distantes del resto de países de la región y claramente insuficientes que revelan, sobre todo, el retraso que llevamos a costas.

Dentro del sector salud, el ámbito de la salud mental recién empieza a tener visibilidad. No es un fenómeno limitado a nuestro país. Según un documento de la Organización Panamericana de Salud<sup>1</sup>, a pesar de que los trastornos de la salud mental representan más de un tercio de la discapacidad total en los países de América, solo se asigna 2% del presupuesto de salud a su prevención y

<sup>1</sup>La carga de los trastornos mentales en la Región de las Américas, 2018, Washington DC.  
[https://www.paho.org/hq/index.php?option=com\\_content&view=article&id=14999:ment](https://www.paho.org/hq/index.php?option=com_content&view=article&id=14999:ment)

tratamiento. Los países de ingresos más bajos tienden a asignar la mayor parte del presupuesto de salud mental para financiar hospitales psiquiátricos. El informe recomienda que se reasignen los presupuestos de tal manera que se destinen a financiar servicios de salud mental comunitarios y de atención primaria. Es exactamente lo que se está comenzando a hacer en nuestro país.

Por fin, hace un año contamos con una ley de Salud Mental que, a pesar de no incluir el trabajo de los psicólogos -profesionales cuyo aporte es central en el área- proporciona un marco formal y da cuenta de una visión dinámica y comunitaria de la salud mental, no exclusivamente centrada en la medicalización y en la institucionalización de las personas con padecimientos mentales.

Su implementación, sin embargo, se hace aún difícil por las carencias de centros de atención. Además, las manifiestas deficiencias del personal demuestran que estamos pagando décadas de descuido en la formación profesional.

Con la nueva ley, durante los dos últimos años se han conseguido avances importantes con la implementación de Hogares Protegidos y Centros de Salud Mental Comunitaria<sup>2</sup> que ya suman 156 en todo el país. El sistema está funcionando, acercando la atención al barrio y desligándola de los hospitales generales. Pero aún es embrionario y sus efectos en la población son todavía insuficientes. Va a ser necesario contar con un proceso de educación de la población para que confíen y recurran a ese servicio y para contrarrestar los prejuicios sobre lo que es salud mental.

<sup>2</sup>Gracias a la iniciativa y liderazgo del doctor Yuri Cutipé y su equipo en la Dirección de Salud Mental del MINSA; contando con el financiamiento del Banco Mundial y la colaboración de la Universidad Peruana Cayetano Heredia.

[al-health-spending-must-increase-in-order-to-meet-current-needs-in-the-americas&Itemid=1926&lang=es](#)

## **El bien común y la solidaridad**

La pandemia ha puesto en evidencia la relación estrecha entre los ciudadanos, mostrando nuestra dependencia mutua y nuestra vulnerabilidad. Dependencia porque solo con el esfuerzo de todos podremos afrontarla y vulnerabilidad porque los vínculos sociales están muy dañados. Percibimos al otro como enemigo, como el extraño capaz de provocarnos daño en la medida en que el virus está en cada cuerpo que circula; al mismo tiempo, son esos cuerpos con los que es necesario formar un colectivo capaz de sostenernos.

Es por eso que la solidaridad se vuelve necesidad. Ya no se trata únicamente de una acción filantrópica: si no podemos garantizar el bienestar general y condiciones sociales de existencia dignas para todos, los efectos de esta y de otras pandemias nos tendrán en jaque sin respiro.

Es posible hacer de esta crisis una ocasión para valorizar el derecho a la salud mental y darle la importancia que debería tener. Es tiempo de comprender que el bienestar común es una necesidad primaria. Los niveles de estrés que ha vivido la población durante la crisis, sumados a la gran demanda de espacios terapéuticos, contrastan con la carencia de servicios para responder a esta enorme necesidad que requiere respuestas inmediatas. Y esto va más allá de la crisis.

No podemos dejar de preguntarnos cuál hubiera sido la evolución de la pandemia en el Perú si años antes se hubiera invertido en salud, particularmente en salud mental, tan solo una parte del presupuesto dirigido a la emergencia. Si hubiera habido conciencia real y decisión política de considerarlos, hace ya un buen tiempo, como sectores en emergencia. Y si se les hubiera dado el estatus de prioridad como factor de arrastre imprescindible en el ansiado desarrollo económico y social del país.

La idea del cuidado de la salud mental tendría que rebasar el sector salud y extenderse a todos los ámbitos de la vida social. En Educación ya es consenso que la formación académica no es suficiente, ni eficiente, sin contemplar las habilidades blandas. El aprendizaje se ve limitado si existen condiciones emocionales adversas y el desarrollo no es integral si no incorpora la madurez psicológica del estudiante. Esta conciencia tiene que trasvasar a sectores importantes en las decisiones presupuestales, como Economía; a áreas con posibilidades de comunicación y difusión de contenidos, como Cultura; a los responsables de infraestructura, especialmente agua, como Vivienda; a sectores sensibles a la convivencia equilibrada con el entorno, como Ambiente.

Se requiere comprender que el bienestar emocional garantiza el funcionamiento adecuado en todos los niveles. El malestar psíquico, por el contrario, contamina todas las actividades humanas. Se refleja en la manera de comprender las cosas, en la toma de decisiones, en el rendimiento cotidiano y, en especial, en los vínculos: en el trabajo, entre compañeros de aula, en el ejercicio del poder, en el comportamiento cívico y, principalmente, dentro de la familia y la pareja.

Aprovechemos la crisis para poner el cuidado del bienestar emocional como la necesidad básica que es. Para promover el desarrollo de mentes creativas, con mejores recursos para sobrellevar la vida diaria, con la seguridad básica y la autoestima para sentirse amado, con una identidad que genere confianza y respeto. La solidaridad tiene que ser entendida como una necesidad y una urgencia. Ya es tiempo de que nos ocupemos de esto y que lleguemos al bicentenario con miras más claras y proyectos realistas.

# CÓMO HABITAR UN GRITO DE INDEPENDENCIA

*Luis Rodríguez Rivera*



*“Esa esperanza, esa promesa, se concretó dentro de un ideal de superación individual y colectiva que debía ser obtenido por el desarrollo integral de cada país, la explotación de sus riquezas, la defensa y acrecentamiento de su población, la creación de un ‘minimun’ de bienestar para cada ciudadano y de oportunidades adecuadas para ellos.*

*La promesa de la vida peruana (1945), Jorge Basadre.*

*“Nuestra arquitectura sigue en su mayor parte las tendencias internacionales en forma superficial y demasiado imitativa. Con frecuencia no responde a la personalidad ni carácter de nuestro país pobre y subdesarrollado. No aparece tampoco como una expresión relacionada históricamente al patrimonio arquitectónico y urbanístico de nuestro país, que con frecuencia se ignora y maltrata. Este patrimonio posee un nivel de calidad que todavía estamos lejos de alcanzar”.*

*Exposición sobre la arquitectura (1990), José García Bryce.*

**T**oda obra que se construye conmemora, ineludiblemente, aquello que la hizo nacer. Sea el trabajo de ciudadanos dedicados a alguna causa, la abnegación de una comunidad para dar un espacio a su niñez, el sacrificio de una familia por tener un techo o, incluso, el esfuerzo de un grupo de obreros en su trabajo diario, colocar una primera piedra, terminar de llenar un techo o poner el último acabado constituirá siempre una celebración, no importa el costo o magnitud. Es el sentido que Louis Kahn daba a la arquitectura: ser una ofrenda a las instituciones en la construcción de la democracia.

Bajo esa perspectiva, lo que se conmemora está intrínsecamente unido a lo que da origen a una obra y a sus propias circunstancias. Esto no impide que, con independencia de su cometido o incluso en contradicción con él, algunas obras se levanten para rendir homenajes o celebrar eventos apelando a la posibilidad de impregnar valores simbólicos a aquello que se construye. Ha sido el caso de objetos conmemorativos ligados a prácticas del pasado

como los arcos triunfales, obeliscos y espacios que buscaron dejar marcas sobre la ciudad. El gran peligro con lo puramente simbólico es que los significantes cambian de significado con rapidez y lo que hoy es homenaje mañana podría ser un esperpento o, en el mejor de los casos, cambiar de significado. Es lo que ocurre hoy con ciertos regalos del primer centenario: el Arco Morisco en medio de un parque como una curiosidad sin sentido y la estatua de Manco Cápac prisionera en un minimalista cuarto del rescate, por no hablar de la estatua de Pizarro, relegada a un rincón del Parque de la Muralla.

Si los significados realmente cambian en el tiempo, el problema de las obras conmemorativas está en el futuro porque, etimológicamente, conmemorar es poner algo en la memoria para su recuerdo en el futuro. Aunque no podamos controlar ese proceso, hay formas de correr menos riesgos. Pierre Nora advertía que la única memoria posible era aquella que se habita, aquella que está viva. Por lo tanto, lo conmemorado es lo que le da sentido a lo que se construye, es decir, hemos vuelto al inicio y entrado en un círculo sin fin.

La cuestión debe abordarse desde aquello que se busca conmemorar, anotando que no es la nación peruana lo que se celebra porque esta no nació el 28 de julio de 1821. Si fuera así, nada de lo hecho en el mundo incaico y preincaico nos pertenecería, como tampoco la Colonia. Desde Benedict Anderson, la nación se entiende como una "comunidad imaginada" y en las imágenes construidas de lo nacional se encuentra todo nuestro pasado, con indiferencia de la biografía y la voluntad de cada individuo o grupo.

En muchos sentidos, lo nacional no ha llegado a constituirse plenamente en una comunidad imaginada porque muchos peruanos tienen grandes dificultades para entenderse como parte del mismo grupo. Esos desencuentros son el pan de cada día: racismo, exclusión, machismo, homofobia y desprecio al otro

son algunos de los síntomas de muchas comunidades imaginadas que comparten el suelo pero solo se unen anecdóticamente por el cebiche o algún triunfo en el fútbol. Como la nación no tiene fecha de inicio y su construcción es atemporal, lo nacional no es motivo de conmemoración. Entonces se debe trabajar para que nuestra imaginación colectiva produzca esas imágenes comunes, una labor en la que la arquitectura y el urbanismo tienen arduas tareas.

Lo que se logró entre el 28 de julio de 1821 y el 9 de diciembre de 1824 fue, de un lado, la independencia del imperio español. Del otro, el inicio de la vida republicana. El Perú se debió emancipar desde que los españoles partieron del Callao luego de ser vencidos en Ayacucho, permitiendo que el país fuera capaz de pensar por sí mismo o que iniciara su proceso de construcción de autonomía. Esta no tendría que limitarse por el hecho de vivir en un sistema que interrelaciona a todo el mundo en lo comercial, jurídico, tecnológico o artístico. Tal vez cierto retraso en términos científicos y tecnológicos podrían justificarse por la escasez de recursos, ¿pero qué justifica la dependencia cultural, la de la arquitectura y el urbanismo?

Nuestro país padece la triste pandemia de la poscolonialidad, como José García Bryce lo anotó hace 30 años. No pensamos por nosotros mismos porque nos enseñan a pensar desde otras realidades, desde paradigmas tan ajenos que el resultado es una inteligencia opuesta a nuestra autonomía. Las dificultades para una enseñanza que promueva un pensamiento propio en la arquitectura se construyen como un edificio, sólidamente, sobre la base de obras griegas, italianas, francesas, holandesas, norteamericanas; desde la antigüedad hasta la semana pasada y al lado de unos pocos referentes latinoamericanos, creando los paradigmas desde los cuales se diseña.

Con el urbanismo sucede algo similar. Con suerte se llega a traducir del idioma original los conceptos exportados, mientras se edifican proyectos que repiten lo que ya se hizo en el hemisferio norte. Desde el boulevard parisino de 1870 hasta la ciudad de los 15 minutos de hace unos meses, la angustia por trasladar acríticamente puede más que la modorra por observar, procesar o siquiera utilizar nuestras propias prácticas y necesidades. La obsesión por construir ciclovías para el post COVID-19 en un país con 3% de personas que usan bicicletas es un síntoma patético. Es la manera como se ha enseñado a pensar, a sentir que se avanza y se progresa.

Aproximadamente, el 12% de lo que se construye pertenece al mundo formal de lo que suele llamarse arquitectura y urbanismo. Desde estas disciplinas es difícil encontrar propuestas e ideas que desafíen ese otro 88%. Nuestra práctica no está lo suficientemente respaldada por un desarrollo intelectual: cerca de 40 facultades de arquitectura, tres revistas indizadas, no más de cinco libros importantes al año y muy poca investigación relevante. Eventualmente se producen arquitectos y arquitectura de calidad, pero estas excepciones son el dedo con el que se quiere tapar el sol de la imposibilidad de pensarnos desde la arquitectura y el urbanismo.

Esta situación plantea un dilema complejo, pues casi cualquier obra que se construya para celebrar la independencia, la emancipación y la autonomía de pensamiento será una prueba más de la falta de independencia, de la escasa autoestima y de la dificultad para pensarnos a nosotros mismos. La década de 1920 a 1930 encontró al Perú de Mariátegui y Haya de la Torre preguntándose por el futuro, y a la arquitectura debatiéndose entre el neocolonial, el neoperuano y el academicismo. Cien años después, parece haberse clausurado la posibilidad de preguntar.

“ La única manera de que las imágenes de una república verdaderamente independiente y autónoma, democrática y esforzada por lograr igualdad de oportunidades sean legítimas es que estas nazcan de la conciencia plena de la historia y de la realidad. Cualquier utopía positiva desanclada de una perspectiva radicalmente crítica será exógena a nuestro proceso ”

El segundo aspecto a celebrar son los 200 años del inicio de la vida republicana. Algunos historiadores recientes han recordado esa promesa incumplida de la que hablaba Jorge Basadre y que se cita al inicio de este texto. Un régimen republicano pasa por la formación de instituciones capaces de permitir la superación y el desarrollo individual y colectivo de los ciudadanos desde la premisa de que todos tienen las mismas oportunidades. Conmemorar la república obliga a evaluar en qué medida esa promesa ha sido realizada y de qué manera las instituciones del urbanismo y la arquitectura han cumplido su rol.

Una rápida mirada al Perú muestra un país con grandes diferencias en las oportunidades de sus ciudadanos, algo que el COVID- 19 ha puesto en evidencia: el 45% de familias no tiene acceso permanente al agua; el 20% no tiene acceso a una vivienda digna y segura; el 70% tiene empleos informales, sin derechos ni jubilación; y el acceso a la salud y a la buena educación es solo para quienes pueden pagarlas en el sector privado. Estos son algunos indicadores de una desigualdad urbana escondida tras los éxitos macroeconómicos de la política nacional, que ha revelado su verdadero rostro durante la pandemia con hospitales calamitosos, una población sin agua y 75 mil millones de dólares en el Banco Central de Reserva.

Si toda construcción tiene un costo, desde un busto hasta un parque o un edificio, ¿debería gastar dinero en celebraciones un país donde la desigualdad tiene ribetes de tragedia? ¿Debería celebrarse que durante 200 años no se cumplieron las obligaciones y la promesa de la vida republicana? Es cierto que la corrupción, la desidia, la irresponsabilidad y el saqueo del que el Perú ha sido víctima empujan a un silencio sancionador, reflexivo y sanador. No hay razones para celebrar.

Sin razones para celebrar la república o la emancipación, el panorama se presenta más que sombrío y un entrapamiento ético parece llevar al país a guardar silencio en los próximos cien años, tal como sucedió en los últimos cien y como tal vez ocurra siempre. Nuestra identidad no pasa por sublevarnos contra la adversidad, pues la enfrentamos estoicamente y dejamos que nuestra contrariedad emerja de otra manera. Luchamos día a día contra la pobreza y la injusticia, tal vez más silenciosamente de lo que debería ser. No hay razones para celebrar, pero hay razones para hacer sentir la decepción y el desasosiego, para reclamar las promesas incumplidas y la falta de oportunidades, para enrostrar la injusticia y la desigualdad. Si la república no ha cumplido sus promesas ha sido porque parte de la ciudadanía ha guardado silencio o porque ella misma ha sido cómplice de las decisiones que llevaron a esta situación. ¿No sería el silencio, nuevamente, una actitud cómplice frente al sistema que aún hoy impide que todos tengan igualdad de oportunidades? ¿Cómo no caer en complicidad con todas aquellas instituciones del Estado que incumplieron sus funciones, con aquellos funcionarios, políticos y sectores de la sociedad que impidieron alcanzar esa república justa y democrática que la Constitución de 1822 prometió y nunca se materializó?

Si la arquitectura y el urbanismo pueden ser una ofrenda a las instituciones que permiten la democracia, ¿no deberían ser también ese grito que llama la atención a las que no están sirviéndola? Si la única conmemoración posible es la del incumplimiento y la dependencia, ¿no deberían las obras del bicentenario estar habitadas por el reclamo de una república de ciudadanos con las mismas oportunidades? Cada obra tendría que ser capaz de explicar por sí misma las razones que llevaron a incumplir la promesa de la educación, de la salud, de la seguridad, del bienestar, de la autonomía de pensamiento, de la solidaridad y de la comunidad. Cada obra debería ser una suerte de memorial que nos recuerde las oportunidades desperdiciadas, que hable

de la corrupción, del racismo, de las razones de la ineficacia y el abandono. Cada proyecto necesita ser un grito indignado contra lo que se debió hacer y no se hizo.

También debería recordarse el vergonzoso rol de las élites en estos 200 años, que lejos de impulsar el cambio para la igualdad de oportunidades se abocaron a satisfacer sus apetitos privados. Basadre decía que “para formar élites no importa de dónde se procede: importa a dónde se va o se quiere ir. No se forma una élite por acumulación de fortunas, camaradería de aula, identidad profesional, coincidencia de edad o costumbre de tertulia”. Ciertamente, esta nunca fue la actitud de las élites peruanas. El Perú no es el de la República Aristocrática, pero la desigualdad de oportunidades impide la existencia de una élite con derecho propio, producto de la meritocracia o siquiera de la democracia. El país todavía está plagado de prácticas tóxicas que tienen que desterrarse.

Por un mínimo de coherencia, cualquier obra referida al Bicentenario de la Independencia tendría que ser otorgada mediante un concurso público. Se argumentará el costo, la falta de tiempo para llegar a las celebraciones y la poca garantía de que el ganador sea un buen proyecto. Todo esto puede ser cierto, pero también lo es que esos argumentos han sido pretextos para eludir la igualdad de oportunidades. La elección de un arquitecto “reconocido” podría acabar siendo la designación de alguien que ha logrado capitalizar las ventajas de una república sin oportunidades para todos. Entonces, la asignación del encargo reproduciría el mismo proceso que el bicentenario debería sancionar.

Este artículo podría haber sido una lista infinita de los proyectos que tanto faltan en el país. Tendría que construirse incontables escuelas, hospitales, postas, asilos, bibliotecas, mediatecas,

espacios para la juventud, museos, centros de investigación, aeropuertos, terminales. Cuanto más nos alejamos de los centros donde se acumula el poder, menos se ha hecho, prácticamente nada debería construirse en la capital, salvo en las zonas siempre dejadas de lado. Todo lo público tiene un retraso centenario y las ciudades tienen déficit de parques, plazas y veredas. A lo largo del territorio, las brechas en infraestructura obligarían a la inmediata construcción de represas, canalizaciones, carreteras y puentes que esperan desde hace décadas. Solo intentar resolver el déficit de vivienda sería más acertado que cualquier celebración.

Sin embargo, un bicentenario es la oportunidad para hacer cuentas con la historia y, por qué no, de inscribir el fracaso y sus razones en el territorio. Pensar así no es caer en un pesimismo improductivo o en una vendetta histórica. La arquitectura y el urbanismo tienen la capacidad de construir imágenes de los mundos venideros, un privilegio que comparte con pocas manifestaciones culturales. Pero la única manera de que las imágenes de una república verdaderamente independiente y autónoma, democrática y esforzada por lograr igualdad de oportunidades sean legítimas es que estas nazcan de la conciencia plena de la historia y de la realidad. Cualquier utopía positiva desanclada de una perspectiva radicalmente crítica será exógena a nuestro proceso y acabará invadida y contaminada, como ha sucedido frecuentemente, por imágenes exportadas y evasivas. Cualquier cambio se gesta en el imaginario radical antes de hacerse real. Un país fantástico como el Perú merece ese esfuerzo.

# BIBLIOTECAS PÚBLICAS AL BICENTENARIO

*Ezio Heyra*



**E**n la Gaceta del Gobierno de Lima Independiente del 29 de agosto de 1821, José de San Martín firma el decreto de creación de la Biblioteca Nacional. En este se lee:

“Convencido sin duda el Gobierno Español de que la ignorancia es la columna más firme del despotismo, puso las más fuertes trabas a la ilustración del Americano, manteniendo su pensamiento encadenado para impedir que adquiriese el conocimiento de su dignidad. Semejante sistema era muy adecuado a su política; pero los gobiernos libres, que se han erigido sobre las ruinas de la tiranía, deben adoptar otro enteramente distinto, dejando seguir a los hombres y a los pueblos su natural impulso hacia la perfectibilidad. Facilitarles todos los medios de acrecentar el caudal de sus luces, y fomentar su civilización por medio de establecimientos útiles, es el deber de toda administración ilustrada”.

Desde su creación, la Biblioteca Nacional carga con la responsabilidad de ser la institución que ayuda a realizar la promesa ilustrada de que el conocimiento, y el uso autónomo de nuestra razón, contribuyen a la libertad de los seres humanos, a salir del yugo y de la tutela. Siendo, además, la institución que lidera el Sistema Nacional de Bibliotecas, es también responsabilidad de la Biblioteca Nacional promover la creación y el sostenimiento de bibliotecas públicas, aquellos “establecimientos útiles” de los que hablaba San Martín y en los que la ciudadanía puede acceder a diversos recursos de información.

Que la Biblioteca Nacional haya sido creada apenas un mes más tarde de declarada la independencia del Perú habla del rol esencial que la institución tenía para la naciente república. Si, desde la herencia ilustrada, las bibliotecas eran espacios concebidos para que los seres humanos dejasen atrás fuerzas tutelares, desde la naciente república se concibieron como espacios que aportan a la libertad, la justicia y la igualdad. La libertad llegaría con los libros, la lectura, la investigación y el conocimiento, que aportarían a que las personas se valieran por sí mismas, que pudieran tomar

decisiones y acciones de manera autónoma y sobre la base de su propio razonamiento. La justicia se alcanzaría porque las bibliotecas garantizan el derecho fundamental de las personas a la información y la cultura; y la igualdad porque estas ayudarían a que la ciudadanía accediera, en igualdad de condiciones, a materiales bibliográficos y documentales de diverso tipo.

Doscientos años más tarde, el acceso a la información, al conocimiento y a la lectura es un gran desafío en el que las bibliotecas públicas juegan un papel determinante, y sus servicios pueden llegar a ser definitivos en un país con grandes brechas de acceso a infraestructura bibliotecaria. Basta ver algunas cifras. En la actualidad, existen 1874 municipalidades provinciales y distritales. En el 2014, según el Registro Nacional de Municipalidades, contábamos con 869 bibliotecas públicas municipales. Dos años más tarde, con 686. En el 2017, el país sumaba un total de 556 bibliotecas y en el 2018, último año con el que se cuenta con información, existían apenas 477 municipalidades que contaban con bibliotecas entre los servicios públicos que ofrecen.

Al levantar la mirada doscientos años más tarde y observar el panorama de las bibliotecas públicas del país, uno se encuentra con cifras que dan cuenta de que estas han perdido el espacio central que tuvieron cuando nacía nuestra república. Si pensamos en las brechas de acceso a las bibliotecas públicas solamente a nivel de municipalidades provinciales, de las 196 provincias existentes en el país, 35 de ellas no solo no cuentan con servicio de biblioteca, sino que estas tampoco existen en ninguno de los distritos que componen la provincia. Algunas son muy pobladas, como Cutervo, Pachitea, Datem del Marañón, Loreto, Bellavista, San Martín o Tacna. Solo entre las mencionadas, contamos más de setecientas mil personas que no tienen servicio de bibliotecas públicas. A nivel distrital, distritos como San Juan de Miraflores, Comas, El Porvenir, José Leonardo Ortiz, Paucarpata o Pachacamac,

que superan los 100 mil habitantes, no poseen biblioteca pública municipal. La suma de los ciudadanos de estos distritos es más de un millón y medio.

Las brechas existentes muestran que el Estado tiene una enorme deuda hacia su ciudadanía. La responsabilidad es, desde luego, compartida. En los diferentes niveles de gobierno no se ha dado la importancia debida a las bibliotecas públicas. Lo propio ha ocurrido entre la población, que cada vez parece valorar menos sus bibliotecas públicas y, en consecuencia, no se organizan alrededor de ellas ni demandan a sus autoridades que cumplan con el mandato que la Ley Orgánica de Municipalidades les da: organizar y sostener bibliotecas.

La Biblioteca Nacional del Perú, por supuesto, también tiene responsabilidad en esto: todavía no ha sido capaz de implementar el Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas, que permita a la institución tener representación en todos los departamentos del país y cuya contribución al desarrollo de colecciones bibliográficas y documentales, así como al fortalecimiento de las capacidades de los bibliotecarios, sea continuo y con un alcance verdaderamente nacional.

Las brechas previamente descritas evidencian la magnitud de la deuda. Si volvemos a comparar solamente las cifras entre los años 2014 y 2018, vemos que la cobertura de bibliotecas públicas municipales en el territorio ha disminuido de un 51% a un dramático 26%. Departamentos como Arequipa, Cajamarca, Huancavelica, Huánuco, Moquegua y San Martín no logran dar cobertura ni al 20% de su población. Amazonas, Ayacucho y Madre de Dios no atienden ni al 10% de sus pobladores. En el departamento de Tacna, ninguna de sus provincias o distritos cuenta con biblioteca pública municipal.

“ Las bibliotecas son vitales para mantener a las comunidades reunidas alrededor de la palabra y del intercambio de ideas. También pueden desarrollar, allí donde las brechas digitales sean más grandes, servicios y programas que usen el teléfono fijo o préstamos a domicilio para personas con discapacidad o para adultos mayores ”

Las cifras anteriores son solo eso: cifras. No permiten evidenciar ni la calidad de los servicios bibliotecarios que prestan ni la calidad de las colecciones bibliográficas y documentales a las que dan acceso a su comunidad. No se trata únicamente de que los municipios se comprometan con el desarrollo de sus bibliotecas públicas, sino de que promuevan bibliotecas de calidad que se vayan moldeando de la mano de sus usuarios; bibliotecas que inviertan en renovar periódicamente sus materiales, que ofrezcan servicios pertinentes a los que la comunidad les encuentre valor.

Un Sistema de Bibliotecas formado por bibliotecas públicas de calidad que hagan un trabajo articulado en favor de las personas no es algo extraordinario. Países de renta media como el nuestro lo tienen. Sin ir muy lejos, Colombia o Chile nos han superado ampliamente y ofrecen sistemas de bibliotecas públicas de calidad que contribuyen a nivelar entre sus ciudadanos las condiciones del acceso a la cultura y a la información.

Imaginemos por un momento que la pandemia generada por el COVID-19 nos hubiese encontrado con un Sistema Nacional de Bibliotecas fortalecido, que ofreciera cobertura al grueso del país. ¿Acaso las bibliotecas públicas no hubiesen sido de enorme valor durante esta emergencia sanitaria? ¿Acaso las bibliotecas no pueden ofrecer a su comunidad información de calidad en un contexto en el que abunda la desinformación y los *fake news*? ¿Acaso las bibliotecas no pueden seguir garantizando el acceso a la cultura, especialmente en aquellas comunidades donde la biblioteca es la única infraestructura cultural? ¿No pueden convertirse en lugares de acopio de información referida a los diferentes servicios que ofrece el Estado en el marco de la emergencia sanitaria? ¿Acaso las bibliotecas no tienen la capacidad de volverse espacios de contención para comunidades que han sido especialmente golpeadas?

Una biblioteca no debe entenderse únicamente como un repositorio de libros a través de los cuales se apoyan procesos formativos. La biblioteca pública es mucho más que eso. No es solo infraestructura cultural; es también social, pues permite el encuentro y el reconocimiento en el interior de una comunidad. Varias investigaciones recientes han dado cuenta del enorme valor de las bibliotecas y de la lectura para cuestiones con las que antes no se les asociaba con frecuencia. La enfermedad de Alzheimer, por ejemplo, es menos frecuente entre quienes tienen el hábito de la lectura. Las bibliotecas y la lectura han sido motores de cambio y constructores de culturas de paz en territorios como Siria, Afganistán o en zonas de conflicto en Colombia. La biblioteca pública puede, también, contribuir con varios de los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la ONU. Con servicios construidos de la mano de su comunidad usuaria, tienen la capacidad de incidir en la salud y el bienestar, en la reducción de la pobreza, en la educación de calidad, en la igualdad de género, en el crecimiento económico, en la innovación, en la reducción de las desigualdades, en la paz y en la justicia.

En una coyuntura como esta, las bibliotecas tienen la posibilidad de posicionarse en el interior de su comunidad como instituciones de valor y es necesario que logren adaptarse, innovando en las maneras de acercarse a sus usuarios. Que muchas hayan permanecido cerradas debido al aislamiento físico no significa que no deban buscar formas de llegar a su comunidad. Por el contrario, quizá más que en ningún otro contexto, se hace necesario que se mantengan cerca y que garanticen el acceso a la cultura a través, por ejemplo, del traslado de la programación cultural o académica a entornos virtuales, o desarrollando bibliotecas digitales de acceso gratuito. Las bibliotecas son vitales para mantener a las comunidades reunidas alrededor de la palabra y del intercambio de ideas. También pueden desarrollar, allí donde las brechas digitales sean más grandes, servicios y programas que hagan

uso del teléfono fijo o servicios de préstamo a domicilio para las personas con algún tipo de discapacidad o para adultos mayores.

Si antes del COVID-19 las celebraciones del bicentenario del nacimiento del Perú como república ya eran una oportunidad para repensar el país, la emergencia sanitaria ha elevado la intensidad de los reflectores que se posan sobre las brechas que aún nos dividen entre peruanos. Tras la pandemia, la oportunidad de repensar debe, en algunos casos, ser acompañada por la capacidad de refundar. Estos tiempos, pienso, también significan la posibilidad de construir un gran pacto social por las bibliotecas públicas del país. Un gran pacto que integre a autoridades de todo nivel de gobierno, a la sociedad civil, a la empresa privada, al país entero.

Volvamos a otorgar a las bibliotecas el lugar central que tenían en el origen de nuestra república como espacios vitales para la promoción de la libertad, la justicia y la igualdad. Construyamos bibliotecas. Dotémoslas de materiales bibliográficos y documentales de calidad. Que no haya provincia o distrito sin biblioteca pública. Que allí donde haya un ciudadano que no sea capaz de acceder a algún recurso de información esté la biblioteca pública para garantizar el derecho fundamental de acceso a la cultura y a la información, fortaleciendo así nuestra ciudadanía y nuestro país.

# INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA EN EL PERÚ POSTPANDEMIA

*Alberto Gago*



El mundo ha sido invadido por un virus llamado el nuevo coronavirus o SARS-CoV-2 (causante del COVID-19) que está poniendo a prueba tanto la infraestructura y capacidades sanitarias como al arsenal en ciencia y tecnología (CyT) de los países afectados. El Perú no es ajeno a esta crisis y se esfuerza por dar la mejor respuesta a esta situación en el corto, mediano y largo plazo. Pese al considerable esfuerzo del sector salud, fuerzas armadas y policiales, universidades y centros de investigación, gremios profesionales y sector privado, entre otros, esta crisis también ha puesto de manifiesto la impostergable necesidad de fortalecer nuestro sistema de salud y nuestro ecosistema de CyT.

No es novedad que el Perú requiere impulsar mucho más la inversión en CyT. Para ello basta observar a Chile y Colombia, vecinos de similares características, que nos superan no solo en inversión sino en el tamaño y variedad de su producción de conocimiento, así como en la mayor participación de sus comunidades científicas en la toma de decisiones de sus gobiernos. Lo que sí es positivamente novedoso, y que no puede dejarse de lado conforme superemos la pandemia, es la convicción que hoy se tiene sobre el rol prioritario que tiene la CyT en el destino del mundo, y en particular de nuestro país. Es por eso que, de cara al bicentenario, uno de nuestros retos más importantes debe ser buscar que este convencimiento se traduzca en un aumento de inversión y, sobre todo, en el reconocimiento de la CyT como una de las piedras angulares de nuestro destino.

Cabe mencionar que en la última década, y en la línea de fortalecer nuestro ecosistema de investigación científica, el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología e Innovación Tecnológica (Concytec) ha ejecutado varias estrategias. Estas incluyen el financiamiento de proyectos de CyT, investigadores y equipamiento de laboratorios, entre otras. Bajo la premisa que planteamos, deberían

intensificarse aún más. Sumadas a estas acciones, se observa un mayor financiamiento de becas de maestría y doctorado para posgrados locales y en el exterior.

Al margen de la necesidad de aumentar el financiamiento de becas, estas podrían tener más demanda si consideramos el desfavorable escenario económico que afecta el empleo a causa del COVID-19. Así, la opción de competir por una beca de posgrado pagada por el Estado podría ser especialmente atractiva para muchos jóvenes talentosos recién egresados de las universidades que, en otras circunstancias, se incorporarían directamente al sector productivo sin considerar dicha opción. De darse este incremento podríamos aumentar nuestra masa crítica de investigadores en unos pocos años y con ello las posibilidades de generar conocimiento científico y tecnología de frontera. Teniendo en cuenta que la situación podría agudizarse como consecuencia de una eventual recesión, esto ayudaría a aminorar –en algún grado– el subempleo y desempleo de jóvenes talentos.

Es esperable, además, que un incremento en el financiamiento de becas no solo sea asignado para posgrados en el exterior sino también para posgrados en el país. Esto aumentaría nuestra fuerza local dedicada a la investigación, fortaleciendo así nuestros posgrados y con ello la investigación en las universidades. De forma paralela, la normalización de la virtualización en las universidades en el mundo podría representar una oportunidad para una mayor internacionalización de nuestros programas de posgrado a través de opciones de cotutela o doble grados, potenciándose la interacción con investigadores internacionales de renombre. Del mismo modo, si la costumbre de tener conferencias internacionales virtuales se instala, se democratizaría mucho más el acceso a las mismas en términos económicos, facilitando una mayor participación de nuestros investigadores y sus estudiantes.

“ La opción de competir por una beca de posgrado pagada por el Estado podría ser especialmente atractiva para muchos jóvenes talentosos recién egresados de las universidades que, en otras circunstancias, se incorporarían directamente al sector productivo sin considerar dicha opción ”

Para que un aumento en la inversión en CyT tenga el mayor éxito posible es condición sine qua non que decidamos sobre la ciencia que vamos a apoyar desde una visión holística. La necesidad de esta visión se ha hecho evidente durante la pandemia, pues científicos con capacidades y formaciones variadas están contribuyendo desde diversos frentes. Además del obvio y necesario protagonismo de epidemiólogos, virólogos, infectólogos o biólogos, tenemos el caso, por ejemplo, de físicos, químicos y científicos de datos que colaboran en la caracterización de la estructura atómica del virus (obtenida a través de luz sincrotrón) y con ello a la búsqueda de fármacos que puedan inactivarlo. De hecho, los científicos de datos -que muchas veces adquirieron estas capacidades en proyectos de ciencia fundamental- también colaboran con matemáticos o estadísticos, en equipos de epidemiólogos para entender la dinámica de transmisión del virus o para implementar herramientas de análisis de datos. En esa misma línea, el rol de los científicos sociales es indispensable para contribuir en la identificación de focos de contagio y en las medidas de contención efectivas de la epidemia.

Lo anterior no hace más que ilustrar la estrecha y necesaria interacción que se da entre las distintas ramas de la ciencia para abordar problemas tan complejos como este. Y si bien hoy enfrentamos el COVID-19, no podemos seguir ignorando la evidente crisis climática y/o las consecuencias de algún desastre natural, situaciones a las cuales el Perú está tan expuesto.

Por último, un plan de inversión en ciencia debe contemplar una mirada amplia y no solamente en función de lo que nos parece que va a ser útil en el corto plazo. Medio año atrás, estudiar sobre los coronavirus en murciélagos hubiera sido considerado como ciencia básica, lo que para algunos es sinónimo de innecesaria. Hoy sabemos que los avances en la investigación de esta área son vitales para enfrentar la pandemia. Los caminos en los que la ciencia se torna útil son tan diversos como impredecibles, y esto nunca debe ser ignorado.

# UN NUEVO ACUERDO POR LA NATURALEZA

*Manuel Pulgar Vidal*



Los peruanos celebramos cada 28 de julio el día de nuestra independencia, una fecha en la que el sentimiento de país, aunque no de nación, aflora en múltiples expresiones que muchas veces son, lamentablemente, militarizadas. Esta forma de celebración en fecha fija nos limita el entendimiento de los procesos sociales, políticos y económicos que llevaron a tan sublime logro y nos hace perder el concepto de visión, territorio e historia, además de no permitir un verdadero momento de encuentro e integración social.

Si integrásemos en nuestro entendimiento de la historia por la independencia la rebelión de Juan Santos Atahualpa en 1742, de Mateo Pumacahua en 1814, la gesta libertaria de 1821, la consolidación del proceso independista en 1824 y su reafirmación en 1866, podríamos identificar procesos iniciados en la Amazonía, la región andina, el sur, el norte y la propia metrópoli, agregando a nuestro conocimiento histórico una mejor comprensión del rol de los pueblos involucrados y de nuestro propio territorio, amén de darnos cuenta de que la independencia no fue resultado de una gesta importada desde el sur del continente y que, más bien, tomó más de 70 años concluirla y mucho sacrificio conseguirla.

Hoy, *ad portas* de nuestro bicentenario y sin perjuicio de los múltiples intentos por construir una visión común y alcanzar sus metas, no hemos sido capaces de alcanzarla. Quizás nos equivocamos y pensamos que esta era la fecha del logro y no el tiempo de iniciar un proceso que, aunque tome algunas décadas más, nos pueda reunir en algún momento del futuro en un triunfo colectivo, de nación. No es que plantee una postergación, sino que miremos al Perú con realismo y seamos conscientes de lo que aún no hemos hecho ni ganado.

Ese proceso requiere que todos miremos hacia un objetivo común para generar sentido de apropiación y “tracción” para caminar juntos hacia el logro colectivo. Solo así evitaremos

repetir la frustración de nuestro camino al bicentenario. Esto también obliga que veamos al Perú en el contexto global, un mundo interconectado e interdependiente, y que reconozcamos que el tan ansiado desarrollo no solo se concreta con obras de infraestructura -necesarias pero insuficientes si no se desarrollan en un marco de integridad-, adecuada gobernanza, igualdad, integración, sostenibilidad y concepto de nación.

Una visión compartida no se construye en el escritorio de una dependencia del Estado, sino desde el diálogo representativo, transparente y abierto. Se construye reconociendo nuestra propia realidad como país, que en las últimas décadas ha conseguido crecimiento económico y combatido la pobreza pero que no ha podido terminar con la desigualdad, la exclusión, la intolerancia y menos con la corrupción, la debilidad institucional y el poco respeto a las instituciones, la informalidad y la ausencia de sostenibilidad del desarrollo; alejado de los procesos globales y del acceso a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), muy lejos del debate climático del que fue líder en el 2014, cuando organizó la vigésima conferencia de las partes de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático y artífice del Acuerdo de París.

El tiempo actual no parece ser el más apropiado para construir esta visión compartida. Como país y planeta enfrentamos una amenaza común: el COVID- 19, una pandemia que nos ha obligado a tomar decisiones acordes con la emergencia y con resultados inciertos, dada la propia incertidumbre que el comportamiento del virus SARS-CoV-2 genera. Lo que es seguro es que las consecuencias económicas, que sobrepasarán el tiempo de nuestro bicentenario, no serán positivas y que cualquier recuperación no será posible antes del 2022. Sin embargo, no cabe lamentarnos sino asumir la situación como una lección para el futuro y como una oportunidad para promover y generar el consenso que una visión común demanda. ¿Cuánto podemos definir nuestro futuro entendiendo su origen y cómo podemos enfrentar la recuperación?

No hay duda del origen zoonótico de la pandemia y el hecho de que esta forma parte de una dolorosa secuencia de epidemias del mismo origen, como el síndrome respiratorio agudo SARS-CoV o el síndrome respiratorio de oriente medio MERS-CoV. Estas derivan de diversos factores, dentro de los que podemos mencionar el acelerado proceso de degradación ambiental y pérdida de naturaleza, ecosistemas y hábitats; el cambio climático, el comercio y consumo de especies de fauna silvestre y las condiciones de insalubridad en componentes ambientales como agua y aire. No enfrentar estos factores causales nos condenará a repetir continuamente esta penosa experiencia, por lo que no pueden dejar de ser considerados para definir una visión compartida.

Desde hace casi tres décadas creemos que nuestra visión de país debe estar enfocada en la competitividad y productividad, lo cual se expresa en nuestro Plan Nacional de Competitividad y Productividad 2019-2030. Sin embargo, nos olvidamos de la sostenibilidad como elemento central de esa visión. Si bien el referido plan incorpora la Sostenibilidad Ambiental en el Objetivo Prioritario 9, este se reduce a la identificación de hitos en materia de residuos sólidos, dejando de lado metas tan necesarias como el camino a la descarbonización y la resiliencia. Esto no es gratuito.

A lo largo de nuestra historia republicana reciente hemos considerado lo ambiental como marginal al desarrollo y hemos subordinado su importancia a una visión limitada y equivocada de la competitividad, sin siquiera considerar en su integridad las recomendaciones de la Evaluación de Desempeño Ambiental Perú formuladas por CEPAL/OCDE. Además, el país se encuentra muy alejado de la tendencia global hacia “acuerdos verdes” o la transición económica y ecológica derivada del Acuerdo de París, y más lejos todavía del “enverdecimiento” de los planes de estímulo fiscal o de recuperación económica pospandemia.

“ Elementos de interculturalidad, inclusión y cohesión social en la diversidad son necesarios para construir nuestra visión compartida porque nos reunirán alrededor del concepto ‘Perú como nación’. Desprendámonos de nuestros propios intereses y recordemos que el país que queremos trasciende, felizmente, nuestra propia temporalidad ”

Vayamos por partes e intentemos aportar con elementos para la visión compartida. El Acuerdo de París nos planteó umbrales y objetivos claros que la ciencia se ocupó de precisar. Descarbonización hacia una economía de “emisiones netas cero”, resiliencia y un umbral a no sobrepasar en el incremento de la temperatura durante el presente siglo (1.5° Celsius). El Panel Intergubernamental del Cambio Climático (IPCC) lo complementa proponiendo la ruta de cuatro transiciones “rápidas y de gran alcance” a proseguir: energía e industria, cambio de uso de la tierra, transporte, ciudades y edificaciones. Ahí es donde nuestro plan de competitividad y la visión país queda muy lejos.

Se alegrará, como continuamente se hace, que estas propuestas son para países del norte con economías sólidas y no en desarrollo, más aun ahora que están afectadas por la crisis económica que la pandemia conlleva. Nada más alejado de la realidad. “La economía, estúpido”, esa famosa frase creada en la campaña electoral para la presidencia de los Estados Unidos en 1992, es la mejor respuesta frente a dicha falacia.

Una nueva economía del clima está en pleno desarrollo y a esta realidad se enfrentará el Perú en el futuro próximo. Cambios en la matriz energética e incorporación creciente de energías renovables no convencionales, eficiencia energética, cadenas de valor sostenible, transición justa, manejo sostenible de la diversidad biológica, electrificación de la economía, reducción de la huella de carbono, ciudades sostenibles y planes a largo plazo hacia economías de “emisiones neta cero” son tan solo algunos de los componentes de esta nueva visión reflejados en nuevos planes de futuro como el Acuerdo Verde europeo o en el discurso de líderes globales. De eso es lo que carecemos, de un camino bien trazado al 2050, tal como han hecho algunos países de la región.

No reconocer esta realidad implicará quedar fuera de la nueva economía global, una en la que exportaciones con alto contenido de carbono serán por lo menos limitadas, si es que no son rechazadas. Estas medidas deben formar parte de los paquetes de estímulo fiscal, tal como lo señaló el secretario general de las Naciones Unidas en ocasión del Día de la Tierra 2020 en tiempos de pandemia: transición y empleo verde, soluciones sostenibles, enfrentar riesgos climáticos y cooperación, “invirtiendo en futuro y no en pasado”.

Cabe agregar el objetivo de “resiliencia”, determinado por nuestras altas condiciones de vulnerabilidad al cambio climático y sus eventos. Este demanda una clara identificación de nuestras propias limitaciones materiales para revertirla, lo cual implica una real gestión de riesgo de desastres y, sobre todo, reconocer que la realidad climática de consecuencias dinámicas y cambiantes necesita una economía organizada, estricta y a la vez flexible para enfrentar el reto. Un país que depende de actividades económicas potencialmente afectables por el clima como la pesca y la agricultura, con una alta población involucrada en ellas, requiere una cuidadosa atención en la construcción de nuestra visión de futuro.

Todo esto se relaciona con la otra variable del desarrollo: la naturaleza y su necesaria conexión con decisiones económicas y políticas. El mundo viene enfrentando con poco éxito un creciente proceso de deterioro de las condiciones naturales que sustentan la vida del planeta. Pérdida de especies, degradación de ecosistemas y hábitats y reducción de los espacios naturales son procesos vigentes que ni la existencia de acuerdos internacionales para prevenirlos o revertirlos ha podido detener. El Perú, país reconocido por su megadiversidad, no escapa de esta realidad.

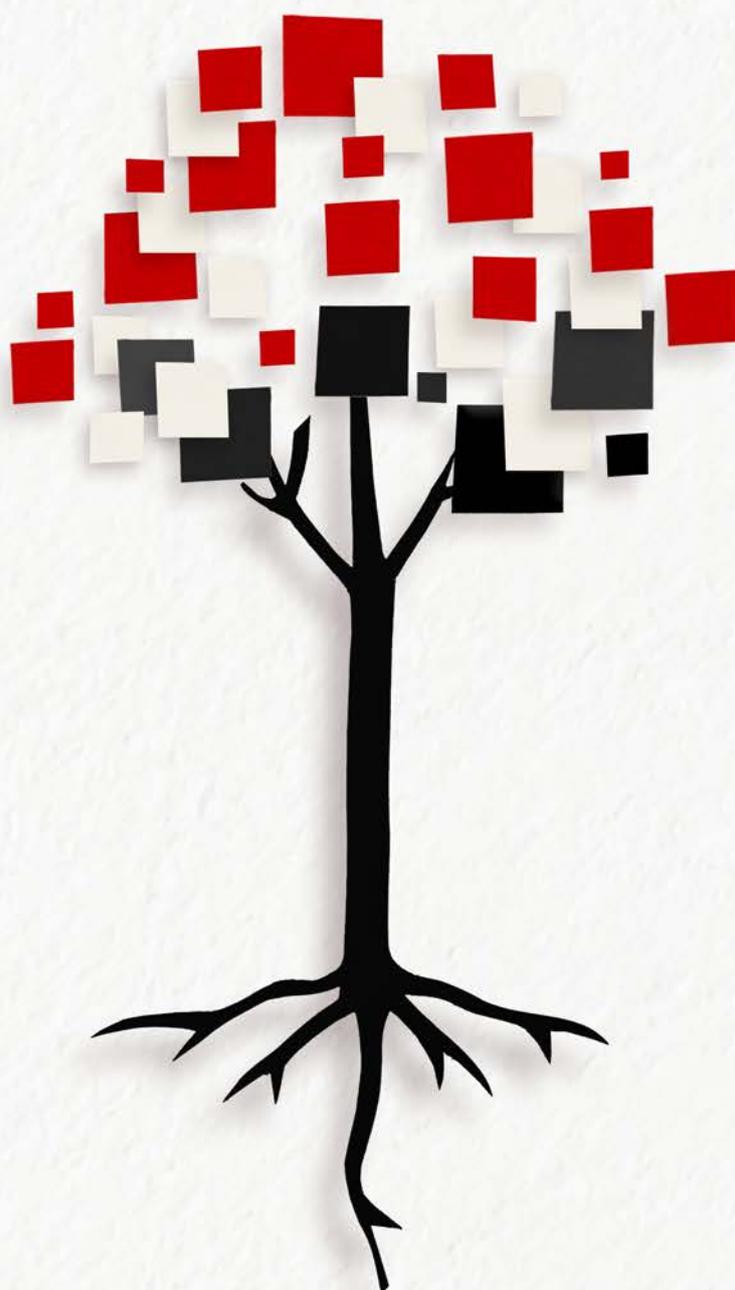
En tiempos en los que se discute el denominado Marco Global de Biodiversidad Post-2020, el liderazgo del Perú, hoy ausente, debe

fortalecerse y reflejarse en acciones concretas. Reconozcamos que nuestro mayor nivel de emisiones de gases de efecto invernadero proviene de la deforestación y cambio de uso del suelo y que nuestros esfuerzos por revertirlos no han sido exitosos. Sobrepasamos los límites de la naturaleza con nuestros patrones de producción y consumo. Así, un nuevo acuerdo por la naturaleza y las personas empieza a resonar como una respuesta global y nuestro país debe ser parte del mismo.

Elementos de interculturalidad, inclusión y cohesión social en la diversidad son necesarios para construir nuestra visión compartida porque nos reunirán alrededor del concepto “Perú como nación”. Demos inicio a este proceso sin retraso ni excusas. Desprendámonos de nuestros propios y particulares intereses y recordemos que el país que queremos trasciende, felizmente, nuestra propia temporalidad. Quizás así entendamos la urgencia de la tarea que está en nuestras manos.

# EL ARTE DE TRANSFORMARNOS

*Eduardo Tokesli*



Cuando la patria cumplió 150 años en 1971, toda la escuela tuvo que aprenderse todas las estrofas del Himno Nacional. Ese 27 de julio, uno de los alumnos se desmayó por el esfuerzo memorístico y otro se hizo en los pantalones. Era el país de Velasco y en esos años un profesor trajo un frasco lleno de un espeso líquido negro. “Es petróleo”, nos dijo, añadiendo que el país se había vuelto rico. Hasta hoy recuerdo los nombres Aucayacu y Pavayacu.

Cincuenta años atrás, seguíamos siendo inocentes.

¿Cuánto dura ser peruano?

¿Los 3:30 minutos del Contigo Perú?

¿Los 25 minutos que nos demoramos en comer un cebiche?

¿Los angustiantes 90 minutos de un partido clasificatorio?

¿El fugaz *selfie* frente al Huayna Picchu luego de una cola de dos horas?

¿Cuánto tiempo nos dura la peruanidad?

¿Sesenta días encerrado en casa tratando de no contagiarnos?

Durante la cuarentena pensaba en la palabra unidad nacional y en la paradoja del distanciamiento social. Separados para estar unidos. Así nos espera el bicentenario, una conmemoración que también nos encontrará con miedos e incertidumbres. Pero aceptemos la realidad: ¿cuándo no ha existido el miedo, la incertidumbre y el abismo?

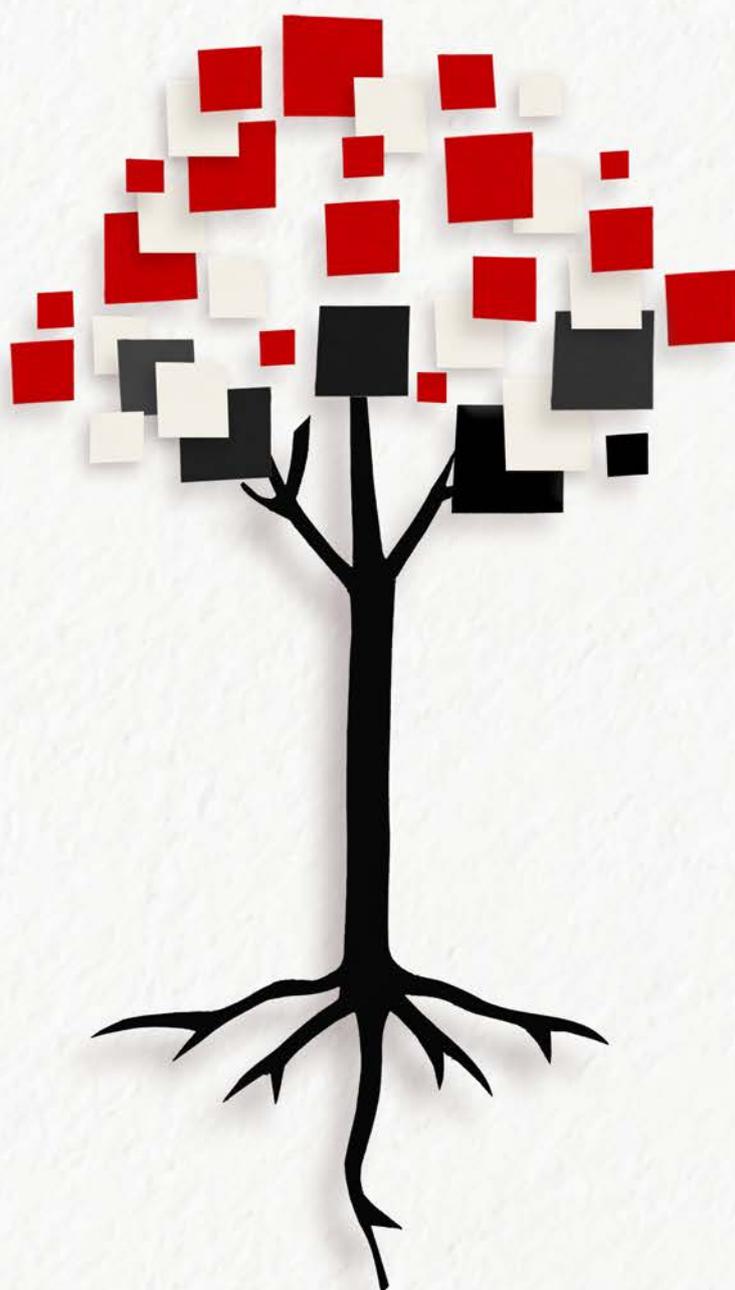
“ Tal vez, como dicen,  
nada será igual y tendremos  
que reinventarnos. Sin embargo,  
¿no es retórico decir esto en mi  
gremio de artistas? ¿Acaso no  
nos reinventamos todos los días y  
nos transformamos diariamente  
buscando el asombro y  
la maravilla? ”

Tal vez, como dicen, nada será igual y tendremos que reinventarnos. Sin embargo, ¿no es retórico decir esto en mi gremio de artistas? ¿Acaso no nos reinventamos todos los días y nos transformamos diariamente buscando el asombro y la maravilla? Llegaremos al bicentenario con más retos que nunca y tengo la esperanza de que todo será desafiante, porque si algo no representa un desafío ¿para qué lo enfrentamos?

Nos espera una fecha importante que no debería ser efímera, llena de gestos ni saludos a la bandera. Ser peruanos va más allá de gritar un gol o defender que el pisco nos pertenece. Hagamos un proyecto del país, unámonos de verdad y seamos peruanos. Pero seámoslo siempre.

# DOSCIENTOS AÑOS A TRAVÉS DE CUARENTA DÍAS: CÓMO AFIRMAR NUESTRA CONSISTENCIA SOCIAL

*Guillermo Ingent*



El tiempo lineal, probablemente una de las ilusiones más eficaces de la mente humana para simplificar la innumerable multitud de acontecimientos en los que nos movemos, permite momentos tanto de celebración como de alerta. Así nos encontramos, entre el bicentenario y la cuarentena.

Los aniversarios, ante todo, son celebraciones previsibles: los cumpleaños, las bodas, las fundaciones, los momentos decisivos en general, tanto de creación como de pérdida. Cualquier momento considerado único, de una singularidad valiosa, genera aniversarios. Salvo que haya un descuido de la memoria estos no irrumpen, más bien son objeto de alguna ceremonia celebratoria o de pesar. Si hay algo anticipable, casi por definición, son los aniversarios.

Hay otro tipo de tiempo, aquel que justamente sirve para señalar su interrupción lineal. Los accidentes, los atentados contra la vida de alguien o de una colectividad y una de las formas de emergencia más antiguas de interrupción del tiempo: la cuarentena. A diferencia de los accidentes y atentados que pueden producir espanto o terror súbito, instantáneo, la cuarentena tiene como principal rasgo definitorio el aislamiento, la suspensión de la vida social que era normal hasta el día anterior. Eso, entre otros aspectos, nos hace muy sensibles al tiempo, ya no en términos de una historia lejana sino de un "antes". ¿Cómo era la normalidad social "antes" de la cuarentena? El futuro también adquiere una tonalidad singular, ajeno a cualquier sentido de progreso: ¿podremos volver a esa normalidad?

Hasta antes del 15 de marzo del 2020 pensábamos en un gran arco temporal, entre la proclamación de la independencia en 1821 y las celebraciones del próximo año. Henos aquí, de pronto, físicamente encerrados en un rango que parece diminuto, cuarenta días y algunas semanas más. Esto nos enseña que la dimensión del tiempo es muy maleable, pues se adapta a las necesidades de

cada circunstancia. Ahora nos encontramos ante la muy curiosa situación de tener que preparar una mirada de doscientos años desde el muy estrecho margen de una cuarentena. El tiempo se ha comprimido en estas semanas y ha ganado una densidad extraordinaria para reconocer aspectos básicos de nuestra convivencia en el sentido más práctico e inmediato. ¿Cuál es la distancia que debemos mantener con los demás? Es una pregunta en la que se funden la dimensión espacial y las reglas sociales de diferenciación. El cuidado personal, el más inmediatamente corporal, se ha vuelto parte de un esfuerzo colectivo para protegernos de una pandemia.

Hay un aspecto en esta atmósfera de la cuarentena que puede ser muy útil para pensar el bicentenario desde otra perspectiva: casi nadie considera seriamente que se pueda volver a la “normalidad de antes”. Desde estos días, con la pandemia a cuestas, es tal vez recomendable que encaremos qué cosas, qué hábitos, qué modos de ejercer la autoridad ya no tienen que seguir siendo parte de “la normalidad”. Hay aspectos de nuestra realidad histórica que tendríamos que revisar drásticamente: el primero son las formas tan arraigadas de reproducción y consolidación de la desigualdad, generación tras generación. Desde este tiempo comprimido, el panorama histórico también se puede entender de otra manera, más atento a las “nuevas normalidades” que esperamos en el futuro. Lo propio de la cuarentena es que, de cierto modo, nos obliga a ver el tiempo a través de cortes y de drásticas separaciones, tanto en la sucesión temporal de los antes y después como de la separación en el contacto individual.

Se puede relativizar todo, excepto el momento, la circunstancia desde la que se escribe. Nunca se me había ocurrido juntar estas dos clasificaciones temporales: la cuarentena y el bicentenario. Sin embargo, en eso estamos, entre un periodo muy estrecho y otro muy amplio.

En la narración histórica siempre buscamos modelos para seguir y también para evitar. Eso lo aprendemos desde que, en la infancia, escuchamos historias de nuestros padres cuando eran jóvenes, de los hermanos mayores o de los abuelos y bisabuelos que no llegamos a conocer. Queremos ser como ellos o, por el contrario, evitar sus defectos. Y si la realidad familiar nos desagrade, hasta inventamos una especie de relato alternativo. Si el producto de aquellos relatos nos entusiasma, entonces nos sentimos llamados, “convocados”, que de eso se trata la vocación. Si, por el contrario, esos relatos nos producen indiferencia o rechazo de una manera casi natural, quedarán relegados a una forma de olvido.

Lo que quiero decir es que cuando nos encontramos ante el relato historiográfico, la narración de quienes escriben sobre las formas y acciones del pasado, ya hemos atravesado por la experiencia de identificarnos con alguien, de seguir ejemplos o rechazarlos. La paradoja es que esas experiencias de constitución de las identidades individuales y de grupos familiares son parte de una narración histórica más amplia: la sociedad en la que se nació, los recuerdos de los progenitores y las memorias de lo que significa ser parte de cierta comunidad.

Nuestros primeros héroes, los seres ejemplares, suelen ser personas que no aparecen en los libros de historia, pero es con ellos con quienes aprendemos los sentimientos de admiración, de fascinación, de miedo y de rechazo. Son parte del mundo familiar, consanguíneo o no, de la gente del barrio que muy pronto transformamos en personajes. A medida que crecemos adquirimos la extraña creencia de identificar nuestra condición de pequeñez física con la pequeñez de nuestros recuerdos, cosas mínimas que ni siquiera valdría la pena recordar. Creemos que todo lo que está “lejos” de nuestro presente es de una importancia apenas distinguible.

“ La formación de voluntades colectivas es la cuestión que aparece con más pertinencia desde este horizonte de cuarentena a escala planetaria. Es un terreno diferente a los usuales temas de identidad nacional o a la consideración del pasado como una pérdida irreparable. Se pueden rastrear aspectos morales más persistentes, como la presencia de una determinada ética de la convivencia, pero aquí se trata de otra cosa, de una urgencia del presente ”

De cierta manera, el confinamiento de la cuarentena vuelca la atención en acciones pequeñas y cotidianas. En las conversaciones nos ocupamos de situaciones domésticas que no suelen ser un tema válido en situaciones “normales”, desde preguntarnos cómo eran los órdenes domésticos en los comienzos de la república hasta cómo eran los personajes encargados de la limpieza pública, de la administración de los hospitales, de los cementerios. Hay una historia confinada, la de aquellos que parecían de muy poca importancia para estar en el escenario público.

¿Cómo entender nuestra historia desde las calles vacías? Esa es una pregunta muy contemporánea en distintas partes del planeta. Sobre todo cuando más de la mitad de la humanidad vive en ciudades. En el Perú, las tres cuartas partes de la población vivimos en áreas urbanas, en calles donde ahora la normalidad es que estén vacías. Incluso, hemos llegado a la situación de presentar como algo denunciante imágenes de personas y grupos en los espacios públicos.

Por decirlo de alguna forma, la dimensión pública se ha “espiritualizado” y se ha despojado de la carne. En el mejor de los casos, los acontecimientos públicos consisten en imágenes bidimensionales: las sesiones del Congreso tienen lugar en espacios desiertos, cada parlamentario comunicándose por una pantalla desde su casa. Incluso, espacios clásicos de socialización como las escuelas, donde se descubren los compañeros de clase y -más importante todavía- los compañeros de juego en el recreo, han desaparecido. Las clases se pueden “espiritualizar”, pero el espacio de encuentro del recreo y de socialización libre no lo reemplaza ni el más sofisticado de los videojuegos. Otras ceremonias, como otorgar grados académicos luego de una sustentación de tesis, también son acontecimientos a través de pantallas.

Además del encierro está la incertidumbre. Generalmente, esta se ubica en un lugar que solemos poner a una prudente distancia en el futuro. En algunos momentos sombríos del siglo XX se llegó a afirmar que la única seguridad disponible era la finitud, el ser para la muerte. La incertidumbre, pues, quedaba en el terreno de lo difuso. Hemos conocido colectivamente otras incertidumbres en décadas no muy lejanas: la hiperinflación, tan devastadora en las ciudades, y los años del terror de la violencia política, tan devastadores en el campo.

Siempre queda ese extraño consuelo peruano de apelar a la condición periférica, de creer que se trata de una incertidumbre o zozobra "local". Como si algo "que nos pasa solo a nosotros" hiciera las tragedias más leves o las creaciones despojadas de intensidad. No hemos sido suficientemente etnocéntricos. Siempre nos imaginamos como infinitamente pequeños, creyendo que así quedamos dispensados de nuestras responsabilidades, ya sea porque no somos como "ellos", los universales, o porque "ellos" no nos dejan ser. Pero esos obstáculos usuales para el razonamiento ahora no son vigentes. La incertidumbre en la que estamos por estos días no es por ser una nación inconclusa, adolescente, imperecedera promesa o lo que se quiera. Ocurre que el planeta entero comparte esa condición incierta. Nuestros desasosiegos, por alguna vez, resultan ser "universales". Eso sí es un aspecto novedoso en la manera de entendernos. No estamos "en el atraso". Sin atenuantes ni agravantes. Casi podría decirse que no sabemos cómo desenvolvernos en un escenario tan inusual. Ni la timidez del presente, ni la arrogancia de pasados gloriosos. Esta cuarentena ha colocado a la historia planetaria bajo un mismo reloj.

¿Qué revela esta situación? Existen los aspectos obvios, tratándose de una pandemia: la importancia crucial de la investigación científica para la vida colectiva y un sistema educativo apropiado que sea su necesario soporte, así como un sistema de salud bueno para situaciones normales y rápidamente adaptable a situaciones

de catástrofe. Me permito tener un marcado escepticismo respecto a que algo así vaya a suceder en un futuro inmediato.

La razón es que en la actual cuarentena se ha puesto a prueba lo que llamaría la “consistencia de los sistemas sociales”. Gruesamente, los países que en tiempos previos a la pandemia fueron los más hostiles a la migración, a la incorporación de gente inicialmente extraña a un orden normal de cosas, han sido los más devastados por la pandemia: Estados Unidos, Gran Bretaña (la del Brexit) e Italia en claro contraste con Alemania, que permitió la migración de refugiados sirios y ha tenido buenos resultados ante esta crisis. Aparte de esta situación especialmente llamativa, los mejores resultados han tenido lugar en países con regímenes políticos de muy distinta orientación: Taiwán y Corea del Sur, dos íconos del anticomunismo de la guerra fría, pero también Vietnam. De hecho, los dos países más poblados del planeta, China e India, han tenido una cantidad de víctimas fatales menores. Lo que aparentemente se ha puesto en juego en estos meses recientes es el grado de cohesión de las sociedades, la capacidad de crear voluntades colectivas.

Este rasgo, el de la formación de voluntades colectivas, es la cuestión que aparece con más pertinencia desde este horizonte de cuarentena a escala planetaria. Es un terreno diferente a los usuales temas de identidad nacional o a la consideración del pasado como una pérdida irreparable. Es cierto que se pueden rastrear aspectos morales más persistentes, como la presencia de una determinada ética de la convivencia. Pero aquí se trata de otra cosa, de una urgencia del presente. En varios casos, como en el Perú, se ha echado mano de un vocabulario de la guerra para describir esta situación de peligro extremo con todas las amenazas que esta supone. Es una figura inapropiada, en mi opinión, porque la voluntad colectiva a la que me refiero no tiene como motor principal la enemistad sino la confianza, tanto en las autoridades como en el otro. Se trata de un sentimiento dinámico

que fusiona, en una tarea común y con un vocabulario no menos común, una manera extrema de afirmar la ciudadanía. En estos momentos estamos descubriendo otras formas de vivir juntos, de compartir tareas comunes. Sucede de este modo porque estamos en medio de una cuarentena y tratamos de evitar el contagio que literalmente surge de una relación social tóxica y, a la vez, de promover un sentido del cuidado propio y de los demás.

Pasada la cuarentena, de este tiempo extra-ordinario podremos salir más juntos o más separados. Eso ya depende de los tiempos ordinarios venideros, si llevarán el sello de la cercanía ciudadana y del cuidado mutuo o de esa lejanía elitista que empequeñece a los demás y que tanto ha marcado nuestra historia republicana. Todo parece indicar que llegaremos a una singular figura del bicentenario poscuarentena, recordando esos doscientos años a partir de lo que hemos aprendido en estas pocas semanas urgentes: cultivar una voluntad colectiva para afirmar nuestra consistencia social.

# ¿COVID-19 VS. BICENTENARIO?

*Cecilia Bákula*



no es una novedad que el tema del bicentenario es, desde hace mucho tiempo, una preocupación que no ha dejado de estar presente en mi reflexión y en mi acción. Sin embargo, las condiciones a las que nos somete esta pandemia nos obligan a mirar la realidad del año 2021 y los actos que pudieran estar preparándose para conmemorar la proclamación de la independencia de una manera diferente, quizá con una perspectiva de mayor alcance pero siempre con una visión creativa y, por qué no, imaginativa.

Desde mi perspectiva, antes de que el coronavirus irrumpiera en nuestras vidas (o arrasara con ellas) a nivel nacional y personal, ya tenía la sensación de que el 2021 nos llegaba con demasiada prisa y que no teníamos a la mano nada hecho ni concreto. Me percaté de que hay una Comisión Nacional del Bicentenario que, si bien existe desde hace ya un par de años y tiene una programación amplia, inclusiva y diversa, creo que no podrá concluir con la implementación de todas sus actividades, máxime porque la difusión de la misma debe ser mucho mayor o porque, hasta ahora, pareciera que la gran población no toma conciencia de que conmemorar un hecho de esa magnitud –que, quiérase o no, implica el acta de nacimiento de nuestra realidad política- es un momento de recuerdo y de reflexión.

Muchas ideas, muchos sueños, muchas propuestas, pero las manos vacías. Es posible que me equivoque en mi percepción, pero son contadas con los dedos de esas manos las entidades, públicas o privadas, que han mostrado planes reales, practicables y realistas de acciones destinadas a celebrar, recordar o conmemorar una fecha realmente simbólica. Tanto es así que hechos y circunstancias anteriores al año 1821 que debieron ser conmemorados y resaltados no solo por su valor para el desarrollo de las acciones que llevaron a la proclamación de la independencia sino porque significaban la participación importante de las

provincias, se obviaron y/o pasaron casi inadvertidas. Eso no conduce a la integración del sentido de nación ni permite superar el centralismo que afecta en todo orden de cosas.

Mi lectura es que no se ha entendido realmente que los hechos se eslabonan. Pareciera que se esperaba “recordar, conmemorar o festejar” un episodio acontecido en Lima y ello implicaría no asumir la hermosa e importante participación de grupos no limeños que aportaron y creyeron, también, en la necesidad de la independencia. Siento que esa indiferencia significaría empobrecer la urgente construcción y fortalecimiento del “nosotros colectivo” que tanto necesitamos. Dejar de incluir en el proceso de recuerdo y/o conmemoración los hechos y aportes provincianos es de una ceguera preocupante.

Quizá esa carencia de propuestas coordinadas, conocidas y posibles que me parece percibir refleje, de alguna manera, el ánimo del peruano que tiende a ser poco festivo a nivel cívico en los últimos años y menos comprometido con fechas simbólicas. Por lo tanto, no parece tener mucho interés en los hechos de nuestra historia, que no solo le resultan lejanos en el tiempo sino ajenos, pues hace muchos años que la historia nacional dejó de ser una materia central en el proceso educativo de nuestro país, en el anecdotario familiar y en las conversaciones habituales. Si a ello le agregamos la penosa situación a la que el COVID-19 nos viene arrastrando, sin una reacción del gobierno altamente eficiente y efectiva, no veo la posibilidad de tornar la atención ciudadana a un recuerdo histórico de aquí a 14 meses.

Sin embargo, las fechas llegan y debemos destacarlas porque son necesarias para la toma de conciencia de la propia historia y porque son una herramienta indispensable para desarrollar el sentido de pertenencia de quienes integran una colectividad, una sociedad, una nación que se forjó con el esfuerzo de muchos y que surge como respuesta a sueños y necesidades no tan distantes

en el tiempo. Finalmente, 200 años son pocos frente a nuestro pasado milenario y solo refejan la juventud de un país en el que aún hay mucho por hacer y muchas posibilidades de hacerlo cada vez mejor.

Frente a esa realidad, la celebración o conmemoración -como se desee llamar- del bicentenario el 28 de julio del próximo año se me presenta como una propuesta que debería ser evaluada serena y responsablemente. Sin dejar de hacer algún acto recordatorio, es urgente trabajar para celebrar con pundonor y alegría la hermosa gesta del año 1824 que comenzó en Junín y concluyó en Ayacucho con una acción militar, estratégica y viril que consolidó la independencia de América.

El Perú puede y debe enarbolar esa victoria a nivel hispanoamericano, ya que con ella se adquirió para y desde nuestra patria -y con consecuencias positivas para todo el continente- el sello victorioso de la libertad. Hacerlo significaría que, sin dejar de recordar la efeméride del 2021, optemos por trabajar en la reflexión, difusión, estudio y conmemoración no solo del acto político de la proclamación sino, de manera especialísima, de esa heroica gesta que tanta importancia tuvo para América.

El Perú tiene, entonces, una oportunidad magnífica de elevarse entre todos los países de la región, pues la libertad definitiva se gestó en nuestro territorio. A aquellos que piensan que hubo apatía criolla o una débil respuesta a las acciones independistas que venían como propuesta necesaria desde el extranjero, podemos demostrarles con humildad histórica que fue en las alturas de Junín y de Ayacucho, principalmente, donde se selló el capítulo de la dominación extranjera y que ese cierre fue un logro que nos benefició a todos.

“ A aquellos que piensan que hubo apatía criolla o una débil respuesta a las acciones independistas que venían desde el extranjero podemos demostrarles, con humildad histórica, que fue en las alturas de Junín y de Ayacucho donde se selló el capítulo de la dominación extranjera y que ese cierre fue un logro que nos benefició a todos ”

Así como no podemos dejar de reconocer el carácter de San Martín y el aporte humano y militar que llegó del sur, o la genialidad de Bolívar en su empeño por construir la gran nación americana y la estratégica gesta de los combates de 1824, tampoco podemos dejar de resaltar la presencia peruana en esos campos andinos en los que se consiguió la firma de la paz. Sin triunfalismos ni soberbia, pero sí con orgullo nacional, Ayacucho es un aporte del Perú al mundo y un momento que, sin duda, debería tener más relevancia que la propia proclamación capitalina de la independencia que, sin desmerecerla, hubiera sido imposible sin la acción militar.

En la situación actual de pandemia, que no vamos a superar en los próximos meses o años, optemos por luchar y tener éxito en las grandes causas, como son el bienestar de la población, la seguridad ciudadana, la reactivación económica, el fortalecimiento de la institucionalidad, la erradicación de la informalidad y la transferencia de poder el 28 de julio del 2021. Conseguirlo implica madurez, continuidad democrática y, sobre todo, respeto constitucional.

Al margen de todo ello, pienso que se deberán replantear o minimizar las propuestas que se pudieran estar planeando para el bicentenario y hacerlo con miras a una celebración en diciembre del 2024. Una celebración feliz e integradora que pueda convocar a todos aquellos Estados, hijos de Ayacucho, para relieves nuestros orígenes políticos hermanados y construir, en conjunto, el ansiado futuro de justicia y progreso para nuestros pueblos.

El Perú requiere de un sello de esperanza e ilusión por un futuro mejor. Ayacucho aporta todos los elementos para afianzar identidad, orgullo, valentía y eficacia en la acción.

# NARRATIVA DE ACERCAMIENTO REGIONAL

*Martín Tanaka*



Cumplir doscientos años como república invita a hacer balance del camino recorrido y a indagar sobre nuestra historia, pero la efeméride también está fuertemente marcada por la coyuntura inmediata. Otros países, a diferencia del nuestro, eligieron tomar como referencia el inicio del proceso de emancipación, por lo que celebraron sus bicentenarios alrededor del 2010.

Así, el 2010 en Argentina, durante el gobierno de Cristina Fernández, ese país vivía con entusiasmo un nuevo ciclo peronista, que se presentaba a sí mismo como la culminación de una tradición emancipadora que entroncaba con la constitución de la república. Esto le dio al bicentenario una gran importancia política, y un ánimo festivo y celebratorio. Un año antes, Evo Morales en Bolivia también gozaba de una amplia popularidad, acababa de aprobar una nueva Constitución y manejaba un discurso refundacional, reivindicando a sus pueblos originarios.

En esta narrativa, el bicentenario aparecía como un hito menor, en el marco de un ciclo de 500 años de “saqueo permanente”.

En el 2010, Álvaro Uribe terminaba su mandato en Colombia con gran aprobación popular, pero dado su discurso pragmático, populista y antisistema no tenía una tradición o herencia histórica que reivindicar, por lo que las celebraciones del bicentenario no tuvieron tampoco mayor trascendencia. Por el contrario, en México, con el gobierno de Felipe Calderón, del Partido Acción Nacional, si bien había incentivos para que el gobierno impulsara una narrativa alternativa a la del nacionalismo revolucionario priísta, el contexto del país, azotado por la guerra contra el narcotráfico, un mediocre crecimiento económico y diversos escándalos de corrupción, hicieron que primara entre la población un discurso derrotista en el que “no había nada que celebrar”, lo que hizo que las celebraciones estuvieran envueltas en duras controversias.

“¿Qué coordenadas básicas debería tener la narrativa que necesitamos y que dé mejor cuenta de nuestra trayectoria? Una que reconozca que, en medio de nuestras muchas diferencias y conflictos, hemos identificado un terreno común de disputa, a través del Estado, y que en ese camino hemos fraguado, con todas sus limitaciones, un proyecto de nación”

Perú llega al 2021 abrumado por los devastadores efectos de una pandemia, con un gobierno extremadamente débil, unas elecciones y un cambio de gobierno con actores precarios y un resultado incierto. En medio de la pesadumbre, sin embargo, estamos siendo capaces de reconocer que la tragedia ha hecho elocuente nuestra precariedad, nuestras desigualdades, nuestra desidia. Su profundidad ha generado la consciencia de la necesidad de implementar las reformas, los cambios necesarios para no pasar nuevamente por una situación como esta, de gestar los acuerdos para dar lugar a un nuevo pacto social.

La tarea de gestar un gran acuerdo político por una república más incluyente, más justa y más solidaria será el gran desafío que nos toca enfrentar como generación. En la coyuntura del bicentenario también corresponde reflexionar sobre nuestra trayectoria como país, de manera autocrítica y descarnada, pero evitando narrativas derrotistas y catastrofistas. El resultado de ese autoexamen constituirá la hoja de ruta para el futuro. Ya quedó atrás la narrativa triunfalista, propia de los años del *boom* de crecimiento, según la cual para el Perú aparecía a la mano el salto a una economía de ingresos altos, en la que los problemas de integración social se disolverían por sí mismos. En el otro extremo, desde algunos discursos supuestamente críticos (en realidad muy perezosos), se evalúa nuestro desempeño histórico con estándares que ningún otro país del mundo pasaría, y desde ese parámetro se concluye nuestro “fracaso” como república. De ese diagnóstico se desprende que lo que corresponde es “incendiar la pradera”, lo cual nos llevaría a dilapidar el enorme esfuerzo y lo avanzado como país en las últimas décadas, así como nuestro rico patrimonio histórico.

¿Qué coordenadas básicas debería tener la narrativa que necesitamos y que dé mejor cuenta de nuestra trayectoria? Una que reconozca que, en medio de nuestras muchas diferencias y conflictos, hemos identificado un terreno común de disputa, a

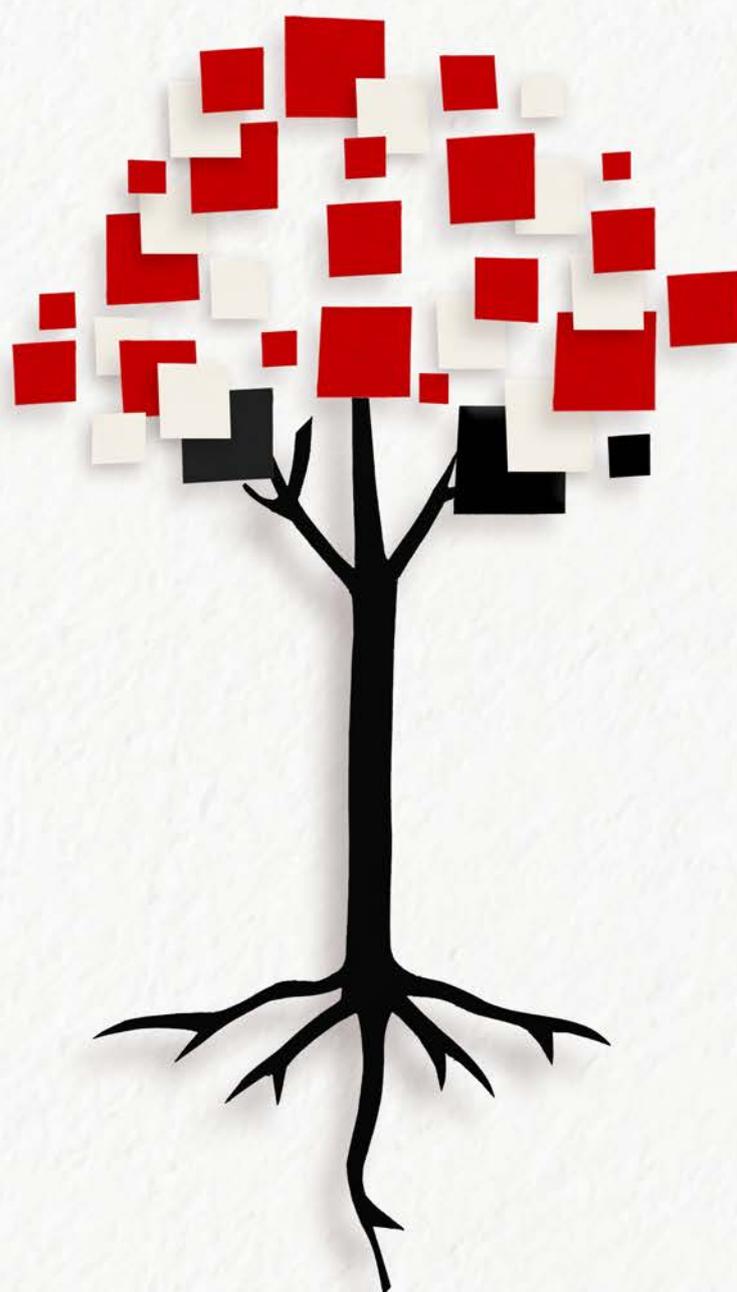
través del Estado, y que en ese camino hemos fraguado, con todas sus limitaciones, un proyecto de nación. Uno construido conflictiva y azarosamente a lo largo de la historia, que ha dado lugar a una identidad nacional que solo será viable si es verdaderamente incluyente, un mestizaje que valore y se nutra de nuestras diferentes tradiciones culturales sin discriminar o subordinar a ninguna. Un proyecto resultado de un pasado compartido y de una aspiración de vida en común hacia el futuro; de una trayectoria en la que a lo largo del tiempo los peruanos, desde muy diferentes raíces y tradiciones, nos hemos encontrado y desencontrado. Resultamos de ese tránsito entre costa, sierra y selva, entre lo rural y lo urbano, entre nuestra base indígena y el aporte europeo, africano, asiático y el de nuestros vecinos más cercanos.

Una narrativa que reconozca que nos ha tocado a lo largo de nuestra historia una senda complicada, retos muy propios de un país grande, antiguo y heterogéneo, pero sorprendentemente similar a la de nuestros vecinos. Que establezca que compartimos con Latinoamérica una historia y un destino común, por lo que nuestra reivindicación nacional es parte de la reivindicación de una identidad regional más grande. Debemos levantar un patriotismo no para diferenciarnos y oponernos a nuestros vecinos, sino para aportar algo propio y original a ese gran proyecto común.

Dependerá de todos -las élites políticas, económicas, sociales y la ciudadanía en general- avanzar en esa dirección. En medio de la tragedia, tenemos como generación una gran oportunidad para dar un gran paso adelante. Los sacrificios y logros de nuestros últimos años hacen posible pensar en esa posibilidad; estamos en mejor pie que después de otras grandes crisis en otros momentos de nuestra historia. Recordando al maestro Basadre, *“toda la clave del futuro está allí: que el Perú escape del peligro de no ser sino una charca, de volverse un páramo o de convertirse en una gigantesca fogata. Que el Perú no se pierda por la obra o inacción de los peruanos”*.

# IGUALDAD DIGITAL

*Sofía Macher*



Escribir en el medio de la tormenta, tratando de ver qué pasará mañana cuando esta amaine, es una tarea muy difícil. Todavía estamos ante la urgencia de evitar que la pandemia siga llevándose vidas. El dolor de todas las familias que han perdido un pariente es un dolor muy fuerte, que nos duele a todos. De manera particular, pienso en todo el personal de salud: médicos, enfermeras y técnicos que han perdido la vida por el COVID-19.

Aunque parezca una eternidad, solo hace unas semanas teníamos un amplio consenso sobre la agenda pública: la lucha contra la corrupción, enfocada en la reforma del sistema de justicia; y la reforma política. Lograrlas parecía un objetivo alcanzable para el próximo año. Por supuesto, siguen siendo ineludibles, pero hoy estamos confrontados con un nuevo contexto: la pandemia ha puesto de manifiesto la gran debilidad estatal a la que estamos expuestos y ha colocado en el centro del interés público la urgencia de lograr consensos para reformar (al menos) nuestro sistema de salud y la educación pública. Dos reformas críticas para nuestras vidas y para enfrentar la profunda inequidad de nuestra sociedad.

Poniéndonos en modo bicentenario, podemos decir que se trata de inequidades presentes desde la creación de nuestra república y que 199 años han sido insuficientes para lograr los postulados de su creación: una república de ciudadanos iguales en dignidad y derechos. La pandemia nos está mostrando en su plenitud la promesa incumplida, pero también ha evidenciado con claridad desafíos impostergables.

En poco tiempo nos hemos encontrado en situaciones límite y forzados a redefinir prioridades. Una de las enseñanzas que nos deja esta crisis es que los servicios básicos que debe brindar el Estado de manera universal son la salud y la educación. Su calidad tiene que asegurarse y es su deber. Todas las personas hemos sido

testigos de que la única manera de enfrentar la pandemia ha sido con el Estado, sus instituciones y la responsabilidad ciudadana. Es una lección que va más allá de las circunstancias del COVID-19.

También hemos sido testigos del esfuerzo hecho para centralizar la información de la oferta de salud con la que se contaba a nivel nacional para atender la pandemia. Tomó más de un mes organizarla, homogeneizarla y hacer que los que debían dar la información lo hicieran, de tal forma que se pudiera planificar centralizadamente la atención. En el sector educación fuimos testigos de una búsqueda rápida y comprometida de respuestas creativas e inclusivas para apostar por la enseñanza a distancia y ganar en transparencia.

Lejos de retroceder en ese camino, iniciado por la necesidad de responder a la emergencia, la celebración del bicentenario debería ser un hito que selle la continuación de la ruta trazada. Para ello, también se requieren acciones en un área que tiene mucho camino por delante y es común a todas las reformas en las que encontramos amplio consenso y que resumo en dos palabras: gobierno digital.

Ese es un cambio que no aparece en el interés público ni en los medios de manera tan clara como las reformas que he mencionado, pero si el bicentenario debe ser un hito en logros republicanos, también ha de serlo en la perspectiva de futuro. Más aún: el gobierno digital es un componente clave de todas las reformas.

La necesidad de transformación digital, sin embargo, sí es evidente para la mayoría, que comprende que la *big data* y la inteligencia artificial son signos destacados de este siglo. Si hemos sido testigos del enorme esfuerzo desplegado para hacer frente a esta pandemia desde la ineficiencia actual del Estado, es indispensable construir sobre lo poco que se haya podido avanzar para acelerar exponencialmente la modernización del gobierno en su transformación digital.

“ Se requieren acciones en un área que tiene mucho camino por delante y es común a todas las reformas en las que encontramos amplio consenso y que resumo en dos palabras: gobierno digital. Si el bicentenario debe ser un hito en logros republicanos, también ha de serlo en la perspectiva de futuro ”

Si hubiéramos tenido la capacidad de tomar decisiones basadas en la evidencia que proporciona el análisis vertiginoso de múltiples fuentes de información, hubiéramos sido mas eficientes en la lucha contra la pandemia. Si la transformación digital que vive el sistema financiero hubiera abarcado la inclusión financiera habríamos avanzado en reducir la informalidad y podríamos haber sido mucho más eficaces para llegar con asistencia económica personalizada a tantos ciudadanos que lo requieren. Urgen los recursos educativos digitales y la conectividad e infraestructura de telecomunicaciones para que la educación asuma los desafíos contemporáneos, cuente con herramientas digitales para mejorar su calidad y no tropiece con la misma piedra.

La transformación digital también contribuye a la transparencia en todas sus dimensiones, suprime intermediaciones, reduce la corrupción y optimiza la trazabilidad del dinero. Si el Poder Judicial tuviera plazos perentorios para implementar a nivel nacional y en todas sus especialidades el expediente electrónico, y todo el sistema de justicia fuese digitalmente interoperable, tendríamos fundadas expectativas en una pronta y mejor administración de justicia.

Necesitamos el gobierno digital YA. No partimos de cero. En setiembre del 2018 se aprobó el decreto legislativo que establece el marco de gobernanza digital, el cual permite el desarrollo de los servicios digitales, la interoperabilidad del Estado, la implementación de los servicios públicos en línea y el intercambio electrónico de datos en todos los sectores y niveles del Estado. ¿Pero cuánto se ha avanzado? Coincidiremos en que muy poco, porque hasta vamos atrasados en la autenticación digital de las personas y en promover una ciudadanía digital.

Ojalá podamos conmemorar el bicentenario con realizaciones republicanas en las grandes áreas de reforma que son consenso

y que he mencionado, pero no serán completas ni ajustadas a nuestra época si, simultáneamente, no se ejecuta una hoja de ruta precisa para contar con un gobierno digital en los tres niveles del gobierno.

# TIEMPO DETENIDO

*Miguel Giusti*



La asoladora irrupción del coronavirus en el mundo entero ha tenido, por así decir, el efecto de detener el tiempo. También en el Perú, en plena preparación de las celebraciones del bicentenario de su independencia. La pandemia ha cogido por sorpresa a todos los países y ha puesto al descubierto la estructura de relaciones sociales sobre la que descansa el pacto político dado por legítimo y constitucional en cada caso, tanto a nivel local como internacional. Se nos ha revelado indirectamente un gravísimo problema de inequidad y de distorsión ética del sentido de la solidaridad nacional. Por eso, ahora somos más conscientes que nunca de cuáles son las tareas urgentes que se requieren para una genuina transformación de nuestra sociedad, de tal manera que la celebración del bicentenario no se convierta en mera retórica.

En la reacción inicial de casi todos los gobiernos frente a la crisis actual se hizo evidente que nadie imaginaba la gravedad ni la magnitud de la sorpresiva enfermedad. Hubo irresponsables que restaron importancia al peligro y, en general, se actuó con negligencia y poca celeridad. No fue así en el Perú, donde se tomaron muy pronto medidas de emergencia aunque, por razones que veremos enseguida, no tuvieron el éxito deseado. Muchos otros países tomaron medidas similares en función del bien común, tales como el confinamiento, el distanciamiento físico, los recortes de la libertad de movimiento o de reunión. Tenían una clara justificación: hacer frente a la enfermedad de manera eficaz, pero siempre corriendo el peligro de violentar las reglas de la democracia y de normalizar el estado de excepción.

Otro problema en este contexto ha sido el de la justa distribución del costo de la crisis. No siempre se ha respetado la proporcionalidad en la participación de los diferentes sectores sociales. En el Perú, el caso de la “suspensión perfecta de labores” es emblemático por la inequidad que implica y por el eufemismo que la expresa.

De otro lado, no cabe duda de que muchos gobernantes han intentado sacar un provecho político de la crisis y de la declaración del estado de emergencia. Algunos estaban, días o semanas antes del estallido de la pandemia, afrontando graves revueltas sociales debido a sus políticas neoliberales de privatización de los servicios públicos -incluso, los servicios sanitarios- y perdiendo de un hilo en su estabilidad política. Pero, de pronto, se convirtieron en defensores de la salud como bien público de primera necesidad.

En el caso del Perú, no nos olvidemos que hasta en los días anteriores a la aparición del virus, el tema público de mayor impacto en la población era la corrupción, entre otros casos, de las asociaciones de empresarios peruanos que habían donado decenas de millones de soles a campañas políticas que favorecían el modelo económico y político que sostiene el estado de cosas actual. Es un escándalo que esas asociaciones no hayan contribuido, aunque sea por vergüenza propia, arrepentimiento moral o por limpiar su imagen, a prestar un apoyo análogo para atender a las necesidades de la población en esta crisis. En estados de emergencia (o de excepción), el Estado debería recurrir a impuestos o a nacionalizar servicios en favor de la salud de las mayorías, algo que ya estamos viendo hoy en muchos lugares del mundo.

Sobre el virus, se ha comentado con frecuencia a través de múltiples medios que es "igualitario" o que no conoce razas ni clases sociales, lo que es obviamente una media verdad. Algo de cierto tiene porque sabemos que ha atacado a personas de todo rango, incluyendo a miembros de la realeza, actores y millonarios conocidos. Pero la otra verdad es que el COVID-19, como cualquier otra desgracia supuestamente natural, no hace sino poner al descubierto la tremenda situación de inequidad estructural en la que vive la población mundial, muy en particular la del Perú. Esta situación condiciona fuertemente el modo en el que se puede reaccionar y defenderse.

“ Si hemos de pensar en razones para celebrar el bicentenario, deberíamos imaginar que la sociedad sea capaz de hacer un cambio radical de la jerarquía de valores que la sostiene o de fundar un nuevo pacto social en el que se dé prioridad a la atención de la salud, a la educación pública, a las condiciones de vivienda digna y a un desarrollo más equitativo o solidario ”

Pero ya que menciono una desgracia natural, convendría que aclarásemos si el virus es una de ellas, es decir, si es una fatalidad o un problema que conlleva algún tipo de responsabilidad humana. Este punto tiene, en la ética, una importancia decisiva: las fatalidades no son responsabilidad de nadie y, por lo tanto, no poseen un carácter ético en sentido estricto. Solo cuando hay alguna responsabilidad podemos decir que el problema es ético y que debía o deberían tomarse medidas en función de dichas responsabilidades. Por lo que sabemos del virus, lo menos que puede decirse es que su aparición está directamente vinculada con el modelo desenfrenado de crecimiento económico, de explotación tecnológica de la naturaleza y de globalización de los procesos productivos. Y también que el estado catastrófico en el que encontró la situación sanitaria de muchos países es otra parte de esa responsabilidad por la que habría que pedir cuentas a alguien.

Si vamos un paso más en esa dirección, podríamos decir que una lección de esta tragedia es lo que algunos intelectuales, incluso el papa, han llamado “una respuesta de la naturaleza a la humanidad”. A lo que aluden es a que la humanidad ha emprendido desde la modernidad, en particular a través de la industrialización capitalista, una conquista y un saqueo de la naturaleza que han terminado por alterar por completo su equilibrio, sometiéndola a una racionalidad instrumental y destructiva que es contraproducente para la supervivencia misma de la humanidad. Hay muchas señales de esa destrucción del equilibrio ecológico que bien pueden ser consideradas, metafóricamente, como formas de “respuesta” de la naturaleza ante lo que ha hecho de ella la humanidad, es decir, como secuelas indeseadas de la intervención desmesurada del hombre sobre su entorno.

Pero hay, como dije al inicio, una cuestión más de fondo que nos ha revelado esta crisis y es que el mal llamado “orden” mundial (y el orden social) están fundados en una jerarquía de valores

profundamente inmoral. De acuerdo con esa jerarquía, se ha ido abandonando con el tiempo la salud pública, los servicios de vivienda y seguridad y la inversión en ciencia e investigación. En países como el nuestro, además, se ha abandonado casi del todo la educación pública y tolerado la precariedad de la gran mayoría de los servicios a la población. Ese orden es un tremendo desorden. Esa “normalidad” es el principal problema ético, pese a que nos hemos acostumbrado a aceptarla y convivir con ella. Eso ha quedado palmariamente demostrado con el modo en que el virus cogió por sorpresa al mundo entero. Por eso, lo que más falta nos hace es un cambio radical de esa jerarquía de valores, de manera que se vuelva a colocar, o se coloque por primera vez, la necesidad de asegurar la salud, la educación, la vivienda y la igualdad de oportunidades como los valores fundamentales de un nuevo contrato social.

Con respecto a la educación pública, habría que añadir que el caso del Perú es verdaderamente muy extraño, por no decir escandaloso, y no puedo sino lamentar que nos hayamos vuelto tan insensibles o ciegos con el pasar del tiempo. Esta es una de las secuelas más lamentables de las reformas del fujimorismo: el abandono o la desatención que ha sufrido el sector educativo nacional. Basta echar una mirada a los países de nuestra región, por no hablar de los países europeos, para darnos cuenta de que las mejores universidades y los mejores colegios de México, Argentina, Colombia o Brasil son públicos, mientras que en el Perú el Estado se ha desentendido por décadas de este tipo de educación, dando paso a un empobrecimiento ostensible de la educación privada por su afán de lucro. De esta manera, se ha renunciado a uno de los mecanismos más importantes de compensación y corrección de las injusticias del que disponen las sociedades del planeta, que es la garantía de una buena educación para todos. En nuestro país, la educación se ha convertido, más bien, en un dispositivo que profundiza la desigualdad.

Si hemos de pensar en razones que nos permitan celebrar el bicentenario de una patria genuinamente común, deberíamos imaginar que la sociedad sea capaz de hacer un cambio radical de la jerarquía de valores que la sostiene o de fundar un nuevo pacto social en el que se dé prioridad a la atención de la salud, a la educación pública, a las condiciones de vivienda digna y a un desarrollo más equitativo o solidario. Para que esto no sea solo un buen deseo, debería organizarse un movimiento social potente que surja de los escombros que ha regado esta crisis. No debemos sucumbir a la tentación del pesimismo por el retrato del país que nos ha dejado el tiempo detenido de la pandemia. La autoestima de una nación se expresa en la convicción de que no tenemos por qué resignarnos a vivir bajo condiciones de inequidad, sino que nos merecemos un país mejor.

# JULIO DEL 2021: ¿QUÉ CELEBRAR?

*Pablo Quintanilla*



La reciente pandemia ha dividido a los que desean exponer públicamente sus opiniones en dos grandes grupos. De un lado hay quienes ofrecen una proliferación de predicciones, pronósticos y detalladas profecías del mundo que viviremos a partir de los próximos meses y años. Del otro están los que consideran imposible hacer cualquier vaticinio y opinan en favor de guardar un respetuoso silencio por las víctimas, en tanto esperamos que el futuro se nos desvele.

En el primer grupo están los que presagian la desaparición del capitalismo o el fortalecimiento del capitalismo, el surgimiento de nuevas formas de autoritarismo y, finalmente, aquellos que piensan que todo seguirá exactamente igual que antes. Algunos de estos augurios están basados en evidencias sobre eventos ocurridos en el pasado o sobre variables económicas y sociales del presente, lo que nos permite hacer especulaciones con algún grado de probabilidad. Otros solo expresan corazonadas o simples deseos. En el segundo grupo están quienes lamentan que haya tanta gente con pretensiones de nigromante y proponen un quietismo más cercano al luto y al silencio wittgensteiniano, que a la tarea que siempre le ha cabido a la ciencia y la filosofía. Los que defienden esta posición sostienen que lo que nos corresponde ahora no es hacer vaticinios sino atravesar tranquilamente por nuestro duelo.

Creo que ambos extremos están equivocados. Los primeros, porque en muchos casos expresan solamente opiniones sin ningún tipo de justificación, lo que genera la impresión de que están más interesados en la publicidad mediática que en tratar de comprendernos a nosotros mismos. El ejemplo paradigmático es el último libro de Slavoj Žižek, *Pandemic! COVID-19 shakes the World* (Nueva York: OR Books), publicado el 24 de marzo de este año, cuando la pandemia ni siquiera había mostrado todos sus rasgos.

Los que proponen el silencio, por otra parte, cometen una contradicción performativa porque hacen declaraciones públicas pidiendo que nos recojamos en la intimidad de nuestras conciencias en vez de jugar a clarividentes, dado que las adivinaciones no se cumplirán o que, en todo caso, no tenemos idea de lo que ocurrirá. Con ello, sin embargo, hacen un pronóstico acerca del futuro porque predicen que todo pronóstico está condenado a fracasar. Lo único que sabemos sobre el futuro es que no sabemos nada, es la frase. Olvidan que si nos proponemos imaginar el porvenir es porque queremos entender el presente. Tampoco recuerdan que la naturaleza del ser humano y de la vida intelectual conduce a tratar de dar sentido a la historia, lo que incluye intentar comprender el futuro a partir de lo que estamos viviendo y de nuestro recuerdo del pasado. Todas las disciplinas científicas sin excepción, incluyendo la historia, incorporan un elemento de predicción basado en datos y evidencias razonables.

Imaginar lo que podría ocurrir, cómo deberíamos situarnos para ello y qué previsiones nos correspondería tomar es connatural a nuestra especie. Precisamente, la crítica que ahora se hace a la mayor parte de gobiernos es que no se prepararon ante algo tan obvio como que, en un mundo globalizado, la aparición de un virus nuevo tendría efectos devastadores. De hecho, es una suerte que ahora tengamos que enfrentar a un virus inocuo para la mayor parte de la población, pero debemos estar alertas ante la posibilidad de una mutación que, si fuera letal para un porcentaje mayoritario de personas, pondría en riesgo nada menos que a la especie. Nuestro problema no fue, pues, hacer demasiadas predicciones, sino dejar de hacerlas o hacerlas mal. Mi sensación es que muchos de los que proponen esa forma de quietismo lo hacen porque no tienen nada que decir pero no quieren perder la oportunidad de decir algo. En ese caso, en efecto, es mejor que no digan nada.

No obstante, como todo el mundo sabe, a diferencia de lo que ocurre en las ciencias naturales, las predicciones acerca de los fenómenos humanos tienen la propiedad de cambiar la realidad social. Las profecías autocumplidas tienen la capacidad de hacer pronósticos acerca del futuro que convencen a la gente de lo que ocurrirá, lo que conduce a que se cumpla la predicción. Pero también puede ocurrir lo contrario, es decir, que nuestros vaticinios eviten un desenlace lamentable. Esta pandemia sirve para tomar una mayor conciencia respecto del daño que los sistemas económicos y políticos actuales hacen al planeta y nos proveen de datos para evitar desgracias futuras semejantes, permitiéndonos una adecuada prevención. Pero no solo eso: tomar conciencia del presente nos permite resignificar el pasado, entendiendo mejor cómo fue que llegamos hasta donde estamos y qué tendríamos que hacer para modificar un futuro que, prevemos, podría acercarse.

El ser humano ha evolucionado con una facultad que nos diferencia de cualquier otra especie en el planeta: la imaginación. Esta reposa sobre la capacidad psicológica de la simulación, que es la habilidad de crear escenarios posibles, diferentes a los reales pero factibles. Al simular, abandonamos nuestra realidad presente para concebir contrafácticamente lo que podríamos haber sido, lo que podríamos haber creído y deseado –de haber sido distintas nuestras circunstancias– pero también lo que podríamos ser y lo que podríamos creer y desear, de ser diferente nuestro presente. Simulamos los acontecimientos del pasado y del futuro. Al simular el pasado tratamos de dar sentido al presente. Al simular el futuro nos preparamos para lo que creemos que nos espera, pero también nos organizamos para cambiar el futuro que consideramos indeseable con el objetivo de no repetir errores. El punto, entonces, es que somos criaturas imaginativas y no podríamos ser otra cosa, incluso si nos esforzáramos por ello. El quietismo y el silencio wittgensteiniano no son una opción, ni siquiera para Wittgenstein, quien no lo decía literalmente, es decir, no instaba a guardar silencio sino a no utilizar un juego de lenguaje

para algo que requiere de un juego de lenguaje diferente. Por eso, sí hay cosas que decir acerca del futuro, sí hay predicciones que hacer y sí hay que intentar imaginar lo que nos espera.

Vamos a pasar por una peculiar coincidencia. Según la mayor parte de previsiones razonables, el mundo –y el Perú con él– recién volverá a una cierta normalidad hacia fines de julio del año 2021. Esto ocurrirá cuando finalmente se descubra la vacuna, cuando ella esté convenientemente probada y distribuida por todos los rincones y, entonces, podamos volver a tener reuniones masivas, apretones de manos, saludos con beso en la mejilla y abrazos afectuosos y cálidos. Esta fecha aproximada coincide con nuestro segundo bicentenario como república. Es deseable, entonces, resignificar el pasado desde el presente y hacer nuevas previsiones para preguntarnos qué nos espera después del 28 de julio del 2021. Lo importante es no olvidar que los augurios pueden convertirse en profecías autocumplidas, es decir, que pueden cambiar el futuro que deseamos vaticinar en una dirección o en otra.

Celebramos nuestro primer centenario en medio de una dictadura o, por lo menos, una democracia “de baja intensidad”. Augusto B. Leguía había sido elegido presidente constitucional en 1908 y, no sin turbulencia, terminó su período en 1912 siendo sucedido por Guillermo Billinghurst, el recordado “Pan grande”. Pero el 4 de julio de 1919, siendo Leguía candidato a la presidencia y temiendo un posible fraude electoral, orquestó un golpe de estado a José Pardo, disolvió el Congreso y se autoproclamó presidente provisorio. En 1920 cambió la Constitución –que se había mantenido desde 1860–, convocó a un plebiscito y a una asamblea constituyente, la que lo ratificó como presidente de acuerdo a la Constitución recién aprobada. Posteriormente, hizo dos discutibles reformas constitucionales que le permitieron ser reelecto en 1924 y en 1929.

“ Es deseable resignificar el pasado desde el presente y hacer nuevas previsiones para preguntarnos qué nos espera después del 28 de julio del 2021. Lo importante es no olvidar que los augurios pueden convertirse en profecías autocumplidas, es decir, que pueden cambiar el futuro que deseamos vaticinar en una dirección o en otra ”

Leguía modernizó al país en muchos aspectos y algunos historiadores lo recuerdan como un buen presidente, pero en tanto su dictadura iba prolongándose también se iba endureciendo, de manera que tuvo el fin que suelen tener los dictadores. Fue depuesto por Luis Miguel Sánchez Cerro en 1930 y murió en cautiverio en 1932. Así fue como Leguía celebró nuestro primer centenario y lideró al país en los inicios de la Gran Depresión de 1929. Sánchez Cerro murió asesinado en 1933 y el Parlamento nombró al general Oscar R. Benavides, quien ya había sido mandatario por 18 meses en 1914, para que fuera presidente desde 1933 hasta 1939, cuando fue sucedido por Manuel Prado.

¿Cómo pasamos el primer centenario? En medio de una sucesión de gobiernos autoritarios que estaban enfocados en un solo sector del país; ciegos ante la diversidad, mayormente desinteresados respecto de lo que ocurría en la sierra o en la selva; de golpe en golpe; navegando con dificultad y acercándonos a una depresión económica internacional de delicadas consecuencias. Con una gran debilidad institucional y con diferencias económicas extremas. Sin embargo, pasamos por lo que podría considerarse una primera globalización porque la Gran Depresión de 1929 afectó a la mayor parte del planeta, lo que generó que muchos de los diagnósticos, recetas y prognosis de los diferentes países se parecieran entre sí.

En medio de todo y comparado con otras partes del mundo, el Perú salió bien librado de la Gran Depresión. Manuel Prado hizo un gobierno conservador y de derecha. No hizo ninguna de las transformaciones que el Perú requería con urgencia y se limitó a administrar un bote que flotaba con la corriente en un mar embravecido. Pero el país tuvo una cierta estabilidad, lo que ciertamente no es sinónimo de prosperidad ni de desarrollo. Los cambios estructurales que el país requería no fueron considerados por ninguno de los presidentes que lo sucedieron, Bustamante y Rivero y Odría, lo que fue preparando lentamente la revolución que Velasco Alvarado haría en 1968.

¿Cómo nos encuentra ahora el bicentenario? La situación económica es mucho más sólida que la de hace cien años y el alza de los precios de algunas materias primas y el exagerado crecimiento económico de China nos ha permitido crecer con cierta estabilidad. El Perú de hoy no es un país próspero, pero su índice de desarrollo humano ha ido mejorando, aunque de manera inequitativa. Nuestro coeficiente de desigualdad –el índice Gini– muestra a un país con grandes diferencias, aunque menos que las que tuvimos hace unas décadas. Estamos saliendo de los rezagos que nos dejó una dictadura que se inició el 5 de abril de 1992 y terminó recién en noviembre del año 2000, pero hoy la estabilidad democrática es notoria. En algunas ocasiones, con el interesado apoyo de varios partidos políticos, estuvimos al borde de recaer en un estado de desgobierno que inevitablemente hubiera conducido a una nueva dictadura, pero eso no llegó a ocurrir. El Perú logró mantener la institucionalidad y el barco se mantuvo a flote, a pesar de ser rondado por aves de rapiña que esperaban el menor error de los marineros para lanzarse a devorar los restos.

La dictadura de Leguía fue un oncenio, la de Fujimori también, pero en el segundo caso –a diferencia del primero– tuvimos una inesperada reacción de algunos sectores del Poder Judicial que llevaron a prisión a políticos, generales y empresarios que habían participado en actos de corrupción. Luego tuvimos una segunda ola de moralización que procesó a expresidentes, candidatos a la presidencia, gobernadores y alcaldes. Un expresidente prefirió quitarse la vida a tener que enfrentar a la justicia. Nunca se había visto nada semejante, ni en el Perú ni en Latinoamérica.

En ese momento apareció la pandemia. El gobierno reaccionó rápido y, en general, acertadamente. Un gobierno sin bancada, sin partido, sin equipo, conformado básicamente por un grupo reducido de personas pudo ir afrontando la tormenta sin por ello sacrificar la democracia.

Así como durante el primer centenario, el segundo nos encuentra en medio de una crisis de envergadura. Ahora somos algo menos pobres, pero seguimos navegando en mares turbulentos. Sin embargo, igual que hace cien años, mucha de esa turbulencia la producimos nosotros mismos. A pesar de todo, el Perú es mejor país del que fue hace cien años, incluso del que fue hace treinta y, sospecho, también mejor del que fue hace tres. Lo más probable es que podamos afrontar la tremenda crisis económica que se nos viene mejor que otros países de la región. La democracia se mantendrá estable pero el desbarajuste político continuará por la ausencia de políticos preparados, con criterios éticos y dotados de un mínimo de capacidad de liderazgo. Algunos de los gobernadores regionales –el caso de Arequipa es extremo– son de una privación intelectual y moral de tal naturaleza que, por momentos, uno piensa que el caos sería más organizado. Pero entre inescrupulosas aves de rapiña, políticos que son analfabetos funcionales, instituciones débiles sujetadas con alfileres y empresarios con poca conciencia del país, el Perú sigue navegando con un porvenir económico y democrático constante y con una población mayoritariamente joven empeñada en salir adelante, más allá de todos los escollos.

¿Pero, entonces, qué se puede celebrar en este bicentenario? ¿Qué ocurrirá a fines de julio del 2021? A menos que ocurra un milagro, lo más probable es que tengamos un Congreso compuesto mayoritariamente por gente sin preparación y los gobiernos regionales estén en manos de personas a quienes la palabra mediocridad les quedará grande. El Estado correrá el riesgo de seguir siendo el imán que atraerá a la gente deseosa de enriquecerse rápidamente y con el menor esfuerzo. En esa misma línea se puede especular qué podría ocurrir con el fujimorismo. Lo más probable es que siga muriendo lentamente, no agonizando, porque la palabra “agonía” implica lucha y esfuerzo. Será una muerte lenta porque el fujimorismo representa una manera de ser-en-el-mundo, una forma que mucha gente tiene de concebir la vida y que hace que se multiplique como un cáncer. Pero

ya se sabe que el cáncer tiene vocación suicida: asesina a la criatura que lo alberga y, con ello, elimina su propia vida. Tarde o temprano el fujimorismo, en tanto movimiento político, se extinguirá, pero quedará como una marca registrada para las generaciones venideras. Representará una manera de entender la política y un estilo de comportamiento que prescinde de toda consideración moral. La palabra "fujimorismo" no solo designará a un movimiento político que irrumpió en 1990 y comenzó a desaparecer lentamente a principios del siglo XXI; referirá también a una forma de ser y comportarse caracterizada por el oportunismo, la falta de vergüenza, la mentira, la improvisación y la mirada a corto plazo. Por ello, el término incluirá a otros partidos políticos con el mismo estilo. Será el sello de lo que no queremos ser. Representará la antipolítica y la antiética. Será para el Perú lo que palabra "fascismo" alguna vez significó para Italia y ahora significa para el mundo, no solo el nombre de un movimiento político sino de una cosmovisión. Solo espero que sea minoritario.

¿Hay, entonces, poco que celebrar? Quizá no. Es posible que la pandemia consolide en el Perú algo que es esencial en toda sociedad: un sentido de unidad frente a los obstáculos, un sentimiento colectivo de "nosotros", un conjunto de objetivos compartidos. La guerra del Pacífico nos encontró desunidos y por eso la perdimos. El primer centenario nos encontró con demasiadas inequidades y por eso pasamos cien años sin encontrar un rumbo claro. Podría ser que ahora, gracias a una serie de variables que la historia ha reunido y que han coincidido con nuestro segundo bicentenario, un enorme enemigo colectivo, un diminuto virus, logre integrarnos.

Pero, además, pienso que hay muchas cosas importantes y dignas de ser celebradas que nos diferencian como país de lo que vivimos hace cien años. Estamos convirtiéndonos, creo que esta

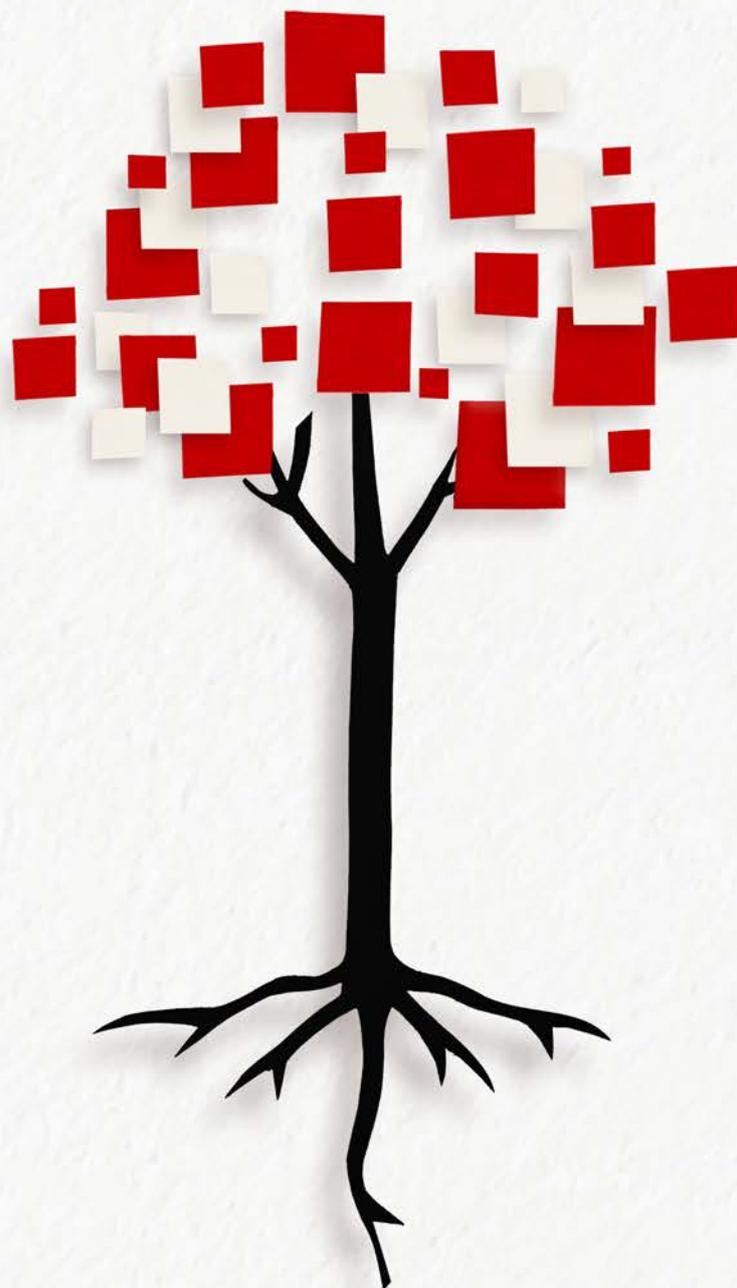
vez de verdad y no solo en apariencia, en un país integrado en nuestro mestizaje. Este es un fenómeno que se está consolidando cada vez más. La creatividad es casi siempre una consecuencia de la composición de factores diferentes y el Perú está generando mezcla y originalidad. Hay una cultura popular pujante y creativa que se da en muchos ámbitos de la vida social y que se encuentra liderada, sobre todo, por los jóvenes. Además, esa creatividad está siendo potenciada y canalizada por la globalización de las comunicaciones, que es ahora nuestro principal aliado. Es gracias a que el mundo se entromete inevitablemente en los problemas internos de los países que las dictaduras latinoamericanas son menos probables, los manejos económicos son más razonables y la corrupción desenfadada es más fácil de detectar.

El surgimiento de esa cultura popular, mestiza y creativa, acompañada de la globalización de la educación y de una actitud de mayor apertura a la diversidad, sugiere la posibilidad de que surjan mejores líderes a mediano plazo. Aunque eso es algo que todavía no se puede predecir, podemos sospecharlo al observar una cultura juvenil nueva, caracterizada por el respeto a la naturaleza, el hastío ante la corrupción y el deseo y la conciencia de que se pueden hacer las cosas mejor. Estos jóvenes son hijos de la globalización, lo que les permite compararse con los jóvenes de cualquier otro lugar del mundo y constatar que podrían tener las mismas posibilidades y derechos. Eso hace, además, que se involucren en las decisiones colectivas en etapas cada vez más tempranas de sus vidas. Sus características como grupo, sumadas a la experiencia de una pandemia que ha puesto en vilo al planeta y la constatación de que la supervivencia de la naturaleza esté en riesgo, conducen a que replanteen su orden de prioridades. Un legado importante de este virus ha sido la conciencia de que la vida es más importante que la economía. Eso lo han visto todos los gobernantes del mundo, aunque unos desde el principio y otros solo al final, obligados por las circunstancias.

Soy de la opinión, entonces, que hay buenas razones para celebrar el bicentenario, pues ahora existe un cambio generacional muy marcado que no se dio hace cien años y que nos permitirá una progresiva revalorización de nosotros mismos. Pero lo importante es que no debemos celebrar solo el presente sino también el futuro. Por eso es necesario hacer predicciones, aunque basadas en razones y evidencias, pues estas tienen la capacidad de resignificar nuestro estado actual –permitiéndonos comprenderlo mejor– así como de cambiar lo que nos espera.

# ¿LAS CONDENAS DE LA HISTORIA?

*Alonso Cueto*



**L**a historia peruana ha tomado todas las formas que puede tomar la de un país. Hemos sido testigos de los actos de individualismo más mezquino y también de las empresas más generosas de solidaridad y heroísmo. La materia de la que están hechas nuestras casas (y nuestros sueños) es el barro pero también la piedra, la paja, las esteras y la quincha. Nuestros valles y abismos son tan profundos y misteriosos como los picos de nuestras montañas y la extensión voluminosa de nuestros ríos. Tenemos el lago navegable más alto del mundo y también los más hondos abismos marinos frente a nuestras costas pobladas de aves migrantes. Podemos recorrer selvas tropicales, bosques de niebla, cascadas portentosas y también desiertos áridos, barridos por líneas y dunas, que expresan los vaivenes del viento de la historia. Somos constantes y volubles, decididos y cambiantes, empecinados y erráticos. Hemos alternado episodios de violencia extrema, con ejemplos de la crueldad más banal, y periodos de una paz armónica, las que han vivido o viven algunas comunidades y agrupaciones a lo largo de nuestro territorio. Todas las lenguas y todas las etnias se han conjurado para aportar, gracias al azar colectivo y a la geografía de las inmigraciones, las bases de una nación que ha buscado ser una ante sí misma, inspirada por la defensa de sus tradiciones y también por sus deseos de modernidad.

Es como si la humanidad nos hubiera escogido para realizar un experimento de convivencia social. Los migrantes de todo el planeta han coincidido en diferentes épocas en nuestras tierras, favorecidas por ser el centro natural del globo entre los viajeros de todos los confines del planeta. En su último diario, Arguedas exclama: "Todas las naturalezas del mundo en su territorio, casi todas las clases de hombres." En uno de sus ensayos, Vargas Llosa nos define como "El país de las mil caras". Antes que ellos, anticipándolos, Ciro Alegría pudo retratar el mundo como "ancho y ajeno". Somos "los hijos del sol" que soñó Chocano y también los

“reos de nocturnidad” que describió Alfredo Bryce y los nacidos un día que Dios “estuvo enfermo”, al que se condenó César Vallejo. En el título de su volumen, “Cuentos de circunstancias”, Ribeyro imaginó nuestra dependencia de los avatares cambiantes de nuestra realidad. Este viaje aparece rubricado en los hitos de su travesía, que con ilusión nombró Blanca Varela en “Ese puerto existe”.

Los unos o los otros y también los unos y los otros.

Durante muchos años hemos pensado que estamos sometidos a las condenas de esta historia múltiple y violenta, cambiante y desplegada, entrecruzada, llena de contrastes. Es por eso que el Inca Garcilaso afirmaba “Porque en todo sea tragedia” al relatar la ejecución de Túpac Amaru, el último líder rebelde de Vilcabamba en el primer gran libro de la literatura peruana. Es por eso también que se popularizó una frase falsamente atribuida a Raimondi que nos retrata como un “mendigo en un banco de oro”. Lejos de las consignas y condenas de la historia, por el contrario, creo que estas grandes diferencias y matices nos convierten en una de las naciones más ricas del universo. Esta concepción de la riqueza del Perú se resume en una frase de Arguedas: “Todas las sangres”.

Sin embargo, hemos vivido la historia como una condena y no como una oportunidad. Nuestra mayor carencia es que estos contrastes nunca lograron armonizarse.

El pecado original de la nación peruana es el de sus profundas divisiones sociales. Los episodios decisivos de nuestra existencia han estado siempre marcados por una sociedad dividida. Sus fracturas no solo vienen de la conquista española sino desde mucho antes. Sin embargo, el trauma de la conquista las reveló en toda su extensión. Las huestes de Pizarro no lograron conquistar el territorio por la calidad de sus estrategias bélicas ni tampoco

del todo por las enfermedades que trajeron. Sin la colaboración de otras etnias como los huancas, que ayudaron a los españoles durante el cerco de Lima, la empresa de la conquista española no hubiera ocurrido del modo que ocurrió.

Nuestra historia no ha estado a la altura de este designio plural. Los movimientos sociales, los episodios políticos, las ideologías imperantes, no han logrado sintonizar con el reto formidable de nuestras tradiciones culturales. Nuestra conducta colectiva no ha estado a la altura del privilegio de ser un país marcado por la diversidad y por su aspiración a la unidad en lo diverso.

Nuestras ventajas, pero también nuestros problemas, son en un principio culturales y sociales. Las deficiencias políticas y económicas son sus consecuencias. Son las primeras las que requieren una transformación profunda de nuestra historia.

Los episodios críticos de nuestra historia solo han revelado en toda su extensión las verdades ocultas pero evidentes de los tiempos de paz. A lo largo de esa historia, los episodios políticos no han tenido una representación social y cultural. Se declaró la independencia, por ejemplo, sin soltar las amarras de pobreza y dependencia de vastos sectores del país.

Así como la conquista española evidenció las profundas divisiones de las culturas precolombinas y del imperio incaico dividido entre dos sucesores, las siguientes crisis mostraron nuevos problemas de fondo. La guerra con Chile expuso la extrema precariedad de nuestras instituciones bélicas y financieras. Por entonces, las divisiones sociales se mantenían de una forma tan aguda que en la sierra muchos pobladores pensaron que "Chile" era el nombre de un general que llegaba desde lejos.

“ Gracias a las migraciones a lo largo del país, tenemos un sentido de pertenencia que incluye a más de una ciudad o región. Esta percepción de una nación más amplia y profunda que las anteriores es la revelación más importante de estos tiempos tan terribles ”

Cien años más tarde, la guerra de Sendero Luminoso reveló una vez más, como un espejo, las divisiones de una sociedad fracturada. Las víctimas de esta guerra fueron, en su mayoría, pobladores quechuahablantes. No fue hasta la consigna de ataque a Lima, al final de la guerra, que los pobladores de la capital se sintieron de veras involucrados.

Un año antes de cumplir el bicentenario, si miramos los eventos decisivos de los últimos años, podemos llegar a la conclusión, sin embargo, de que hemos avanzado en la dirección de convertirnos en una sociedad que se va decantando, luego de nuestros traumas y tropezones, poco a poco hacia un proyecto nacional.

Cuarenta años después del inicio de la guerra de Sendero Luminoso y un año antes de la celebración del bicentenario, la pandemia del coronavirus vuelve a desnudar las características de nuestra sociedad. Pero en este caso, frente a los anteriormente mencionados, la reacción de la población ha sido más integral y unitaria. La razón es que la percepción de nuestro país se ha homogenizado gracias a un proceso gradual de integración social y cultural. Hoy, las noticias de los diarios y noticieros televisivos cubren el estado de la pandemia desde distintos puntos del país.

Siguen existiendo profundas divisiones sociales y raciales, pero la atención al conjunto de la sociedad es mayor a la de los casos anteriores. Por otro lado, lacras como el racismo y la discriminación reciben una condena social que no se registraba en otros tiempos. En cambio, podemos apreciar una valoración más profunda por construir una identidad nacional.

En años recientes, los emblemas de esa unidad –la valoración de las culturas precolombinas, la conciencia de los personajes de nuestra historia, la gastronomía y otros-, han ganado una repercusión social que no tenían hace algunas décadas. Yo mismo

pasé una infancia en los años sesenta en la que la visión que se tenía en Lima del resto del país era bastante distante. En lo esencial, no había cambiado desde que Alexander von Humboldt dijo en su visita a Lima a comienzos del siglo XIX: "Lima está tan alejada del Cusco como de Londres".

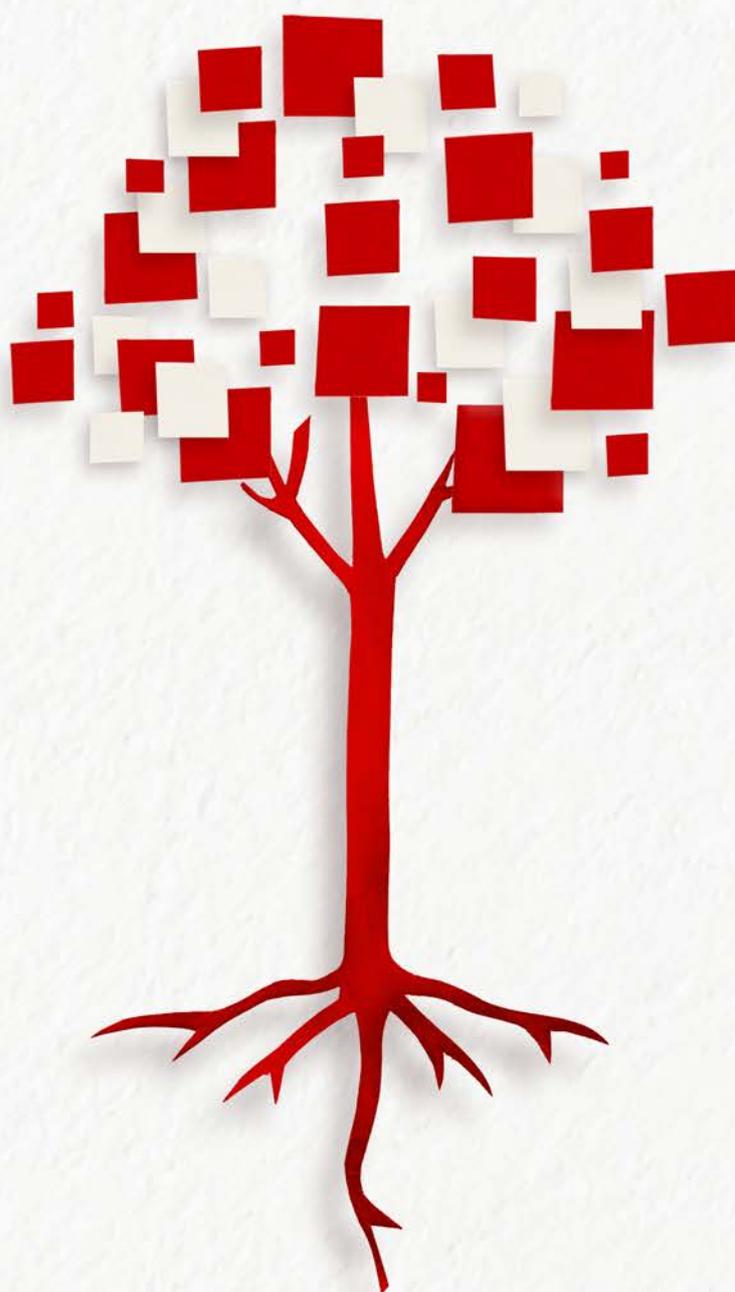
Me siento más optimista hoy frente a la crisis de la pandemia que frente a las crisis anteriores, como la guerra de Sendero y la guerra con Chile. Es cierto que en los tiempos de la pandemia el enemigo es invisible y que el resultado es incierto. Pero en el espejo de la adversidad que vivimos ahora, creo que se revela que hemos consolidado una idea del Perú más inclusiva de la que habíamos tenido durante el resto de nuestro periodo republicano.

Gracias a las migraciones a lo largo del país, tenemos un sentido de pertenencia que incluye a más de una ciudad o región. Esta percepción de una nación más amplia y profunda que las anteriores es la revelación más importante de estos tiempos tan terribles.

Esta es la esperanza concreta que nos ha mostrado esta crisis, en el atardecer del segundo centenario. El espejo que nos ha descubierto es preocupante y por muchos momentos desesperante, pero la reacción ha sido más inclusiva que antes. ¿Iremos avanzando poco a poco para integrar nuestras fracturas y librarnos de nuestro pecado original? La redención no podrá venir de fuera sino de los duros y terribles procesos de nuestra permanente formación.

# EL AMOR POR EL PERÚ EN LOS TIEMPOS DEL VIRUS

*Zenón de Paz*



La cercanía del bicentenario de la república peruana contrasta con nuestra agenda política e intelectual, que manifiesta escasa voluntad de efectuar su balance. Paradójicamente, la irrupción de una variable exógena, como es la pandemia del COVID-19, facilita ese balance al poner en trágica evidencia no solo nuestras debilidades, sino también las del escenario global, cuya configuración ha determinado los cambios decisivos de nuestra historia desde hace cinco siglos.

### **El escenario global**

Esta pandemia sobreviene cuando aparecen visibles síntomas del agotamiento de los patrones de vida que sustentaron la era moderna, caracterizada por su tendencia a convertir todo lo existente en “recurso”, en algo que está ahí para ser explotado y rendir al máximo. Algo cuyo valor se define por su productividad. Esa adicción a la maximización del rendimiento, al crecimiento indefinido de la producción y el consumo está depredando la biósfera, la compleja red de la vida. Las recientes pandemias, cuyo número y frecuencia está aumentando, son el síntoma de un mundo exhausto y estresado, sobre todo en sus componentes no humanos. En el horizonte asoma un punto de quiebre de alcance civilizatorio: el cambio climático, de graves consecuencias. Algunas ya están a la vista.

La coexistencia en la era moderna tomó la vía del interés individual y se tradujo en un contrato social, un pacto egoísta de no agresión que instituyó como garante al Estado en base a su capacidad de coerción y a su monopolio de la violencia legítima. Los seres no humanos, percibidos como carentes de conciencia, no podían participar de ese pacto; quedaron excluidos, a merced de los deseos humanos, sometidos a invasión y depredación crecientes. La coexistencia entre Estados no podía dejar de ser precaria en ausencia de una instancia supraestatal con capacidad coercitiva

suficiente; mientras tanto, las relaciones sociales alcanzaron una dimensión global. Lo que se requiere ahora es construir marcos institucionales de cooperación planetaria, con cuidado de la red cósmica de la vida que nos sustenta. Ello precisa algo más que revisar el contrato social o ampliar su alcance tomando en cuenta a otros seres. Requiere una refundación ética, convirtiendo la política en cosmopolítica.

Por su magnitud y naturaleza, esta crisis acelerará tendencias globales que ya se hallaban en curso. Precipitará un realineamiento de fuerzas en dirección a la gobernanza multilateral de un sistema mundo que, momentáneamente (un momento que debemos aprovechar), otorgará un mayor margen de autonomía a países y espacios regionales como el nuestro, dado el debilitamiento de la hegemonía norteamericana, acelerado por su posicionamiento ante esta crisis. Reorientará las cadenas de valor al aseguramiento de mayores márgenes de seguridad alimentaria e industrial en los Estados, con más regulación del mercado e intervención pública.

Acelerará cambios en la matriz energética, así como en hábitos de producción, consumo, transporte, urbanismo o entretenimiento. Fortalecerá el teletrabajo, favoreciendo los componentes analíticos y de creatividad. Abrirá nuevos circuitos y modalidades para la provisión de bienes y servicios, particularmente en educación, salud y seguridad. Incidirá en la búsqueda de nuevos horizontes de sentido, induciendo la emergencia de una religiosidad marcada por el sentimiento del parentesco cósmico.

## **El Perú más allá de la coyuntura**

En nuestro país, esta pandemia encuentra un Estado debilitado y servicios públicos desmantelados en favor de agentes económicos privados. Las consecuencias están a la vista. No obstante, la reacción gubernamental ha sido pronta y amplia, aunque

insuficiente. Parece anticipar el escenario al que ingresaremos, con mayor presencia estatal; más aun hallándose pendiente un conjunto de reformas sustantivas del Estado. Pero, al mismo tiempo, obliga a preguntar por qué esa reacción no permitió obtener los resultados esperados.

En el balance de nuestra historia suele asomar una pregunta: ¿en qué momento se jodió el Perú? Como toda buena pregunta, conlleva una certeza que acota las respuestas: andamos “jodidos”, aunque a veces contentos, que no es hoy el caso. ¿Pero desde cuándo? Una respuesta radical (que tiende a ocultarse porque va en busca de nuestras raíces) asume que desde siempre; vale decir, desde que el Perú existe, como resultado de la conquista europea, que instaló estructuras de dominación y exclusión que la república mantuvo y exacerbó en detrimento suyo, traducidas ahora en manifestaciones malsanas como el racismo, el ninguneo o la mistificación del “vivo”, del “pendejo”, del que se aprovecha de otros y no reconoce normas ni interés común que no sea el de su grupo o corporación. Esa respuesta asume también que lo que hubo antes en estas tierras no era el Perú; que era, y que tal vez siga siendo, otra cosa, con otras fronteras y otros horizontes de vida.

Esta perspectiva conduce a una relectura de nuestra historia, con otros hitos, otras variables, otras perspectivas y otros puntos de fuga. Por ejemplo, así vistas las cosas, Tupac Amaru II no sería un precursor de la independencia del Perú sino expresión de la irrupción de aquello otro negado y reprimido: la reconstitución de un orden andino. Un sencillo ejercicio de ucronía puede hacerlo visible: si aquel inca hubiera triunfado, Lima no sería la capital, las fronteras no serían las actuales, el idioma de este artículo no sería el castellano ni la élite gobernante sería la criolla heredera de los encomenderos. Otra pregunta, pertinente desde esa mirada, es si aquella posibilidad está enteramente negada y cuál es su potencia histórica.

“ ¿Qué tipo humano ha buscado formar esta república? La precariedad de nuestra educación se manifiesta en su inoperancia para generar formas de convivencia viables. Con la fijación tecnocrática por indicadores de rendimiento, los decisores en el ámbito educativo renunciaron a lo esencial de la educación: la formación de la persona ”

En este punto, conviene reparar en que aquí nació una de las pocas matrices culturales originales que produjo la humanidad: la civilización andina. Ocurrió en un espacio peculiar, de alta montaña, con glaciares tropicales y pies de monte que se prolongan hasta el zócalo continental y la Amazonía, cuya multiplicidad de ecosistemas favoreció la diversificación de especies y formas de vida, así como el surgimiento de una cosmovisión que contribuyó a potenciarla, convirtiendo a los Andes en una de las zonas de mayor diversidad genética del planeta. Esa tradición, que tomó cuerpo en miles de años, ensayando con éxito relaciones de reciprocidad y crianza mutua entre los hombres y los otros seres del mundo, bien puede ofrecer orientaciones para reconstruir nuestras formas de vida en un mundo signado por la pérdida pavorosa de diversidad genética y cultural.

## **La formación de los pueblos**

El drama del Perú es que se construyó bajo una matriz colonial, de espaldas a su tradición raigal. Por tanto, nuestro problema mayor, la raíz de nuestro entrapamiento, más que político o económico, es ontológico. Es un problema del ser: llevamos cinco siglos queriendo y creyendo ser lo que no somos, negando ser lo que somos, actitud patente en el ubicuo y cotidiano acto de denigrar lo indígena que nos constituye. Pero el negarse a sí mismo se traduce en alienación y esquizofrenia, en desarticulación y ausencia de un orden básico; en la recurrencia de tipos anómicos que alimentan una informalidad endémica, tipos que un miope discurso privatizador confunde con el self made man individualista y moderno, cuando en realidad es una prolongación del pícaro colonial, sin sentido de ciudadanía ni deberes.

¿Qué tipo humano ha buscado formar esta república? ¿Con qué escala de valores? La precariedad de nuestra educación se manifiesta, ante todo, en su inoperancia para generar formas de

convivencia viables. Con la fijación tecnocrática por indicadores de rendimiento, los decisores en el ámbito educativo renunciaron a lo esencial de la educación, que es la formación de la persona, de una cultura ciudadana con respeto por el otro, conciencia del bien común y sentido equilibrado de los derechos y los deberes.

Para constatar nuestra pésima educación no es necesario acudir a las pruebas PISA; es patente en las calles hediondas, la cultura combi o la extendida voluntad de fraude. La limpieza de las escuelas en Japón está a cargo de los escolares porque es parte de su formación. Si un director lo hiciera aquí, una turba de padres tomaría el colegio denunciando el “abuso” y exigiendo que lo boten (con más de uno miccionando, entre tanto, por los alrededores). ¿Qué comportamiento esperábamos ante una situación que exige extrema responsabilidad, habiendo promovido aquello de que “el que puede, puede”? ¿Qué cabía esperar de servicios públicos de salud precarizados y mercantilizados?

### **Qué cabe esperar**

En el Perú no tenemos desastres naturales, nuestros desastres son sociales. No es el huayco, es la ocupación de las quebradas que el alud atraviesa desde hace milenios; no son los sismos, es construir sin atender normas mínimas. Ciertamente, esta pandemia tiene origen natural, es zoonótica, pero su causa mayor también es social: la depredación de ecosistemas que sostienen la vida. Ahora estamos notificados: surgirán nuevas pandemias y lo más probable es que ello ocurra en zonas del mundo como los trópicos, con fauna silvestre cuyos hábitats están siendo aceleradamente invadidos mientras el entorno social crece sin cuidado alguno por la salubridad. Tal es el caso de la Amazonía.

Como corresponde hacer en el mundo entero, es momento de procesar cambios. Es preciso atender a la seguridad alimentaria;

crear una base industrial vinculada a nuestra diversidad; formar una comunidad científica de alto nivel en áreas con ventajas comparativas; informatizar todo el país para intensificar las nuevas formas de generar economía y servicios a través de la red; construir una matriz energética diversificada y sostenible; reorientar la inversión pública para atender una educación reformada y un sistema unitario de salud pública con orientación preventiva; generar un ambicioso programa de vivienda popular con sentido urbanístico, que dinamice la economía y mejore la salubridad; reformar el aparato estatal con una escala salarial única, meritocrática, más equitativa; reestructurar y ampliar la base tributaria, propiciando la formalización de los actores económicos y un mayor aporte de los que más tienen; construir un seguro de desempleo y un sistema pensionario digno; establecer condiciones que acerquen la toma de decisiones públicas a un conocimiento exhaustivo de nuestra realidad; trabajar intensamente la cuestión cultural en términos de autoconocimiento colectivo, autoestima y proyección de patrones de vida deseables.

Los momentos de crisis son también de oportunidades que no se repiten. Abren la posibilidad de reencontrarnos renovados. No esperemos un pronto retorno a la “normalidad”. Ya no es posible ni deseable. Tendremos que cambiar muchas cosas; que sea para bien.



BICENTENARIO  
PERÚ 2021

[www.bicentenario.gob.pe](http://www.bicentenario.gob.pe)